



VÍCTOR HUGO

HOMBRES CÉLEBRES

2012 - Reservados todos los derechos
Permitido el uso sin fines comerciales

Texto revisado y preparado por Magdalena
Fernández, Educadora Social.

Título: Hombres célebres
Autor: Víctor Hugo (1802-1885)
Traductor: Mariano Blanch (-1891)
Publicación: Barcelona: Manuel Saurí, editor,
1876 (Imprenta de la Viuda Miró y Comp.)

Fecha realización: Marzo, 2012.
Lugar: Melilla (España.)

VICTOR HUGO

TRADUCCION DE MARIANO BLANCH

HOMBRES CÉLEBRES

Mirabeau

Voltaire — Lamennais

Lord Byron — Walter Scott

BARCELONA

MANUEL SAURÍ, EDITOR

1876

ES PROPIEDAD.

BARCELONA:—Imprenta de la viuda Miró y Comp.^ª, Sobradíel, 10.— 1876.

MIRABEAU

I

En 1781 debatíase en Francia, en el seno de una familia, un negocio bastante árduo entre un padre y un tío. Tratábase nada menos que de un calavera, de quien no podían sacar partido alguno. Dicho sugeto, que ya pasara los límites de la época ardiente de la juventud, estaba sin embargo abismado en los devaneos de la edad de las pasiones: abrumado de deudas, engolfado en mil locuras, habíase separado de su mujer é ido á vivir con la de otro, por lo cual fue condenado á muerte y decapitado en efigie. Esto motivó que abandonara la Francia, donde reapareció, según decía, contrito y arrepentido, deseando, purgada ya su contumacia, regresar al seno de su familia y reconciliarse con su esposa. Esperanzado el autor de sus días de ser mas dichoso como abuelo que como padre, desvivíase por tener nietos que perpetuasen su nombre, y de consiguiente deseaba no poco este arreglo; pero el hijo pródigo tenía treinta y tres años. Preciso era rehacerlo de nuevo. ¡Educacion difícil! Una vez reinstalado en la sociedad, ¿á qué manos había de confiarse? ¿Quién sería el encargado de enderezar el espinazo de semejante carácter? De aquí las disputas entre el padre y el tío. El primero quería cedérselo al tío, éste deseaba que el sobrino no se separase del lado de su padre.

—Tómalo, decía el padre.

—No me acomoda, objetaba el tío.

«Supongamos (habla el padre) que ese hombre no sea nada, absolutamente nada. No carece de gusto, está avezado en el charlatanismo, tiene aires de erudito, acción, turbulencia, audacia, entremetimiento y á veces hasta dignidad. En el mando no es odioso ni duro. Y con todo, el ayer no existe para él, ni piensa en el mañana; obedece la impresión del momento: es un hombre cotorra, un aborto para quien no hay posible ni imposible, malestar ni incomodidad, placer ni pena, acción ni reposo, y que cede al primer viso de resistencia. Pienso, sin embargo, que puede hacerse de él un excelente instrumento cogiéndolo por el mango de la vanidad. Si así lo haces, está seguro que no se te escapará. Por mi parte no le escaseo las reflexiones, y veo se aprovecha de mi moral bien apoyada y de mis lecciones siempre vivientes, porque giran todas alrededor de un eje siempre real, á saber: que es cosa bien difícil cambiar de naturaleza; empero la razón sirve para cubrir la parte débil y para bien conocerla á fin de evitar el abordaje por aquel lado.»

«—Está visto, contestaba el tío, merced á tu posteromanía ¡héte aquí ocupado en educar un pollito de treinta y tres años! ¡Vaya una tarea mas penosa querer redondear un carácter, del todo semejante á un erizo con muchas puas y que apenas tiene cuerpo!»

El padre insistía: «—¡Apiádate de tu sobrino el Huracán! Él mismo confiesa sus tonterías; nadie hay en el mundo tan fácil de reconocer sus faltas como él, mas tampoco debe negársele su gran facilidad é ingenio. En todas sus cosas es una centella. Representa treinta y tres años como yo sesenta y seis, y tan raro es ver á un hombre de mi edad que, si bien encanecido por las vicisitudes del tiempo tiene poder para fatigar las piernas y el espíritu de los jóvenes con ocho horas de marcha y de escritorio, como á un tonel

hinchado, grave y de viejo aspecto que llama *papá* y no sabe conducirse. Tiene inmensa necesidad de que le gobiernen. Él mismo lo conoce. Así pues, es preciso que te encargues de ello. Sabe que tú fuiste siempre mi piloto y mi brújula, y que para él has de ser lo mismo. En su tío funda toda su vanidad. Te lo entrego como una cosa rara para el porvenir. Tú tienes todo el saturno que falta á su mercurio. Pero cuando esté en tu poder no lo sueltes. Aunque obre milagros, retenlo bien por el mango, que harto lo necesita el pobrecillo. Si obras como si fueras su padre, te contentará; si como tío, piérdese sin remedio. ¡ Ama á ese jóven! »

«—Nó, objetaba el tío; demasiado sé que los individuos de cierto temple esconden las uñas por algun tiempo; y él mismo, cuando vivía á mi lado, era mas dócil que una chicuela apenas me veía fruncir las cejas. Pero nada quiero con él. Ni mi edad ni mis gustos me llaman á luchar con imposibles.»

«—¡Oh hermano! replicaba el anciano en tono de súplica; si esa dislocada criatura admite enmienda, solo tú puedes llevarla á cabo. Supuesto que recortarse debe, no acierto á darla mejor patron que tú. Tómala, muéstrate bueno y firme con ella y serás su salvador, convirtiéndola en tu obra maestra. ¡Que sepa que bajo las apariencias de tu semblante severo y frío ocúltase el mejor hombre que habita la tierra, un hombre de la pasta de los ángeles! Sondéale el corazon, ilumínalo. *Tu es omnis spes et fortuna nostri nominis!*

«—Nada , replicaba el tío. Y no creas por esto que á mi modo de ver haya cometido un gran crimen con sus amorios. Ni vale la pena que de ello hablemos. Una joven y linda mujer sale al paso á un jóven de veinte y seis años. ¿Cuál es el jóven que no recoge lo que en ese género encuentra en su camino? ¡Pero es un espíritu turbulento, orgulloso, altivo, insubordinado! ¡Un temperamento malo y

vicioso! ¿Por qué me he de hacer cargo yo de él? Hace cuanto puede para complacer. No lo ignoro, así como tampoco que es seductor y que sabe adular, motivos todos para que no quiera exponerme á ser su juguete. Nunca falta á la juventud razon contra los viejos.»

«—No siempre has pensado así, respondió tristemente el padre. En otro tiempo escribíame: *En cuanto á mí, ese chico me llega al alma.*»

«— Sí, decia el tío, y tú me contestabas: *Desconfía, ponte en guardia contra su pico de oro.*»

«—¡Qué le hemos de hacer! exclamaba el padre, vencido en sus últimas trincheras. Demasiado justo eres para conocer que no puede cortarse un hijo como un brazo. A ser esto posible hace tiempo que seria manco. Despues de todo, se ha sacado partido de diez mil mas débiles y mas locos. Luego, hermano, hemos de aceptarlo como Dios nos lo ha dado, y por mi parte me resigno. Sin tí, no seria yo mas que un infeliz viejo abatido. Mientras no desaparezcamos del mundo de los vivos, menester es socorrerle.»

Pero el tío, hombre decisivo, abreviaba siempre razones con estas palabras:

«¡No lo quiero! Insigne locura seria tratar de sacar partido de ese hombre. Convendría enviarle, como dice su buena mujer, á los *insurgentes*, para que le rompiesen la cabeza. Tú eres bueno, y tu hijo malo. Estás cegado por el furor de la posteromanía; mas, debieras recordar que Ciro y Marco Aurelio hubieran sido muy dichosos sin un Cambises y un Cómodo.»

¿No parece, al leer esto, que asistimos á una de esas escenas de alta comedia en que la gravedad de Molière equivale casi á la grandeza de Corneille? ¿Hay en Molière alguna cosa de mas notable ni de mejor estilo, algo de mas profundamente humano y verdadero que esos dos respetables ancianos que, al parecer, olvidara el siglo XVII en provecho del XVIII, como dos modelos de mejores costumbres? ¿No les

veis á ambos muy atareados y severos, venir apoyados en sus largos bastones, recordando con su compostura mas bien á Luis XIV que á Luis XV, y á Luis XIII que á Luis XIV? ¿El idioma que hablan no es el mismo de Molière y de Saint-Simon? Este padre y este tío son los dos tipos eternos de la comedia; las dos bocas severas por las cuales refunfuña, enseña y moraliza en medio de tantas otras bocas que no hacen mas que reir. Son el Marqués y el Comendador, Geronte y Aristo, la bondad y la discrecion, admirable duo á que tan aficionado se muestra Molière.

EL TIO.

¿Dónde vas tan aprisa?

EL PADRE.

¿Acaso lo sé?

EL TIO.

Creo que debemos empezar por consultar juntos lo que hacerse debe en este negocio.

La escena es completa; nada falta, ni siquiera el *pícaro sobrino*.

Lo notable en el presente caso consiste en que la escena que acabamos de bosquejar es verdadera: el diálogo entre el padre y el tío se verificó por cartas, cartas que el público puede leer actualmente (1); y los dos ancianos, sin saberlo,

(1) Véanse las *Memorias de Mirabeau*, ó mas bien *sobre Mirabeau*, recientemente publicadas, tomo III. Este trabajo, que es de sentir haya sido hecho con tan poca inteligencia, contiene sobre Mirabeau y del mismo algunas cosas curiosas, auténticas é inéditas. Empero lo mas interesante de todo, en nuestro sentir, son los extractos de la correspondencia íntima del marqués de Mirabeau con su hermano el baillío. Algo que hasta ahora habia permanecido oculto tocante al siglo XVIII aparece en esta correspondencia, donde el padre y el tío de Mirabeau, personajes un tanto originales, ambos grandes escritores sin saberlo, grandes escritores en el estilo epistolar, dibujaban admirablemente, en un círculo de ideas que se alarga y encoje segun su fantasía y accidentes, su corazon, su familia, su época. Aconsejamos al editor que multiplique las citas de dicha correspondencia, y hasta sentimos que no haya pensado en hacer una publicacion aparte lo mas completa posible, y en todos casos muy sóbriamente espurgada. Las *Cartas del marqués y del baillío de Mirabeau, padre y tío de Mirabeau*, hubiesen sido uno de los testamentos mas importantes del siglo XVIII. Doblemente valiosas así biográfica como literariamente, esas *Cartas* constituirian un filon para el historiador, para el escritor un libro. Dichas epístolas, escritas en correctísimo estilo, prosiguen, hasta el año 1789, la excelente prosa francesa de madame de Sevigné, madame de Maintenon y M. de Saint-Simon. Si se publicase completa esta correspondencia haría buen juego con las *Cartas de Diderot*. Éstas pintan el siglo XVIII bajo el punto de vista de los filósofos; las de Mirabeau pintaríanlo bajo el de la nobleza, faz no menos curiosa por cierto. Esta última coleccion no importaría menos que la primera para cuantos quisieran saber y estudiar por completo cuál es definitivamente la idea que el siglo diez y ocho ha legado á su inmediato sucesor el diez y nueve. De esperar es que la persona en cuyas manos se encuentra esa voluminosa correspondencia, comprenderá la responsabilidad que lleva en sí semejante depósito, y, en todo caso, lo sabrá conservar intacto. Documentos tan preciosos son patrimonio de la nacion y nó de una familia.

habían entablado una grave cuestión en cuyo fondo aparecía uno de los hombres más grandes de nuestra historia. Lo notable aquí es que el marqués y el comendador son un verdadero marqués y un comendador. Llamábase el uno Víctor de Riquetti, marqués de Mirabeau; el otro Juan Antonio de Mirabeau, bailío de la orden de Malta. El *pícaro sobrino* era Honorato Gabriel de Riquetti, á quien en 1781 llamaba su familia *el Huracan*, apellidándolo hoy el mundo todo MIRABEAU.

Así pues, un *hombre abortado*, una *criatura dislocada*, un individuo *de que no podía sacarse ningún partido*, una cabeza á propósito para que *la rompieran* los insurgentes, un criminal infamado por la justicia, *verdadera plaga* en una palabra, hé aquí lo que para su familia era Mirabeau en 1781.

Diez años después, en 1791, el día 1.º de abril, inmensa muchedumbre cubría las avenidas de una casa de la Chaus-

sée-d'Antin. Mostrábase toda esa gente taciturna, silenciosa, consternada, profundamente triste. Había en la casa un hombre que estaba agonizando.

Este concurso inundaba la calle, el patio, la escalera, la antesala, y muchos de ellos no se habían movido de allí hacia tres días. Hablábase en voz baja, dijérase que no se osaba respirar, é interrogábanse con ansiedad así entrantes como salientes. Aquella multitud era para el hombre que allí vivía lo que una madre para su hijo. Los médicos habían perdido toda esperanza. De vez en cuando circulaban entre los circunstantes unas hojas volantes, las cuales eran leídas con avidez, y se oían los sollozos de las mujeres. Un jóven en la exasperación de su dolor ofreció en voz alta abrirse una arteria para trasfundir su sangre rica y pura á las empobrecidas venas del moribundo. Todos, hasta los menos inteligentes, parecían abrumados por la idea de que no era solamente un hombre sino tal vez un pueblo el que iba á morir.

Un solo pensamiento preocupaba á los moradores de la ciudad.

Aquel hombre espiró.

A los pocos minutos de haber exclamado el médico de cabecera: *¡ha muerto!* el presidente de la Asamblea nacional levantóse de su asiento y dijo: ¡Ha muerto! Uno de los principales oradores, M. Barrère de Vieuzac, se levantó llorando, y exclamó con acento que dejaba escapar mas sollozos que palabras: «Pido que la Asamblea haga constar en el acta de deliberaciones de este día funesto, el testimonio del pesar que le ha causado la pérdida de tan grande hombre, y que se invite en nombre de la patria á todos los miembros de este cuerpo para que asistan á sus funerales.»

Un sacerdote, miembro de la derecha, exclamó: «Ayer, en medio de sus padecimientos, hizo llamar al señor obispo de Autun, y entregándole un trabajo sobre las sucesiones que acababa de terminar, suplicóle que como última prue-

ba de amistad se sirviese leerlo á la Asamblea. Este es un deber sagrado: el señor obispo de Autun debe ejercer aquí las funciones de albacea del grande hombre que todos lloramos.»

El presidente Tronchet propuso que se enviase una diputacion á los funerales. La Asamblea respondió: *¡Iremos todos!*

Las secciones de París pidieron que fuese sepultado en el campo de la federacion, bajo el altar de la patria.»

El directorio del departamento propuso que se le diese por tumba la «nueva iglesia de Santa Genoveva,» decretándose al mismo tiempo que «este edificio destinárase en lo sucesivo para recibir las cenizas de los grandes hombres.»

Con tal objeto M. Pastoret, procurador general síndico de la comuna, dijo: «Las lágrimas que hace verter la pérdida de un grande hombre no deben ser estériles. Muchos pueblos de la antigüedad encerraban en monumentos separados sus sacerdotes y sus héroes. Esta especie de culto que tributaban á la piedad y al valor, debemos actualmente rendirlo nosotros al amor de la felicidad y de la libertad de los hombres. ¡Que el templo de la religion sea asimismo el templo de la patria; que la tumba de un grande hombre se convierta en altar de la libertad!»

La Asamblea aplaudió estas palabras.

Barnave exclamó: «¡Ha merecido efectivamente los honores con que la nacion debe distinguir á los grandes hombres que la sirven bien!»

Robespierre, es decir, la Envidia, se levantó tambien y dijo: «No es momento ahora, en que por todas partes se oyen los lamentos que excita la pérdida de un hombre tan ilustre que en las épocas mas críticas ha desplegado tanto valor contra el despotismo, de oponerse á que se honre su memoria. Apoyo la proposicion con todo mi poder, ó mas bien con toda mi sensibilidad.»

Aquel día no hubo ni derecha ni izquierda en la Asamblea nacional, que unánimemente decretó:

«Destínase el nuevo edificio de Santa Genoveva para reunir las cenizas de los grandes hombres.

«Encima del frontispicio grabaránse estas palabras:

A LOS GRANDES HOMBRES

LA PATRIA RECONOCIDA.

«Solo al Cuerpo legislativo toca decidir á cuáles individuos se otorgará semejante honra.

«Honorato Riquetti Mirabeau se ha hecho digno de recibirla.»

El hombre que acababa de morir era Honorato de Mirabeau. El *grande hombre* de 1791 era el *hombre abortado* de 1781.

Al día siguiente, el pueblo asistió á sus funerales formando un séquito de mas de una legua, en el que se echaba de menos su padre, muerto, como convenia á un gentilhombre de su clase, el 13 de julio de 1789, víspera de la caída de la Bastilla.

No sin intencion hemos acercado estas dos fechas, 1781 y 1791, las memorias y la historia, Mirabeau de antes y Mirabeau de despues, Mirabeau juzgado por su familia y Mirabeau juzgado por el pueblo. Hay en este contraste un manantial inagotable de meditaciones. ¿Cómo, en diez años, ese demonio de una familia convirtióse en dios de una nacion? Cuestion profunda.

II

No se crea sin embargo que desde el momento en que ese hombre salió de los brazos de la familia para presentarse ante el pueblo, fuese inmediatamente y por aclamación acatado como *dios*. Las cosas nunca suceden de ese modo. Levántase la envidia donde descuella el genio. Por el contrario, hasta la hora de su muerte ningún hombre fue jamás tan completa y constantemente despreciado en todos sentidos como Mirabeau.

Cuando como diputado de Aix llegó á los estados generales, no excitaba la envidia de nadie. Oscuro y tenido en mala opinión, poco se preocupaban de él los hombres reputados; feo y de mala traza, compadecíanle cuantos la naturaleza favoreciera con sus dones. Su nobleza desaparecía bajo su traje negro y su fisonomía bajo las viruelas. ¿Quién, pues, hubiera pensado en estar envidioso de aquella especie de aventurero apercibido por la justicia, de cuerpo y rostro deformes, y además arruinado, que los electores de Aix habían enviado á los estados generales en un momento de fiebre, sin duda por descuido y sin saber por qué? En verdad que aquel hombre no formaba número. Cualquiera era á su lado bello, rico y digno de consideración. No ofuscaba ninguna vanidad ni hacía sombra á pretendiente alguno. Era un guarismo que apenas entraba en los cálculos de las ambiciones rivales.

Poco á poco, sin embargo, al acercarse el crepúsculo de todas las antiguallas, formóse bastante sombra alrededor de la monarquía para hacerse visible el sombrío resplandor propio de los grandes hombres revolucionarios. Mirabeau empezó á brillar.

Entonces acercóse la envidia á ese resplandor así como las aves nocturnas van en busca de la luz. Desde dicho momento aquel enemigo se enseñoreó de Mirabeau sin soltarlo. Sobre todo (cosa al parecer extraña y que sin embargo no lo es), lo que le disputó la envidia hasta que exhalara el último suspiro; lo que cara á cara nególe sin cesar, sin escasearle por esto otras injurias, fue precisamente lo que forma en la posteridad la verdadera corona de aquel hombre: su genio de orador. ¡Este es el camino que siempre sigue la envidia! ¡Constantemente arroja las piedras á la mas bella fachada del edificio! Y con respecto á Mirabeau fuerza es convenir en que la envidia tenia inagotable manantial de buenas razones. *Probitas*, el orador debe ser hombre sin tacha, y á M. de Mirabeau pueden echársele en cara no pocas cosas; *præstantia*, el orador debe tener buena presencia, y M. de Mirabeau es feo; *vox amæna*, el orador debe tener un timbre de voz agradable, y la de M. de Mirabeau es dura, áspera, chillona, tronando siempre y no hablando nunca; *subrisus audientium*, el orador debe ser bienquisto de su auditorio, y M. de Mirabeau es odiado de la Asamblea, etc.; y muchos, muy satisfechos de sí mismos, concluan: *M. de Mirabeau no es orador*.

Tales raciocinios, léjos de probar esto, solo probaban una cosa, á saber: que los Mirabeau no han sido previstos por los Cicerones.

Ciertamente, Mirabeau no era orador del modo como aquellas gentes entendían esta palabra. Éralo á su manera, segun su naturaleza, segun su organismo, segun su alma, segun su vida; era orador por el ódio que se le profesaba, como lo fue Ciceron por el amor de sus conciudadanos. Era orador por su fealdad, como Hortensio por su hermosura. Era orador porque habia sufrido, porque habia quebrado, porque, jóven aun y en la edad en que se dilatan todas las aberturas del corazon, habíase visto rechazado, escarnecido, humillado, despreciado, difamado, perseguido, despojado,

ajado, desterrado, preso, condenado. Porque, como el pueblo de 1789, de que él era el mas completo símbolo, había permanecido en minoría y en tutela mucho mas allá de la edad de la razon; porque la paternidad había sido dura para él, así como el trono para el pueblo; porque, como el pueblo, había sido mal guiado; porque, como al pueblo, una mala educacion habíale hecho brotar un vicio de la raíz de cada virtud. Era orador, porque merced á las anchas brechas abiertas por los sacudimientos de 1789, pudo por fin lograr que se extravasasen á la sociedad todas sus efervescencias interiores tanto tiempo comprimidas en la familia; porque brusco, desigual, violento, vicioso, cínico, sublime, difuso, incoherente, con mas instintos que ideas, manchados los piés, radiante la cabeza, parecíase completamente á los años ardientes en que resplandeció y en que cada día que pasaba llevaba en su frente el sello de su palabra. En fin, á esos hombres imbéciles tan poco conocedores de su tiempo que dirigían á Mirabeau, en medio de mil objeciones muchas veces ingeniosas, la pregunta de si realmente se creía orador, hubiera podido darles por respuesta estas palabras: «¡Preguntádselo á la monarquía que espira, preguntádselo á la revolucion que empieza!»

Hoy dia que es cosa ya juzgada, cuesta trabajo creer que en 1790 muchas personas, entre ellas algunas que figuraban como amigos cariñosos de Mirabeau, aconsejasen á éste *por su propio interés* que *abandonase la tribuna, donde jamás lograría un éxito completo, ó á lo menos que no la frecuentase tanto*. Las cartas en que esto se dice están á nuestra vista. Trabajo cuesta creer que en aquellas memorables sesiones en que agitaba la Asamblea como el agua en un vaso, en que con su mano hacia chocar tan poderosamente todas las ideas sonoras del momento, en que forjaba y amalgamaba hábilmente con su palabra su pasion personal y la de todos, despues, antes y mientras hablaba los aplausos estuviesen siempre envueltos en sarcasmos, risas y silbidos. ¡Misera-

bles detalles vocingleros que la gloria en la actualidad ha esfumado! Los periódicos y folletos de la época no son mas que un tejido de injurias, violencias y vias de hecho contra el genio de aquel hombre. Cualquiera cosa bastaba para reconvenirle. Pero la reconvencción que se le hace sin cesar y como por manía, fúndase en su voz *dura y áspera*, y en su palabra *siempre tonante*. ¿Qué puede responderse á esto? Su voz es ruda, porque al parecer ha pasado el tiempo de las voces dulces; truena su palabra, porque por su parte los acontecimientos tambien tronaban, siendo propio de los grandes hombres elevarse á la talla de las grandes cosas.

Por otra parte (y es esta una táctica seguida invariablemente en todo tiempo contra los genios), no solo los hombres de la monarquía, sino que tambien los de su partido, pues nadie se profesa mas ódio que los de un mismo partido, estaban constantemente de acuerdo, como por una especie de convenio tácito, para oponerle sin cesar y dar la preferencia en todas las ocasiones á otro orador, Barnave, muy diestramente escogido por la envidia, pues gozaba de las mismas simpatías políticas que Mirabeau. Y siempre será lo mismo.

A menudo sucede que en época determinada, idéntica idea es representada á la vez en grados diferentes por un hombre de genio y por un hombre de talento. Para el hombre de talento esta posición es una suerte. La gloria presente é incontestada le pertenece, si bien es verdad que esta especie de gloria nada prueba y desvanécese con prontitud. La envidia y el ódio salen directamente al encuentro del mas fuerte. La medianía vériase muy importunada por el hombre de talento á no haber el hombre de genio; pero encontrándose con éste, sostiene al hombre de talento para servirse de él contra el dueño. Mécese en la quimérica esperanza de derribar al primero, y en este caso (irrealizable) piensa dar buena cuenta del segundo: entretanto apoya á éste y lo exalta todo lo posible. La medianía está siempre

en favor del que la incomoda menos y tiene mas parecido con ella. En esta situacion, todo lo que es enemigo del hombre de genio es amigo del hombre de talento. La comparacion que debiera abatir á éste sirve para enaltecerlo. Con todas las piedras que el pico, el azadon, la calumnia, la diatriba y la injuria pueden arrancar de la base del grande hombre, levántase un pedestal para el hombre secundario. Lo que del uno se derriba sirve para la construccion del otro. Así es que en 1790 fabricábase á Barnave con los materiales del derribo de Mirabeau.

Rivarol decia: *M. Mirabeau es mas escritor, M. Barnave mas orador.*—Pelletier decia: *Barnave sí, Mirabeau no.* — *La memorable sesion del 13*, escribía Chamfort, *es la que mas ha probado la preeminencia ya demostrada desde mucho tiempo atrás, de M. Barnave sobre M. Mirabeau como orador.*—*Mirabeau ha muerto*, murmuraba M. Target dando un afectuoso apreton de manos á Barnave, *hále muerto su discurso sobre la fórmula de la promulgacion.*—*Barnave, habeis enterrado á Mirabeau*, añadía Dupont apoyado en la sonrisa de Lameth, el cual era á Dupont lo que Dupont á Barnave, un diminutivo.—*M. Barnave agrada*, decia M. Goupil, *mientras que M. Mirabeau apesadumbra.* —*El conde de Mirabeau tiene destellos*, decia M. Camus, *pero jamás hará un discurso ni siquiera sabrá lo que es. ¡Habládme de Barnave!* — *En vano M. Mirabeau se fatiga y suda*, decia Robespierre, *nunca llegará á la altura de Barnave, que no afecta pretender tanto como él y vale mas.* Todas esas mezquinas y torpes injusticias irritaban á Mirabeau y le hacian sufrir en medio de su poder y de sus triunfos. Alfilerazos en cuerpo duro. Y si el ódio, necesitando oponerle álguien, no importa quién, no hubiese tenido á mano un hombre de talento, se valiera de alguna medianía. Poco le importa á la envidia la tela que le sirve de bandera. Mairet ha sido preferido á Corneille, Pradon á Racine. Todavía no han pasado cien años desde que Voltaire exclamaba :

«¡Se atreven á dar la preferencia sobre mí al bárbaro de «Crebillon!»

En 1808, Geoffroy, el crítico mas afamado de Europa, decia: «M. Lafon es muy superior á Talma.»

¡Instintos maravillosos de los corrillos!

En 1798 Moreau era preferido á Bonaparte; en 1815, Wellington á Napoleon.

Lo repetimos, porque para nosotros es cosa extraña: Mirabeau irritábase con estas miserias. El paralelo con Barnave le ofuscaba. Si hubiese penetrado en el porvenir, asomara la risa en sus labios; empero, generalmente el defecto de los oradores políticos, hombres del presente ante todo, estriba en fijar demasiado sus miradas en los contemporáneos y no lo suficiente en la posteridad.

Por otra parte, aquellos dos hombres. Barnave y Mirabeau, presentaban perfecto contraste. Si se levantaban en la Asamblea, Barnave era siempre acogido con una sonrisa, Mirabeau por una tempestad. Para Barnave la ovacion del momento, el triunfo pasajero, la gloria en la gaceta, los aplausos todos, hasta los de la derecha. Para Mirabeau la lucha y la tempestad. Barnave era un jóven bien parecido y que se expresaba con gran fluidez; Mirabeau, como decia ingeniosamente Rivarol, *un monstruoso parlanchin*. Era Barnave uno de esos hombres que cada mañana miden su auditorio, que toman el pulso á su público, que no se aventuran jamás fuera de la posibilidad de ser aplaudidos, que se inclinan siempre servilmente ante el dios éxito, que llegan á la tribuna, algunas veces con la idea del dia, lo mas frecuentemente con la de la víspera, jamás con la del dia siguiente, temiendo aventurarse demasiado; que tienen una facundia bien nivelada, muy llana y muy flúida, sobre la cual hacen caminar y circular con sus diversos bagajes todas las ideas comunes de su tiempo; que temiendo que sus pensamientos no estén asaz impregnados de la atmósfera general, ponen sin cesar su juicio en el arroyo como un termómetro á la ventana.

Mirabeau, al contrario, era el hombre de la idea nueva, de la iluminacion repentina, de la proposicion arriesgada; fogoso, descabellado, imprudente, inesperado siempre en todas partes, chocando, hiriendo, derribando, no obedecía mas que á sí mismo. No cabe duda que buscaba el triunfo, pero despues de buscar otras muchas cosas, y siéndole mas grato obtener el aplauso de sus pasiones en su corazon que el aura popular en las tribunas: bullicioso, confuso, rápido, profundo, raras veces trasparente, jamás vadeable, hacia rodar mezcladas en su espuma todas las ideas de su época, á menudo muy maltratadas del contacto con las suyas. La elocuencia de Barnave parangonada con la de Mirabeau, era un ancho camino orillado por un torrente.

Hoy día que el nombre de Mirabeau es tan grande y tan universalmente aceptado, apenas puede creerse la dureza con que lo trataban sus colegas y contemporáneos. M. de Guillermy exclamaba mientras él hablaba: *¡M. Mirabeau es un malvado, un asesino!* Y vociferaban los señores d'Ambly y de Lautrec: *¡Ese Mirabeau es un gran pordiosero!* Despues de lo cual M. de Foucault enseñábale los puños, y M. de Virieu decia: Señor *Mirabeau, nos estais insultando!* Cuando no hablaba el ódio, hablaba el desprecio: *¡Ese ente de Mirabeau!* decia M. de Castellanet en los escaños de la derecha. *¡Ese extravagante!* exclamaba M. Lapoule desde la izquierda. Y apenas acababa de hablar, Robespierre murmuraba entre dientes: *¡Eso no vale nada!*

Algunas veces aquel ódio de una parte tan grande de su auditorio dejaba huella en su elocuencia, y en medio de su magnifico discurso *sobre la regencia*, por ejemplo, escapábanse de sus labios desdeñosas palabras como estas, palabras melancólicas, sencillas, resignadas y altivas, que convendría meditaran todos los hombres que se encontrasen en situacion análoga:

«Mientras hablaba y desenvolvía mis primeras ideas

sobre la regencia, he oído exclamar con la seguridad encantadora á que estoy acostumbrado hace tiempo: *¡Eso es absurdo! ¡eso es extravagante! eso no debía haberse pro-puesto!* Empero, convendría reflexionar.»

Así se expresaba el 25 de marzo de 1791, siete días antes de su muerte.

Fuera de la Asamblea desgarrábale la prensa con singular furor. Llovían los folletos tocante á aquel hombre. Los partidos extremos le hacían sufrir igual tortura. El nombre de *Mirabeau* pronunciábase con igual displicencia en el cuartel de los guardias de corps y en el club de los franciscanos. M. de Champcenetz decía: *Este hombre tiene viruelas en el alma*. M. de Lambesc proponía hacerle prender por veinte soldados de á caballo y *mandarlo á presidio*. Marat escribía: «¡Ciudadanos, levantad ochocientas horcas, ahorcad á todos esos traidores y á su cabeza al infame, primogénito de los «Riquetti!» Y no queriendo Mirabeau que la Asamblea nacional persiguiera á Marat, se contentó con responder: «Parece que se dicen extravagancias: es un párrafo de un ébrio.»

Así pues, hasta el 1.º de abril de 1791, Mirabeau es un *pordiosero* (1), un *extravagante* (2), un *malvado*, un *asesino* (3), un *loco* (4), un *orador de segundo orden* (5), un *hombre mediocre* (6), un *hombre muerto* (7), un *hombre enterrado* (8), un *monstruoso parlanchin* (9), *escarnecido, silbado,*

- (1) MM. d'Ambly y de Lautrec.
- (2) M. Lapoule.
- (3) M. de Guillermy.
- (4) Diarios y folletos de aquel tiempo.
- (5) Idem.
- (6) Idem.
- (7) Target.
- (8) Duport.
- (9) Rivarol.

mas *menospreciado que aplaudido* (1). Lambese propone que se le mande á *presidio*; Marat á la *horca*. Muere el 2 de abril, y el 3 se inventa para él el Panteon.

¡Grandes hombres! Morid hoy si quereis tener razon mañana.

III

El pueblo, no obstante, que tiene un particular criterio y singularmente recto el rayo visual, que no es rencoroso porque es fuerte, ni envidioso porque se siente grande; el pueblo que, niño como es, conoce á los hombres, el pueblo estaba al lado de Mirabeau. Éste era imágen del pueblo del 89, y el pueblo del 89 imágen de Mirabeau. No hay para el hombre pensador espectáculo mas bello que estos estrechos enlaces del genio y de las masas.

Negábase la influencia á Mirabeau, y su influencia era inmensa. En último resultado él era siempre quien tenia razon; pero en la Asamblea no tenia razon mas que por medio del pueblo, y gobernaba las sillas curales por medio de las tribunas. Lo que dijera Mirabeau en palabras precisas, la multitud lo repetía en aplausos, y bajo la impresion de tales aplausos, á menudo contra su voluntad, escribía la legislatura. Libelos, folletos, calumnias, injurias, interrupciones, amenazas, escarnios, risotadas, silbidos, todo esto no era mas que guijarros arrojados en la corriente de su palabra que servían á hacerla echar espumarajos de momento. Hé aquí todo. Cuando el orador soberano, acometido de súbita

(1) Pelletier.

idea subía á la tribuna; cuando aquel hombre se encontraba cara á cara con su pueblo; cuando estaba allí en pié caminando sobre la envidiosa Asamblea como el hombre-Dios sobre el mar, sin ser tragado por ella; cuando su sardónica y luminosa mirada, fija desde lo alto de esa tribuna en los hombres y en las ideas de su tiempo¹, parecía medir la pequeñez de los hombres por la grandeza de las ideas, entónces no era calumniado, silbado ni injuriado. No importa lo que hicieran, ni dijeran, ni amontonaran contra él, el primer soplo que de su boca se escapaba hundía tan frágiles castillos. Cuando este hombre estaba en la tribuna desplegando su ingenio, resplandecía su rostro y todo se desvanecía ante él.

De lo que resulta que en 1791, Mirabeau era á la vez muy aborrecido y apreciado: genio aborrecido de los eruditos, hombre apreciado del pueblo. Ilustre y envidiable existencia la de aquel hombre que disponía á su antojo de todas las almas avocadas entónces hácia el porvenir; que por medio de mágicas palabras y cierta misteriosa alquimia, convertía en ideas, en sistemas, en voluntades razonadas, en preciso plan de mejoras y reforma, los vagos instintos de la multitud; que nutría el espíritu de su tiempo con todas las ideas que su grande inteligencia desmigaba sobre la muchedumbre; que, sin descanso y á brazo partido, sacudía y trillaba sobre la tribuna, cual el trigo en la era, los hombres y las cosas de su siglo, para separar la paja que la república debía consumir del grano que la revolucion había de fecundar: que producía á la vez insomnios á Luis XVI y á Robespierre: á Luis XVI, cuyo trono atacaba, y á Robespierre, de quien hubiese atacado la guillotina; que cada mañana al levantarse podía hacerse esta pregunta: ¿Qué cosa voy á destruir hoy con mi palabra? Que era Papa, en el sentido de guiar las conciencias, y Dios porque guiaba los acontecimientos.

Murió á tiempo. Era una cabeza soberana y sublime. Coronóla el 91; el 93 la hubiera cortado.

IV

Siguiendo paso á paso la vida de Mirabeau desde su nacimiento hasta su muerte, desde la humilde pila bautismal de Bignon hasta el Panteon, vése que, al igual de todos los hombres de su temple y de su talla, estaba predestinado.

Niño nacido bajo aquellos auspicios por fuerza habia de llegar á ser un grande hombre.

Al venir al mundo, el tamaño desmesurado de su cabeza puso en peligro la vida de su madre. Cuando la vieja monarquía francesa, su segunda madre, dió á luz su reputacion, poco le faltó tambien para que muriera.

A la edad de cinco años, Poisson, su preceptor, díjole que *escribiera lo que primero le viniese á la memoria*. « El chicuelo», dice su padre, escribió literalmente lo que sigue: «Caballero yo: suplicoos que tengais cuidado en lo que escribís y no hagais borrones en las planas de muestra; que presteis atencion á lo que se hace; que obedezcais á vuestro padre, á vuestro maestro y á vuestra madre; que no contradigais: nada de sutilezas, en particular tocante al honor. No ataqueis á nadie, sino en caso de legítima defensa. *Defended á la patria*. No seais malo con los criados; tampoco debeis gastar familiaridades con ellos. Bueno es ocultar los defectos del prójimo, pues uno puede caer en el mismo pecado (1).»

A los once años, hé aquí lo que el duque de Nivernois escribe de él al bailío de Mirabeau, en carta fechada en Saint-Maur , 11 de setiembre de 1760: « El otro dia , en los pre-

(1) Este extraño documento cítase textualmente en una carta inédita del marqués al bailío de Mirabeau, 9 de diciembre de 1754.

mios que se disputan á la carrera en mi casa, salió vencedor, obteniendo como recompensa un sombrero. Al entregárselo, vuélvese hácia un adolescente que llevaba una gorra, y poniendo en su cabeza la suya todavía en buen uso, le dice: *Toma, yo no tengo dos cabezas*. En aquel momento parecióme ese jóven el emperador del universo: no sé qué de divino traspiró rápidamente en su actitud. Soñé, lloré, y confieso que la leccion fue muy provechosa.»

A los doce años, su padre decia de él: «Ocúltase un gran corazon bajo aquel sayo de nene. Tiene un extraño instinto de orgullo, pero orgullo de nobleza. Es un embrion de matamoros desmelenado que quiere tragarse el mundo entero antes de haber cumplido los doce años (1).» Cumplidos diez y seis años, su porte era tan atrevido y altivo que, preguntándole el príncipe de Conti: *¿Qué harías si yo te diese un bofetón?* En el acto contesta: *Mi respuesta hubiera sido embarazosa antes de inventarse las pistolas de dos tiros.*

A la edad de veinte y un años (1770), empezó á escribir una historia de la Córcega en el preciso momento en que álguien acababa de venir al mundo en dicha isla (2). ¡Raro instinto de los grandes hombres!

Por la misma época, su padre, que lo tenia bien ligado, hace sobre él este extraño pronóstico: *Es una botella tapada cuidadosamente hace ya veinte y un años. Si alguna vez llega á destaparse inopinadamente, ¡adios contenido!*

A los veinte y dos años es presentado en la córte, Madama Isabel, que tenia entónces seis años, le pregunta *si ha sido inoculado*. Risas de todos los cortesanos. Nó, no habia sido inoculado; en sí llevaba el gérmen de un contagio que mas tarde invadiría á las masas.

(1) Carta inédita á la señora condesa de Rochefort, 29 noviembre de 1761.

(2) 15 agosto de 1769.

Presentóse en la córte con gran despejo, tan alta la frente como el rey, extraño para todos, odioso para muchos. *Es tan insinuante como insociable fui yo*, dijo su padre, que jamás había querido *enversallarse*, él, «pájaro esquivo que plantó su nido entre cuatro torrecillas.» —«Da vueltas á los grandes como fagotes. Tiene *el terrible don de la familiaridad*,» como decía Gregorio el Grande. Y luego el anciano y altivo gentilhomme añadía: «Puesto que desde hace quinientos años han tenido que aguantarse los Mirabeaus, de los que no ha habido dos iguales, fuerza será que aguanten á este.»

A los veinte y cuatro años, el padre, filósofo agrícola, quiere llevarse consigo á su hijo y convertirlo en «rural,» lo que no puede lograr. «¡Qué cosa tan difícil manejar la boca de ese *animal fogoso!*» exclama el anciano.

Su tío el bailio examina á sangre fría al jóven, y dice: «Si no es peor que Neron, valdrá mas que Marco Aurelio.»

En suma, dejemos madurar esa fruta verde, contesta el marqués.

Padre y tío están acordes tocante al porvenir del jóven, tan engolfado ya en la vida de aventuras. *Tu sobrino el Huracan*, dice el padre: *Tu hijo, el señor conde de la Borrasca*, replica el tío.

El bailio, viejo marino, añade: *Tiene metidos en la cabeza los treinta y dos vientos de la brújula*.

A los treinta años *madura el fruto*. Las novedades empiezan ya á relucir en el ojo profundo de Mirabeau. Véase que su cabeza rebosa de ideas. *Ese cerebro es un horno repleto*, dice el prudente bailio. En otra ocasion, el tío escribía esta observacion de hombre asustado: «Cuando pasa algo por su cabeza, dilata la frente y no mira á ninguna parte.»

Por su lado el padre se admira de ese *abigarramiento de ideas que se presentan como una exhalacion*, y exclama: «¡Barullo en su cabeza, biblioteca dispersa, talento para deslumbrar superficialmente, ha respirado todas las fórmulas y nada sabe sustanciar!» Y añade, perdida la brújula: «En

su infancia no era mas que un varon monstruoso así moral como fisicamente.» Hoy dia es un hombre *de reflejo y reverbero*, un loco, cuyo corazon tira hácia la derecha y la cabeza hácia la izquierda, la cual dista siempre cuatro pasos de él.» Luego añade el anciano, con una sonrisa melancólica y resignada: «Trato de verter sobre este hombre mi cabeza, mi alma y mi corazon.» En fin, al igual del tio, por momentos tiene tambien sus presentimientos, sus terrores, sus ansiedades, sus dudas.» Siente, como padre, lo que bulle en la cabeza de su hijo, *así como la raíz siente el balanceo de las hojas*.

Hé aquí lo que es Mirabeau á los treinta años. Descendia de un hombre que se habia definido él mismo de esta suerte: «Y yo tambien, señora, entumecido y pesado como me veis, á los tres años peroraba; á los seis, era un prodigio; á los doce, una esperanza; á los veinte, una pólvora; á los treinta, un político teórico; y á los cuarenta solo soy un hombre como otro cualquiera.»

A la edad de cuarenta años Mirabeau es un grande hombre, el hombre de la revolucion.

Entonces declárase alrededor de él, en Francia, una de esas formidables anarquías de ideas do se fundan las sociedades que han llegado á su mayor edad. Mirabeau es su déspota.

Él fue quien, silencioso hasta entónces, dijo gritando á M. de Brézé, el dia 23 de junio de 1789: *¡Decid á VUESTRO AMO! ... Vuestro amo es el rey de Francia declarado extranjero*. Esto equivale á levantar una frontera entre el trono y el pueblo. Es la revolucion que deja escapar su grito. Nadie hubiera sido tan osado como Mirabeau. Destino es de los grandes hombres pronunciar las palabras que deciden de una época.

Al cabo de algun tiempo Luis XVI veráse mas gravemente insultado en la apariencia, será arrastrado por el fango, cargado de cadenas y silbado en el cadalso. La república de gorro rojo le dará de puñetazos, dirále palabras groseras, lo llamará *Luis Capelo*. *Empero* nada será dicho á Luis XVI tan terrible y efectivo como las palabras fatales de Mirabeau.

Luis Capeto, equivale á herir á la majestad en el rostro; *vuestro amo*, equivale á una herida en el corazon.

Así pues, desde que fueron pronunciadas estas palabras, Mirabeau es el hombre de la nacion, el hombre del gran motin social, el hombre que necesita aquel siglo en sus postrimerías. Un hombre popular sin ser plebeyo ¡cosa rara en tales tiempos! Su vida privada es reabsorbida por su vida pública. Honorato Riquetti, un perdido, será en lo sucesivo ilustre, escuchado y digno de consideracion. El amor del pueblo sírvele de escudo contra los sarcasmos de sus enemigos. Su persona será la mas esclarecida de cuantas contemple la multitud. Detiéndose los transeuntes cuando pasa por la calle, y en los dos años que trascurren en el desempeño de su mision, en todas las esquinas de París los muchachos escribirán correctamente su nombre que, ochenta años antes, Saint-Simon, con su desden de duque y de par, escribía *Mirebaut*, sin soñar siquiera que algun día Mirebaut sería *Mirabeau*.

Bien sorprendentes paralelismos hay en la vida de ciertos hombres. Cromwell, oscuro aun, desesperando de su porvenir en Inglaterra, quiere partir á la Jamaica, impidiéndoselo los reglamentos de Carlos I. El padre de Mirabeau, no viendo en Francia ninguna existencia posible para su hijo, quiso mandar á éste á las colonias holandesas, á lo que se opuso una orden del rey. Pues bien, quitad á Cromwell de la revolucion de Inglaterra y á Mirabeau de la de Francia, y acaso quiteis de las dos revoluciones dos cadalsos. ¿Quién sabe si la Jamaica no hubiera salvado á Carlos I y Batavia á Luis XVI?

Pero nó, el rey de Inglaterra quiso conservar á Cromwell; el rey de Francia quiso quedarse con Mirabeau. Cuando un rey está condenado á muerte, la Providencia le venda los ojos.

¡Cosa rara! Lo que hay de mas grande en la historia de una sociedad depende con harta frecuencia de la mas insignificante pequeñez de la vida de un hombre.

La primera parte de la existencia de Mirabeau ocúpala

Sofía, la segunda la revolucion. Una tempestad doméstica, luego una tempestad política: hé aquí Mirabeau. Cuando se examina de cerca su destino, nos hacemos cargo de lo que hubo en él de fatal y de necesario. Los desvíos de su corazón se explican por los sacudimientos de su vida.

Fijaos bien: nunca las causas se han ligado de mas cerca á los efectos. La casualidad le da un padre que le enseña á despreciar á su madre, y una madre que le enseña á odiar á su padre; un preceptor, Poisson, nada aficionado á los niños, y que le trata con dureza á causa de su poca estatura y de su fealdad; un criado (Grevin), espía cobarde de sus enemigos; un coronel, el marqués de Lambert, tan implacable con el jóven como Poisson habíalo sido con el niño; una madrastra (no casada), madama de Pailly, que le detesta porque no es hijo suyo; una esposa, la señorita de Marignane, que le rechaza; una casta, la nobleza, que reniega de él; unos jueces, el parlamento de Besanzon, que le condenan á muerte; un rey, Luis XV, que lo encierra en la Bastilla. Así pues, padre, madre, mujer, su preceptor, su coronel, la magistratura, la nobleza, el rey, es decir, cuanto rodea y presta apoyo á la existencia de un hombre en el órden legítimo y natural, para él es oposicion, obstáculo, ocasion de caída y de contusion, piedra dura á sus piés desnudos, zarzo que lo desgarrá al pasar. La familia y la sociedad á la vez muéstransele madrastras. Solo encuentra en la vida dos cosas que le traten bien y que le quieran, dos cosas irregulares y sublevadas contra el órden: una querida y una revolucion.

No nos sorprendamos, pues, si por la querida vérnosle romper todos los lazos domésticos, y por la revolucion todos los lazos sociales.

Y, para resolver la cuestion en los términos que al empezar hémosla sentado, no nos sorprendamos que aquel demonio de una familia se convierta en ídolo de una mujer sublevada contra su marido y en dios de una nacion divorciada de su rey.

V

El dolor que causó la muerte de Mirabeau fue un dolor unánime, universal, nacional. Presintióse que alguna cosa del pensamiento público acababa de marchar con aquella alma. Pero hay un hecho sorprendente y que conviene recordar porque sería ingenuidad atribuirlo á la admiración arrebatada é irreflexiva de los contemporáneos, á saber: que la corte vistiese luto por él lo mismo que el pueblo.

Un sentimiento de invencible pudor nos impide sondear

aquí ciertos misterios... partes vergonzosas del grande hombre, que, sin embargo, á nuestro entender piérdense felizmente en las colosales proporciones del conjunto; pero ello es que parece probado que en los últimos días de su vida afirmaba la corte tener en él algunos motivos de esperanza. Es evidente que en aquella época Mirabeau trató de detener mas de una vez el movimiento revolucionario; que por momentos manifestó el deseo de pararse y restablecer el perdido equilibrio; que á pesar de todos sus bríos no pudo seguir sin jaderar la marcha cada vez mas acelerada de las nuevas ideas, y que trató en algunas ocasiones de enrayar aquella revolucion cuyas ruedas él mismo forjara. ¡Ruedas fatales, que tantas cosas venerables aplastaban al pasar!

Aun en la actualidad son muchos los que piensan que si Mirabeau hubiese vivido mas tiempo, habría acabado por refrenar el movimiento que había desencadenado. A su entender, la revolucion francesa podria ser detenida, empero solo lograra esto un hombre: Mirabeau. Segun dicha opinion, autorizada por una frase que se dice pronunció Mi-

rabeau en el lecho de muerte, si bien es muy dudoso (1), muerto él la monarquía estaba perdida. Si Mirabeau hubiese vivido, no tuviera tan trágico fin Luis XVI; y el 2 de abril de 1791 engendró el 21 de enero de 1793.

Pensamos que se engañan los que tenían entonces esta persuasión, y los que la tienen ahora, y hasta el mismo Mirabeau si se creía tan poderoso. Pura ilusión de óptica tanto en Mirabeau como en los demás, y que probaría que un grande hombre no siempre forma una idea clara de su valía.

La Revolución francesa no era un hecho sencillo; había en ella mas y otra cosa que Mirabeau.

No bastaba que Mirabeau se separase de ella para dejarla vacía.

Había en la Revolución francesa pasado y porvenir. Mirabeau no era mas que el presente.

Para no indicar aquí sino dos puntos culminantes, diremos que la Revolución francesa confundíase con Richelieu en el pasado y con Bonaparte en el porvenir.

Las revoluciones ofrecen una particularidad, y es: que no se las puede matar hallándose pujantes.

Por otra parte, aun suponiendo la cuestión de mas poca monta de lo que es en si, debemos observar que, en política sobre todo, lo que hace un hombre casi siempre ha de deshacerlo otro hombre.

El Mirabeau del 91 era impotente contra el Mirabeau del 89. Su obra era mas fuerte que él.

Y además, los hombres como Mirabeau no son la cerradura con la que puede cerrarse la puerta de las revoluciones, sino el gozne sobre que gira tanto para cerrarse como para abrirse. Para cerrar puerta tan fatal, sobre cuyos tableros

(1) *Me llevo el luto de la monarquía. Cuando ya no exista, los facciosos disputáronse sus despojos.* Esto creyó oír Cabanis.

pesan todas las ideas, todos los intereses, todas las pasiones mal avenidas con la sociedad, es preciso meter en los herrajes una espada á guisa de cerrojo.

VI

Hemos procurado caracterizar lo que fue Mirabeau en la familia y luego lo que fue en la nacion. Fáltanos examinar lo que será en la posteridad.

Sean cuales fueren las reconvenções que justamente se le hayan podido hacer, creemos que la grandeza de Mirabeau no se eclipsará.

Ante la posteridad todo hombre y toda cosa quedan absueltos por la grandeza.

Hoy dia que casi todas las cosas que sembró han dado ya sus frutos, y que los hemos probado, buenos y sanos la mayor parte, amargos algunos; hoy dia que lo bueno y lo malo de su vida no ofrecen disparidad á la vista, á tal grado ponen en perspectiva á los hombres los años que trascurren; hoy dia que no hay ya para su genio ni adoracion ni execracion, y que aquel hombre furiosamente traqueado, mientras vivió, de un extremo á otro, ha tomado la actitud reposada y serena que da la muerte á las grandes figuras históricas; hoy dia que su memoria, por tanto tiempo arrastrada en el fango y besada en el altar, ha sido retirada del panteon de Voltaire y de la cloaca de Marat, podemos decirlo francamente: Mirabeau es grande. Le ha quedado el olor del panteon y nó la hediondez de la cloaca. La imparcialidad histórica, lavando en el arroyo su súcia cabellera, no le ha quitado con la misma mano su auréola. Háse sacudido el lodo que manchaba aquel rostro, y sigue radiante.

Después de darnos cuenta del inmenso resultado político que produjera la totalidad de sus facultades, podemos considerar á Mirabeau bajo un doble aspecto: como escritor y como orador. Aquí nos tomamos la libertad de no compartir la opinion de Rivarol: creemos á Mirabeau mas grande como orador que como escritor. Su padre, el marqués de Mirabeau, tenia dos clases de estilo y como dos plumas en su tintero. Cuando escribía un libro, un buen libro para el público, para producir efecto, para la córte, para la Bastilla, para la gran escalera del Palacio de Justicia, el gran señor se embozaba, se atiesaba, se abotagaba, cubría su pensamiento, ya de sí muy oscuro, con todas las ampulósidades de la expresion, y nadie puede figurarse bajo qué estilo ramplon é hinchado á la vez, pesado y arrastrando largas colas de frases interminables, cargado de neologismos hasta el punto de no haber ninguna cohesion en el tejido, bajo aquel estilo, decimos, del todo descolorido é incorrecto, al propio tiempo se disfrazaba la originalidad natural é incontestable de aquel extraño escritor, mitad gentilhomme y mitad filósofo, que prefería Quesnay á Sócrates y Lefranc de Pompignan á Píndaro; que desdeñaba á Montesquieu por atrasado y tenia á bien oír las arengas de su cura párroco; habitante anfibio de los ensueños del siglo XVIII y de las preocupaciones del XVI. Pero cuando aquel hombre; aquel mismo hombre quería escribir una carta, cuando se olvidaba del público y solo se dirigía al *largo semblante tieso y frío* de su venerable hermano el bailío, ó á su hija *la pequeña Saillanette* (1), la mujer mas emoliente que ha habido «jamás,» ó bien á la linda y risueña cabecita de madama de Rochefort, entonces aquel espíritu entumecido de pretension se dilataba: no mas esfuerzo, no mas fatiga, no mas hinchazon apoplética en la expresion; en la carta de familia é íntima su pensamiento se

(1) Madama del Saillant.

derramaba vivo, original, florido, curioso, chispeante, profundo, gracioso, natural, en fin, con ese precioso estilo gran señor del tiempo de Luis XIV, que Saint-Simon hablaba con todas las cualidades del hombre y madama de Sévigné con todas las cualidades de la mujer. Puede juzgarse de él por los fragmentos antes citados. Después de un libro del marqués de Mirabeau, una carta suya es una revelación. Es cosa apenas creíble. Buffon no comprendería esta variedad del escritor. Se tienen en él dos estilos y solo un hombre. Tocante á esto el hijo asemejábase algo al padre. Podría decirse, aunque con muchas modificaciones y restricciones, que hay la misma diferencia entre su estilo escrito y su estilo hablado. Solo debemos hacer notar que el padre se hallaba en su elemento en una carta, y el hijo en un discurso. Para ser él, para estar en lo natural, en su centro, el uno necesitaba una familia, el otro una nación. Mirabeau que escribe es algo menos que Mirabeau. Ya sea que demuestre á la jóven república americana la inanidad de su *orden de Cincinnatus*, y lo que hay de torpe é inconsistente en una orden caballerescas de labradores; sea que se impacienta *sobre la libertad del Escalda* José II, el emperador filósofo, aquel Tito, según Voltaire, aquel busto de César romano acomodado al gusto «pompadour;» sea que haga un minucioso registro en el gabinete de Berlín y saque de él aquella *Historia secreta* que la corte de Francia entregó jurídicamente á las llamas en la escalera de la Audiencia (error insigne, porque de esos libros quemados por manos del verdugo se desprenden siempre pavesas y chispas que se desparraman á lo léjos, según el viento que sopla, yendo á parar en el carcomido techo de la gran sociedad europea, en el maderámen de las monarquías, en todos los espíritus repletos de ideas inflamables, en todas las cabezas entónces de estopa); sea que de paso llene de invectivas todo ese atajo de charlatanes que tanto ruido metiera en la arena del siglo XVIII, Necker, Beaumarchais,

Lavater, Calonne y Cagliostro; finalmente, sea cual fuere el libro que escriba, su pensamiento basta siempre á su objeto, mas su estilo no siempre basta á su pensamiento. Su idea es constantemente grande y elevada; pero saliéndose de su espíritu se encorva y empequeñece bajo la expresion como el que pasa por una puerta muy diminuta. Exceptuando en sus elocuentes cartas á madama de Monnier, donde se muestra tal cual es, donde habla mas bien que escribe, y que constituyen arengas amorosas (1), así como sus discursos ante la Constituyente son arengas revolucionarias; exceptuando en esto, repetimos, el estilo de todos sus escritos tiene en general mediana forma, es pastoso, mal pergeñado, blando al final de las frases, duro en otras partes, con un colorido empañado y lleno de epítetos de cajon, pobre en imágenes, y ofreciendo únicamente aquí y allá (y esto raras veces) extraños mosaicos de metáforas poco adherentes entre sí. Al leerlo siéntese que las ideas de aquel hombre no son, como las de los grandes prosistas natos, de la materia blanda y maleable que se presta á todos los floreos de la expresion, que se insinua hirviente y líquida en todos los rincones del molde en que la vierte el escritor, y luego se coagula; primero lava, mas tarde granito. Presiéntese al leer sus escritos que muchas cosas delicadas no han salido de su cabeza, que el papel no contiene todo el pensamiento del que lo ha emborronado, que aquel genio no se aviene á derramar toda su sávia en un libro, y que despues de todo no es una pluma el mejor conductor posible para los fluidos comprimidos en aquel cerebro en que retumba el rayo y el trueno. Mirabeau hablando es Mirabeau. Mirabeau hablando es el agua que mana, la ola que espumea, el fuego echando chispas, el pájaro que vuela, algo que mueve ruido por sí, una natura-

(1) Solo intentamos calificar como tales aquellas de sus cartas puramente apasionadas. Sobre las demás arrojamos el velo a que son acreedoras.

leza que desempeña su ley. Espectáculo sublime al par que armonioso.

Todos los contemporáneos están unánimes en que Mirabeau en la tribuna es un sér magnífico. Allí es él y solo él, todopoderoso. Allí no tiene ante sí ni mesa, ni papel, ni escribanía erizada de plumas, ni gabinete solitario; nada de silencio ni de meditacion: un mármol sobre el que se puede golpear, una escalera que puede subirse corriendo, una tribuna, una á modo de jaula de bestia feroz, donde puede irse de acá para allá, andar, detenerse, respirar, jadear, cruzarse de brazos, crisar los puños, pintar las frases por medio del gesto, y de una ojeada iluminar una idea; un monton de hombres á quien es dado contemplar con fijeza; un gran tumulto, magnífico acompañamiento para un acento potente; una muchedumbre que odia al orador, la asamblea, envuelta por la multitud que le aprecia (el pueblo); á su alrededor todas esas inteligencias, todas esas almas, todas esas pasiones, todas esas medianías, todas esas ambiciones, todas esas naturalezas diversas que él conoce, y á las cuales puede hacer producir el sonido que le agrada cual si se tratara de las teclas de un inmenso clavicordio; por encima de su cabeza la bóveda de la sala de la Asamblea constituyente, hácia la que se dirigen sus ojos con frecuencia como para invocar las ideas, pues derribanse las monarquías con las ideas caídas de semejante bóveda sobre semejante cabeza.

¡Oh! ¡cómo está en su propio terreno ese hombre! ¡cuán firme y seguro es su pié! ¡Cuán grande es en un discurso ese genio empequeñecido en los libros! ¡cómo, afortunadamente, cambia la tribuna las condiciones de la produccion exterior por aquel pensamiento! Despues del Mirabeau escritor el Mirabeau orador, ¡qué transfiguracion!

Todo en él era poderoso. Su actitud brusca é irregular rebosaba de imperio. En la tribuna tenia el hábito de un colosal encogimiento de hombros como el elefante que carga sobre si una torre armada en guerra. Él cargaba su pensa-

miento. Su voz, aun cuando solo lanzara una palabra desde su asiento, estaba impregnada de un acento formidable y revolucionario que se distinguía en la Asamblea como el rugido del león en la casa de fieras. Cuando movía la cabeza su cabellera tenía algo de melena. Sus cejas todo lo movían, al igual de las de Júpiter, *cuncta supercilio moventis*. Sus manos á veces parecía que amasaban el *mármol* de la tribuna. El conjunto de su rostro, su actitud toda, toda su persona respiraba un orgullo pletórico que no carecía de grandeza. Su cabeza tenía una fealdad grandiosa y fulgurante, cuyo efecto de momento era eléctrico y terrible. Al principio, cuando nada había todavía de resuelto en pró ni en contra de la monarquía, cuando la partida se balanceaba entre la realeza fuerte aun y las débiles teorías; cuando ninguna de las ideas que mas tarde debían formar la herencia del porvenir no se habían desarrollado por completo; cuando la revolución, mal guardada y no mejor armada, parecía cosa fácil de tomarse por asalto, acontecía á veces que la derecha, creyendo haber derribado algun paredon de la fortaleza, se arrojaba en masa sobre ella apellidando victoria: entonces la monstruosa cabeza de Mirabeau aparecía en la brecha y petrificaba á los asaltantes. El genio de la revolución habíase forjado una égida con todas las doctrinas amalgamadas de Voltaire, de Helvetius, de Diderot, de Bayle, de Montesquieu, de Hobbes, de Locke y de Rousseau, poniendo en el centro la cabeza de Mirabeau. Éste no solo era grande en la tribuna, éralo tambien en su asiento de diputado; en él el interruptor igualaba al orador. A menudo encerraba tantas cosas en cuatro palabras como en un discurso. *Lafayette tiene un ejército*, decía á M. de Suleau, *pero yo tengo mi cabeza*. É interrumpía á Robespierre con esta profunda sentencia: *Este hombre irá lejos, porque cree cuanto dice*. En cierta ocasion interpelaba á la córte: *La córte tiene hambriento al pueblo. ¡Traicion! El pueblo venderá la cons-*

titucion por un pedazo de pan. Todo el instinto del gran revolucionario está en esta frase.

¡*El abate Sieyes, decia, metafísico que viaja en un mapa-mundi!* De esta suerte censuraba al hombre teórico dispuesto siempre á atravesar mares y montañas.

En ciertas ocasiones mostrábase admirablemente sencillo. Un dia, ó mas bien una tarde, en su discurso del 3 de mayo, en el momento en que luchaba como el atleta con sus dos manoplas, con el brazo izquierdo contra el abate Maury y con el derecho contra Robespierre, M. de Cazalés, valido de con su seguridad de medianía, interrúmpele diciendo: *Sois un charlatan, y nada mas.*—Mirabeau se vuelve hácia el abate Goutes, que ocupaba la presidencia, y exclama con infantil candor: *¡Señor presidente, haga usted callar al señor de Cazales que me llama charlatan!*

La Asamblea nacional queria empezar un discurso dirigido al rey con esta frase: *La Asamblea lleva á los piés de V. M. una ofrenda, etc.*—*La majestad no tiene piés,* dijo con frialdad Mirabeau.

Mas adelante se propone decir la Asamblea que *está ebria de la gloria de su rey.*—¿Qué es lo que decís? observó Mirabeau: *¡hombres que hacen leyes, y están ebrios!*

A veces caracterizaba con una sola frase, que se hubiera dicho tomada de Tácito, la historia y el genio de toda una estirpe soberana. Dirigiéndose á los ministros, decíales á grandes voces, por ejemplo: *No me habléis de vuestro duque de Saboya, mal vecino de toda libertad.*

En ocasiones reia: era cosa formidable la risa de Mirabeau. Burlábase de la Bastilla. «Ha habido, decia, cincuenta y cuatro autos de prision en mi familia, diez y siete de ellos para mi. Ya veis que he sido tratado como un primogénito de Normandía.»

Se burlaba de sí mismo. M. de Valfond acúsale de haber recorrido, el dia 6 de octubre, sable en mano y dirigiendo la palabra á los soldados, las filas del regimiento de Flan-

des. No falta quien demuestre que el hecho concernía á M. de Gamaches y nó á Mirabeau, y éste añade: «Así pues, bien pensado y examinado todo, la deposicion de M. de Valfond á nadie debe irritar tanto como á M. de Gamaches, de quien se sospecha legal y vehementemente que es muy feo, puesto que se me parece. »

Algunas veces se sonreía. Cuando se debatió ante la Asamblea la cuestion de la regencia, la izquierda piensa en el duque de Orleans, y la derecha en el príncipe de Condé, entónces emigrado en Alemania. Mirabeau pide que ningun príncipe pueda ser regente sin haber jurado la Constitucion. M. de Montlosier objeta que un príncipe puede tener sus razones para no haber prestado juramento; por ejemplo, podía darse el caso de haber hecho un viaje á Ultramar... Mirabeau replica: «El discurso del preopinante va á imprimirse; pido corregir las erratas: *Ultramar*, léase *ultra-Rhin*.» Y esta chanza decide la cuestion.

Así jugaba algunas veces el orador con lo que mataba. Si hemos de dar crédito á los naturalistas, el leon tiene algo de gato.

En otra ocasion, como los procuradores de la Asamblea hubiesen bosquejado un texto de ley malisimamente redactado, Mirabeau se levanta: «Pido que se me permita hacer algunas tímidas reflexiones sobre lo conveniente que sería que la Asamblea nacional de Francia hablase francés , y hasta que escribiese en francés las leyes que propone. »

Por momentos, en medio de sus mas violentas declamaciones populares, recordaba de repente quién era, y tenia arrogantes rasgos de gentilhombre. Estaba entónces de moda entre los oradores dirigir en todo discurso una imprecacion cualquiera sobre la carnicería de San Bartolomé. Mirabeau seguía el ejemplo de los demás, pero decia de paso: *El señor almirante de Coligny, que, entre paréntesis, era mi primo.*

El paréntesis era digno del hombre cuyo padre escribía: *Solo hay un mal matrimonio en mi familia, los Médicis.*

Mi primo, el señor almirante de Coligny; esto hubiera sido impertinente en la corte de Luis XIV, y era sublime en la corte del pueblo de 1791.

En otra ocasión hablaba asimismo de su *digno primo, el señor guardasellos* (1); pero empleaba otro tono.

El día 22 de setiembre de 1789, el rey hizo ofrecer á la Asamblea su plata labrada y su vajilla para las necesidades del Estado. La derecha admira aquel acto, se extasía y llora. *En cuanto á mí*, exclama Mirabeau, *poca compasion me causa la loza de los grandes*.

Bello era su desden, así como su risa; mas su cólera rayaba en lo sublime.

Cuando habian logrado irritarle, cuando de improviso habíanlo pinchado con una de esas puntas agudas que hacen saltar lo mismo al orador que al toro; si esto acontecía, por ejemplo, en medio de un discurso, lo abandonaba todo inmediatamente, suspendía en aquel punto las ideas empezadas, importándole poco que la bóveda de raciocinios que empezara á construir se desplomase detrás de él por falta de coronamiento; en el acto abandonaba el asunto y se abalanzaba con la cabeza baja al incidente. Entónces, ¡ay del interruptor! ¡ay del torero que le habia clavado la banderilla! Mirabeau se echaba sobre él, agarrábale por el vientre, lo levantaba en el aire, lo pisoteaba. Paseábase por encima de él, lo molía, lo pulverizaba. Cogía con su palabra el hombre todo entero, sea quien fuese, grande ó pequeño, malicioso ó nulo, lodo ó polvo, con su vida, con su carácter, con su ambicion, con sus vicios, con sus ridiculeces; nada omitia, de nada prescindía, por nada desfallecía; aporreaba desesperadamente á su enemigo contra los ángulos de la tribuna; hacia temblar, hacia reír; cada palabra era un golpe, cada frase una flecha; su corazón estaba furioso, siendo terrible y magnífico á la vez. Era una leona montada en cólera.

(1) M. de Barentin. Sesión del 24 de junio de 1789.

¡Grande y poderoso orador, bello sobre todo en tales momentos! ¡Entonces era digno de ver cómo empujaba á lo lejos todas las nubes de la discusión! Entonces valía la pena contemplar como su soplo borrascoso hacia rizar todas las cabezas de la Asamblea! ¡Cosa extraña! Nunca razonaba mejor que cuando estaba enfurecido. La irritación más violenta, lejos de desbaratar su elocuencia con las sacudidas que le daba, desenvolvía en él una especie de lógica superior, y encontraba argumentos en el furor como otros encuentran metáforas. Ya sea que hiciese rugir su sarcasmo de acerados dientes en la frente pálida de Robespierre, aquel temible desconocido que dos años después había de tratar las cabezas como Phocion los discursos; sea que mascase con rabia los filandriosos dilemas del abate Maury, y que los escupiese hacia la derecha torcidos, destrozados, dislocados, medio devorados y empapados en la espuma de su cólera; sea que clavase las uñas de su silogismo en la frase blanda y monótona del abogado Target; era grande y magnífico, y tenía una especie de majestad formidable que no bastaban á descomponer sus más desenfundados saltos. Nuestros padres nos lo han dicho: quien no ha visto á Mirabeau encolerizado, no le conoce. En medio de su cólera, su genio remontábase á grande altura, brillando en todo su esplendor. La cólera sentaba bien á aquel hombre, como la tempestad al Océano.

Y, sin querer, en lo que acabamos de escribir para figurar la elocuencia sobrenatural de aquel hombre, liémoslo pintado por medio de la confusión misma de las imágenes. Mirabeau, efectivamente, no era solo el toro, ó el león, ó el tigre, ó el atleta, ó el arquero, ó el águila, ó el pavo real, ó el águila, ó el pavo real, ó el águila, ó el Océano; era todo esto á la vez en una indefinida serie de sorprendentes metamorfosis. Era Proteo.

Para quien le ha visto, para quien le ha oído, sus discursos son hoy día letra muerta. Todo lo que era arrebató, relieve, colorido, aliento, movimiento, vida y alma, ha desaparecido. Actualmente esas bellas arengas yacen por el

suelo. ¿Dónde está el soplo que hacia remolinear todas sus ideas, como el huracan las hojas? Queda la palabra, pero ¿y el gesto? Queda la exclamacion, mas ¿y el acento? Queda la frase, pero ¿dónde está la mirada? Queda el discurso, ¿y la mimica de ese discurso? Porque, debemos decirlo, en todo orador hay dos cosas: un pensador y un cómico. El pensador queda, el cómico váse con el hombre. Taima muere por completo; Mirabeau á medias.

En la Asamblea constituyente habia una cosa que espantaba á aquellos que se fijaban en el porvenir; era la Convencion. Para cualquiera que haya estudiado aquella época, es evidente que desde 1789 la Convencion estaba en la Asamblea constituyente. Estaba allí en gérmen, al estado de feto, al estado de bosquejo. Era una cosa indistinta todavia para la generalidad de las gentes, pero algo de terrible para el que sabia ver. Una nadería sin duda; un matiz mas subido que el color general; una nota desentonada algunas veces en la orquesta; un estribillo melancólico en un coro de esperanzas y de ilusiones; un detalle que ofrecia alguna discordancia con el conjunto; un grupo sombrío en oscuro rincon; algunas bocas dando cierto acento á señalados vocablos; treinta voces, solo treinta voces que mas tarde debian ramificarse, siguiendo una espantosa ley de multiplicacion, en Girondinos, en Llano y en Montaña: 93, en una palabra, punto negro en el azulado cielo del 89. Todo se encontraba ya en este punto negro, el 21 de enero, el 31 de mayo, el 9 termidor, sangrienta trilogía; Buzot, que habia de devorar á Luis XVI; Robespierre, que devoraría á Buzot; Vadier, que á su turno devoraría á Robespierre: trinidad siniestra. Entre aquellos hombres, los mas mediocres é ignorados, Hebrard y Putraink, por ejemplo, usaban extraña sonrisa en las discusiones, y parecia que tenían sus ideas sobre el porvenir, que á nadie comunicaban. A nuestro entender el historiador debiera valerse de microscopios para examinar la formacion de una Asamblea en el vientre de

otra Asamblea. Es una especie de gestacion que se reproduce á menudo en la historia, y que, segun nosotros, no ha sido observada con la atencion que se merece. En el caso presente, no era por cierto un detalle insignificante en la superficie del Cuerpo legislativo aquella misteriosa excrescencia que contenia el cadalso ya levantado del rey de Francia. Cosa de bien monstruosa forma seria el embrion de la Convencion en el seno de la Constituyente. Huevo de buitres empollado por una águila.

Desde aquel momento, á muchos hombres de provecho de la Asamblea espantaba la presencia de aquellos sujetos impenetrables, que al parecer estaban de reserva para otra época. Presentían que muchos huracanes se ocultaban en aquellos pechos, de los cuales se escapaban apenas algunos soplos; y se preguntaban si tales aquilones se desencadenarían algun día, y qué sería entónces de todas las cosas esenciales á la civilizacion que no habia desarraigado el 89. Rabaut Saint-Etienne, que creía terminada la Revolucion y lo proclamaba en alta voz, husmeaba con inquietud á Robespierre, que aun no la suponía empezada y lo decia muy quedo. Los demoleadores presentes de la monarquía temblaban ante los demoleadores futuros de la sociedad. Éstos, como todos los hombres que cuentan con el porvenir y que lo saben, mostrábanse altivos, ariscos y arrogantes, y el mas insignificante entre ellos codeaba desdeñosamente á los primeros hombres de la Asamblea. Los mas nulos y oscuros lanzaban, segun su humor y capricho, insolentes interrupciones á los oradores mas graves, y como todos sabian que se preparaban acontecimientos en provecho de aquellos hombres para un porvenir cercano, nadie era osado á replicarles. En esos momentos que la Asamblea *futura* infundía miedo á la Asamblea *presente*, en esos momentos manifestábase con esplendor el poder de excepcion de Mirabeau. Penetrado de su omnipotencia y sin pensar que hacia una cosa tan grande, decia á voces al grupo siniestro que cortaba la

palabra á la Constituyente: ¡*Callen los treinta!* y la Convención obedecía. Aquel antro Eolo estúvose silencioso y contenido mientras que Mirabeau se mantuvo enfrente de ellos. Muerto éste, todas las segundas intenciones anárquicas hicieron irrupcion.

Nosotros, lo repetimos, creemos que Mirabeau murió á tiempo. Despues de haber desencadenado tantas tempestades alrededor de la nave del Estado, es evidente que por algun tiempo comprimió con su peso todas las fuerzas divergentes, á las que estaba reservado dar fin á la ruina que él habia empezado; empero estas fuerzas condensábanse por esa misma compresion, y tarde ó temprano, á nuestro entender, la explosion revolucionaria debia abrirse paso y arrojar á lo lejos á Mirabeau, gigante como era. Concluyamos.

Si tuviésemos que resumir á Mirabeau en una sola frase, diriamos: Mirabeau no es un hombre, ni un pueblo; es un acontecimiento que habla.

Pero acontecimiento inmenso: la caida de la forma monárquica en Francia.

Con Mirabeau, ni la monarquía ni la república eran posibles. Excluíale la monarquía con su jerarquía, la república con su nivel. Mirabeau es un hombre que pasa en una época que él prepara. Para que el velámen de Mirabeau se desplegase con desahogo, era menester que la atmósfera social se hallase en ese estado peculiar en que nada fijo y arraigado en el terreno resiste, en que todo obstáculo que se opone al vuelo de las teorías se ataca fácilmente, en que los principios que un dia constituirán el sólido fondo de la sociedad futura se hallan aun en suspenso, sin demasiada forma ni consistencia, aguardando, en ese medio en que flotan mezcladas en torbellino, el momento de precipitarse y cristalizarse. Toda institucion sentada tiene ángulos en los que tal vez se hubiese estrellado las alas el genio de Mirabeau.

Tenia Mirabeau un conocimiento profundo de las cosas y de los hombres. Al llegar á los Estados generales, observó

largo tiempo en silencio, en la Asamblea y fuera de la Asamblea, el grupo tan pintoresco entonces de los partidos. Poco tardó en adivinar la insuficiencia de Monnier, de Malouet y de Rabaut Saint-Etienne, que soñaban en una conclusión inglesa. Juzgó con frialdad la pasión de Chapelier, la pequeñez de espíritu de Petion, el pésimo énfasis literario de Volney; al abate Maury, que necesitaba á toda costa una posición, á Desprémesnil y á Adriano Duport, parlamentarios mal humorados y nó tribunos; á Roland, aquel cero cuya mujer era el guarismo; á Gregoire, que se hallaba en estado de sonambulismo político. Vió desde luego el fondo de Sieyes, tan poco penetrable como era. Embriagó con sus ideas á Camilo Desmoulins, cuya cabeza no era bastante fuerte para llevarlas. Fascinó á Danton, que se le parecía en estatura y en fealdad, siendo aun mas pequeño y mas feo que él. No procuró seducir á los Guillermy, á los Lautrec ni á los Cazalés, especie de caracteres insolubles en las revoluciones. Presintió que todo iba á marchar con tanta rapidez que era preciso no perder tiempo. Por otra parte, armado de valor y no temiendo jamás al hombre del día, lo que es raro, ni al hombre del día siguiente, lo que es mas raro aun, siempre fue atrevido con los poderosos, atacando sucesivamente á Maupeou y á Terray, á Calonne y á Necker. Se arrimó al duque de Orleans, le tocó y dejóle enseguida. Miró á Robespierre cara á cara y á Marat de reojo.

Había sido encerrado sucesivamente en la isla de Rhé, en el castillo de If, en el fuerte de Joux y en la torrecilla de Vincennes. Se vengó sobre la Bastilla de todas estas prisiones.

En medio de su cautiverio leía á Tácito, lo devoraba, se nutría con él, y al presentarse en la tribuna (1789), tenía aun llena la boca de aquella médula de león, dándole á entender á las primeras palabras que pronunció.

No llegó á hacerse cargo de lo que querían Robespierre y Marat. Consideraba al uno como un abogado sin pleitos, y al otro como un médico sin enfermos, y suponía que solo el

despecho hacíalos divagar. Esta opinion no dejaba de tener cierta verosimilitud. Volvía la espalda completamente á las cosas que venían en pos de él á marchas dobles. Como todos los regeneradores radicales, fijábase mas en las cuestiones sociales que en las políticas. Su obra no es la república sino la revolucion.

Mirabeau no importa menos que Voltaire á la obra general del siglo XVIII. Estos dos hombres tenian análogas misiones: destruir las cosas viejas y preparar lo nuevo. El trabajo del uno fue continuo y ocupóle, á los ojos de Europa, durante toda su larga vida. La aparicion del otro en la escena fue fugaz. Para hacer su tarea comun, Voltaire dispuso del tiempo por años y Mirabeau por dias. Sin embargo, Mirabeau hizo tanto como Voltaire. Solo que el orador se condujo de otro modo que el filósofo. Cada cual ataca á su manera la vida del cuerpo social. Voltaire descompone, Mirabeau aplasta. El procedimiento de Voltaire es en cierto modo químico, el de Mirabeau completamente fisico. Despues de Voltaire queda en disolucion una sociedad; despues de Mirabeau vése reducida á polvo. Voltaire es ácido que corroe; Mirabeau maza que aplasta.

Lo que prueba que Mirabeau es el verdadero grande hombre esencial de aquel tiempo, es que ha permanecido mas grande que todos los hombres que se engrandecieron detrás de él en el mismo orden de ideas.

Su padre, que aunque le habia engendrado no le comprendía mejor que la Constituyente á la Convencion, decía de él: *Ese hombre no es ni el fin ni el principio de un hombre.* Tenia razon. «Aquel hombre» era el fin de una sociedad y el comienzo de otra.

VII

Si ahora para completar el conjunto que hemos procurado bosquejar de Mirabeau y de su época, nos contemplamos á nosotros mismos, fácil es ver, en el punto en que se encuentra el movimiento social empezado en 1789, que no tendremos mas hombres como Mirabeau, sin que por esto nadie pueda decir con precision de qué forma serán los grandes hombres políticos que nos reserva el porvenir.

Los Mirabeau ya no son necesarios, luego no son ya posibles.

No crea la Providencia tales hombres cuando son inútiles. No siembra al azar granos como esos.

Y en efecto, ¿para qué serviría actualmente un Mirabeau? Un Mirabeau es el rayo. ¿Qué heriría ahora el rayo? ¿Dónde están, políticamente hablando, los objetos á tal altura colocados que pueda herirlos el fuego del cielo? No estamos ya en 1789, en que había en el órden social tantas cosas desproporcionadas.

En la actualidad se halla casi nivelado el terreno; todo es llano, liso, compacto. Una tempestad como Mirabeau que pasase por encima de nosotros no encontraría ningun punto de atraccion.

Al decir que no tendremos necesidad de un Mirabeau, no vaya á creerse que pensamos que no nos hacen falta los grandes hombres. Muy al contrario. Todo está deshecho, nada reedificado.

En momentos como los que atravesamos, el partido del porvenir divídese en dos clases: hombres de la revolucion, hombres del progreso. Aquéllos son los que remueven la

vetusta tierra política, los que abren el surco y echan la semilla; pero su tiempo es corto. A los hombres del progreso pertenece el lento y laborioso cultivo de los principios, el estudio de las estaciones propicias á los enjertos de tal ó cual idea, el trabajo continuo, el riego de la jóven planta, el abono de la tierra, la cosecha para todos. Soportando el sol y la lluvia, recorren encorvados y pacientes el campo público, despedregando ese terreno cubierto de escombros, podando los tocones del pasado que se ven desparramados en desórden, desarraigando las cepas muertas del antiguo régimen, escardando los abusos, esa mala hierba que con tanta rapidez brota en los vacíos que deja la ley. Necesitan ojo avizor, buen pié, buena mano. ¡Dignos y concienzudos trabajadores, con frecuencia hartos mal pagados!

A nuestro entender, á la hora presente los hombres de la revolucion han cumplido su tarea. No há mucho, en julio, todavía tuvieron sus tres días de siembra. Que dejen obrar ahora á los hombres de progreso. Despues del surco la espiga.

Mirabeau fue un grande hombre de revolucion; lo que ahora nos falta es el grande hombre del progreso.

Lo tendremos. La Francia tiene una iniciativa demasiado importante en la civilizacion del globo para que nunca carezca de hombres especiales. Francia es la madre majestuosa de todas las ideas que al presente andan como misioneras en todos los pueblos. Puede decirse que hace dos siglos que ella nutre el mundo con la leche de sus pechos. Esta gran nacion tiene la sangre generosa y rica y las entrañas fecundas; es inagotable en genios; saca de su seno todas las grandes inteligencias que le hacen falta; posee siempre hombres á la medida de sus acontecimientos, y en un momento dado ni le faltan Mirabeaus para empezar las revoluciones ni Napoleones para terminarlas.

Ciertamente que no le negará la Providencia el grande hombre, político ó social, de que necesita el porvenir.

Mientras viene, no cabe duda que, con contadas excepciones, los hombres que figuran en la historia del momento son pequeños. Sin duda es triste que los grandes cuerpos del Estado carezcan de ideas generales y de vastas simpatías; sin duda es doloroso que se malgaste en revoques el tiempo que debiera emplearse construyendo; sin duda es extraño que se olvide que la verdadera soberanía es la de la inteligencia, que es preciso ante todo ilustrar las masas, y que solo cuando sea inteligente el pueblo será soberano; sin duda es vergonzoso que de las magníficas premisas de 1789 se hayan derivado ciertos corolarios como de una cabeza de sirena se deriva una cola de pez, y que algunos malbaratadores hayan pobremente embutido tantas leyes de yeso sobre ideas de granito; sin duda es deplorable que la Revolución francesa haya tenido tan torpes comadrones. Sin duda, pero nada se ha hecho aun que sea irreparable; ningún principio social se ha ahogado en el alumbramiento revolucionario; no se ha verificado ningún aborto; todas las ideas que importan á la civilización futura nacieron viables, y cada día van adquiriendo fuerzas, crecimiento y salud. Verdad es que en 1814 todas estas ideas, hijas de la Revolución, eran aun muy jóvenes y pequeñas y se hallaban en la cuna; y debemos convenir en que la Restauración fue para ellas muy débil y mala nodriza. Sin embargo, convengamos también en que no mató ninguna. El grupo de los principios está intacto. En los actuales momentos toda crítica es posible; pero el hombre discreto debe mirar con benevolencia la época entera. Debe esperar, tener confianza, aguardar. A los hombres de teoría debe tomarles en consideración la lentitud con que brotan las ideas; y á los hombres prácticos el estrecho y útil amor de las cosas que existen, sin el cual la sociedad se desorganizaría con los sucesivos experimentos; á las pasiones sus digresiones generosas y fecundizadoras; á los intereses sus cálculos que á falta de creencias unen á las clases entre sí; á los gobiernos su modo de andar á tientas

hacia el bien en medio de las tinieblas; á las opiniones el aguijon que tienen siempre á mano y que hace trazar el surco al buey; á los partidos medios la templanza que comunican á las transiciones; á los partidos extremos la actividad que imprimen á la circulacion de las ideas, que constituyen la sangre misma de la civilizacion; á los amigos del pasado el esmero con que cuidan algunas raíces vivaces; á los celadores del porvenir su amor á esas bellas flores que serán algun dia preciosos frutos; á los hombres maduros su moderacion; á los jóvenes su paciencia; á éstos lo que hacen; á aquéllos lo que quieren hacer; á todos la dificultad de todo.

No negaremos, por otra parte, cuanto tiene de borrascosa y de turbulenta la época en que vivimos. La mayor parte de los hombres que hacen algo en el Estado no saben lo que hacen. Trabajan de noche y á oscuras. Mañana, cuando asome el dia, tal vez quedarán sorprendidos de su obra. Contentos ó asustados, ¿quién sabe? Ya no hay nada cierto en la ciencia política; todas las brújulas están descompuestas; la sociedad arranca sus áncoras; en el transcurso de veinte años hánle mudado tres veces ese palo mayor llamado *dinastía*, el primero que hiere el rayo.

De ningun modo se revela todavía la ley definitiva. El gobierno, tal cual es, no es la afirmacion de cosa alguna; la prensa, por otra parte tan grande y tan útil, solo constituye una negacion perpétua de todo. No se ha redactado aun ninguna forma clara y precisa de civilizacion y de progreso.

La Revolucion francesa abrió para todas las teorías sociales un libro inmenso, especie de gran testamento. Mirabeau escribió en él su frase, Robespierre la suya, y Napoleon la suya. Luis XVIII echó en él un tachon. Carlos X ha arrancado toda la página; la Cámara del 7 de agosto la ha pegado bien que mal, pero nada mas. Allí está el libro, y tambien la pluma. ¿Quién se atreverá á escribir? Los hombres del presente parecen poca cosa sin duda; sin embargo, todo

hombre pensador debe fijar en la fermentacion social una mirada cuidadosa.

Ciertamente que no nos abandona ni la confianza ni la esperanza.

¿Quién no siente que en este tumulto y en esta tempestad, en medio de este combate de todos los sistemas y de todas las ambiciones que tanto humo y polvo levantan, bajo este velo que oculta aun á los ojos la estatua social y providencial apenas bosquejada, detrás de esa nube de teorías, de pasiones, de quimeras que se cruzan, se empujan y se devoran mutuamente en la especie de dia nebuloso que rasga con sus eléctricas chispas, á través de este rumor de la palabra humana que habla á la vez todos los idiomas por todas las bocas, bajo este violento torbellino de cosas, de hombres y de ideas que se llama siglo diez y nueve, quién no siente, repetimos, que algo de grande se está verificando?

Dios permanece tranquilo y prosigue su obra.

VOLTAIRE.

Francisco María Arouet, tan célebre bajo el nombre de Voltaire, nació en Châtenay el día 20 de febrero de 1694, de una familia de magistrados. Educóse en el colegio de PP. jesuítas, donde uno de sus regentes, el padre Lejay, predijole, según se dice, que sería en Francia el corifeo del deísmo.

Apenas abandonára el colegio, Arouet, cuyo talento se despertaba con toda la fuerza y candidez de la juventud, encontró por parte de su padre un inflexible despreciador, y por la de su padrino el abate de Châteauneuf, un perverso complaciente. El padre condenaba los estudios literarios sin saber por qué, y por lo tanto con invencible obstinación. El padrino, que alentaba por el contrario los ensayos de Arouet, era muy aficionado á los versos, desviviéndose sobre todo por aquellos que tenían cierto sabor licencioso ó impío. El uno quería encarcelar al poeta en un estudio de procurador; el otro llevaba al jóven á todos los salones. M. Arouet prohibía toda clase de lectura á su hijo; Ninon de Lenclos legaba una biblioteca al discípulo de su amigo Châteauneuf. De manera que el genio de Voltaire tuvo que sufrir desde su nacimiento y por desdicha suya, dos acciones contrarias é igualmente funestas: una que tendía á ahogar violentamente el sagrado fuego que no es dado apagar; otra que lo alimentaba sin consideración, á costa de cuanto noble y respetable existe

en el orden intelectual y en el orden social. Tal vez esos dos impulsos contrarios, impresos á un mismo tiempo en el primer vuelo de aquella imaginacion poderosa, viciaron para siempre la direccion del futuro filósofo. Cuando menos es dado atribuirles los primeros desvíos del talento de Voltaire, atormentado á un tiempo por el freno y por la espuela.

Así pues, desde el principio de su carrera se le atribuyen unos pobres versos asaz impertinentes que le valieron ser encerrado en la Bastilla, castigo riguroso por unas cuantas malas rimas. Durante aquel forzado ócio, Voltaire, que contaba entonces veinte y dos años, bosquejó su descolorido poema de la *Liga*, y despues la *Henriada*, al par que terminaba su notable drama *Edipo*. Al cabo de algunos meses de Bastilla, fue puesto en libertad y pensionado por el regente de Orleans, á quien dió las gracias por haberse encargado de su manutencion, rogándole que no se ocupara de su alojamiento.

Edipo fue representado con éxito en 1718. Lamotte, el oráculo de aquella época, dignóse corroborar ese triunfo por medio de algunas frases sacramentales, y desde entonces empezó á extenderse la nombradía de Voltaire. En la actualidad Lamotte tal vez solo es inmortal por haber sido citado en los escritos de Voltaire.

La tragedia de *Artemira* vino despues de *Edipo*; pero fracasó. Voltaire hizo un viaje á Bruselas para ver á J. B. Rousseau, á quien se han empeñado en apellidar *Grande*. Los dos poetas se apreciaban antes de conocerse, y se separaron enemigos. Dícese que recíprocamente estaban envidiosos el uno del otro, lo cual no es indicio de superioridad de ánimo.

Artemira, refundida y vuelta á representarse en 1724 con el nombre de *Mariana*, obtuvo gran éxito sin valer mas que su predecesora. Por la misma época apareció la *Liga* ó la *Herniada*, no logrando poseer con ella la Francia un poema épico. En su poema Voltaire sustituyó á Mornay por Sully,

porque estaba quejoso del descendiente de este gran ministro. Venganza tan poco filosófica es sin embargo excusable, pues á Voltaire, insultado cobardemente delante del palacio de Sully por cierto caballero de Rohan y desatendido por la autoridad judicial, no le fue dado tomar otra.

Justamente indignado del silencio de las leyes tocante á su despreciable agresor, Voltaire, ya célebre en aquel tiempo, retiróse á Inglaterra, donde estudió los sofistas. Sin embargo, no todos sus ócios fueron perdidos; escribió dos nuevas tragedias, *Brutus* y *César*, de las que Corneille se hubiese dignado apadrinar varias escenas.

De regreso á Francia, dió sucesivamente *Eryphile*, que murió al nacer, y *Zaira*, obra maestra concebida y terminada en diez y ocho dias, á la que solo falta el color local y cierta severidad de estilo. *Zaira* obtuvo un éxito fabuloso y merecido. La tragedia *Adelaida Duguesclin* (despues *Duque de Foix*) siguió á *Zaira*, empero léjos estuvo de obtener el mismo éxito. Algunas publicaciones de menos importancia, el *Templo del gusto*, las *Cartas sobre los ingleses*. etc., ocuparon por espacio de algunos años la vida de Voltaire.

No obstante, su nombre resonaba ya por toda Europa. Retirado á Cirey, en casa de la marquesa del Châtelet, mujer que fue, segun dice el mismo Voltaire, apta para todas las ciencias, exceptuando la de la vida, agostaba su preciosa imaginacion en el álgebra y en la geometría, escribía *Alzira*, *Mahoma*, la *Historia de Carlos XII*, amontonaba los materiales del *Siglo de Luis XIV*, preparaba el *Ensayo sobre las costumbres de las naciones*, y enviaba madrigales á Federico, principe heredero de Prusia. *Merope*, que tambien fue escrita en Cirey, puso el sello á la reputacion dramática de Voltaire, quien creyó entónces poder presentarse candidato para reemplazar al cardenal de Fleury en la Academia francesa. No fue admitido. Todavía no se le consideraba mas que como un hombre de talento. Al cabo de algun tiempo, no obstante, empezó á halagar á madama de

Pompadour, conduciéndose con tan obstinada complacencia, que obtuvo á un mismo tiempo el asiento académico, el empleo de gentilhomme de cámara y el nombramiento de historiógrafo de Francia. Tantos favores duraron poco. Voltaire retiróse sucesivamente á Luneville, al lado del buen Estanislao, rey de Polonia y duque de Lorena; á Sceaux, en casa de madama del Maine, donde escribió *Semiramis*, *Orestes* y *Roma salvada*, y á Berlin, junto á Federico, ya rey de Prusia. Permaneció algunos años en esta última mansion con el título de chambelan, la cruz del Mérito de Prusia y una pension. Admitíasele en las cenas reales con Mauvertuis, d'Argens y Lamettrie, ateo del rey, de aquel rey que, como afirma el mismo Voltaire, vivia sin córte, sin consejo y sin culto. No era esta la amistad sublime de Aristóteles y de Alejandro, de Terencio y de Escipion. Algunos años de roce bastaron para gastar lo que de comun tenian el alma del déspota filósofo y la del sofista poeta. Voltaire quiso huir de Berlin, Federico lo expulsó.

Despedido de Prusia, rechazado de Francia, Voltaire pasó dos años en Alemania, donde publicó sus *Anales del Imperio*, redactados complacientemente por la duquesa de Sajonia-Gotha; luego instalóse á las mismas puertas de Ginebra con madama Denis, su sobrina.

El *Huérfano de la China*, tragedia en la que descollaba su talento, fue el primer fruto de su retiro, donde hubiera vivido tranquilo á no haber ávidos libreros publicado su odiosa *Pucelle*. Por este tiempo y en sus diversas residencias de las Delicias, de Tournay y de Ferney, compuso el poema sobre el *terremoto de Lisboa*, la tragedia *Tancredo*, algunos cuentos y diversos opúsculos. Entónces fue cuando salió á la defensa, con harto ostentosa generosidad, de Calas, Sirven, la Barre, Montbailli y Lally, víctimas deplorables de las inadvertencias judiciales. En estos momentos disgustóse con Juan Jacobo, trabó amistad con Catalina de Rusia, para la cual escribió la historia de su abuelo Pedro I, y se recon-

cilió con Federico. De la misma época data su cooperación en la *Enciclopedia*, obra en que ciertos hombres que intentaron probar su fuerza solo probaron cuán débiles eran; monstruoso monumento de que es espantoso compañero el *Moniteur* de nuestra revolución.

Agobiado por los años, Voltaire quiso ver nuevamente París, regresando á esta Babilonia que simpatizaba con su genio. Aclamado por universal aplauso, fue dado al pobre anciano ver antes de su muerte cuán adelantada estaba su obra. Pudo gozar ó espantarse de su gloria. Ya no le quedaban fuerzas vitales bastantes para sostener las emociones de semejante viaje, y París recogió su último suspiro en 30 de mayo de 1778. Los hombres de talento pretendieron que se había llevado la incredulidad á la tumba. No es nuestro ánimo seguirlo hasta ella.

Acabamos de bosquejar la vida privada de Voltaire; ahora trataremos de delinear su existencia pública y literaria.

Citar á Voltaire equivale á caracterizar todo el siglo diez y ocho; á fijar de una plumada la doble fisonomía histórica y literaria de aquella época, que solo fue, por mas que se diga, una época de transición tanto para la sociedad como para la poesía. El siglo XVIII se aparecerá siempre en la historia como una sofocación entre el siglo precedente y el que le sigue. Voltaire es su principal personaje, y hasta cierto punto personaje típico. Por prodigioso que fuera ese hombre, sus proporciones parecen bien mezquinas entre la gran figura de Luis XIV y el gigantesco Napoleon.

Hay dos seres en Voltaire. Su vida participó de dos influencias; sus escritos tuvieron dos resultados. Bajo esta doble acción, una de las cuales dominó las letras, manifestándose la otra en los acontecimientos, vamos á vislumbrar el personaje. Estudiaremos separadamente cada uno de esos reinados del genio de Voltaire. Sin embargo, conviene no olvidar que su doble poderío estuvo íntimamente enlazado, y que sus efectos, mas bien mezclados que ligados entre sí,

tuvieron siempre algo de simultáneo y de comun. Si en nuestros apuntes dividimos su exámen, consiste únicamente en que no alcanzan nuestras fuerzas á abrazar de una sola mirada ese conjunto inasible; imitando en esto el artificio de aquellos artistas orientales que, incapaces de pintar un rostro de frente, consiguen no obstante representarlo por completo, colocando ambos perfiles en un mismo cuadro.

En literatura ha dejado Voltaire uno de esos monumentos cuyo aspecto sorprende mas por su extension que no impone por su grandeza. Nada tiene de augusto el edificio que construyera. Ni es el palacio de los reyes, ni tampoco el hospicio del pobre, sino un bazar elegante y vasto, irregular y cómodo, ostentando entre el fango innumerables riquezas; dando á todos los intereses, á todas las vanidades, á todas las pasiones, lo que les corresponde: bazar deslumbrador y fétido, que ofrece á la voluptuosidad el medio de prostituirse; poblado de holgazanes, de mercaderes y de gente ociosa, y poco frecuentado por el sacerdote y el indigente. Allí se ofrecen resplandecientes galerías inundadas constantemente de maravillada multitud; allí secretos que nadie se vanagloria haber penetrado. Bajo aquellas suntuosas arcadas encontrareis mil obras maestras de gusto y de arte resplandecientes de oro y de diamantes, empero no busqueis la estátua de bronce de antiguas y severas formas. Allí hallareis adornos para vuestros salones y retretes, pero nó los ornamentos propios de un santuario. Y, ¡pobre del débil que, sin mas fortuna que su alma, la expone á las seducciones de tan magnífica guarida! ¡Templo monstruoso donde se venera todo menos la verdad, donde se rinde culto á cuanto no sea Dios!

Comprenderáse que, aunque nos cause admiracion semejante monumento, no puede exigírsenos que hablemos de él con respeto.

Por nuestra parte, compadeceríamos una ciudad en la cual

la multitud se encaminara al bazar mientras la iglesia permanecía solitaria; compadeceríamos una literatura que desertando la senda de Corneille y de Bossuet, corriera en pos de Voltaire.

Léjos de nosotros, sin embargo, la idea de negar el genio de este hombre extraordinario. Y justamente porque opinamos que dicho genio fue tal vez uno de los mas bellos de que ha gozado escritor alguno, deploramos el frívolo y funesto uso que de él se hizo. Sentimos, tanto por Voltaire como por las letras, que haya vuelto contra el cielo el poder intelectual que recibiera del mismo cielo. Compadecemos á ese bello genio que no supo comprender su sublime mision, á ese ingrato que profanó la castidad de la musa y la santidad de la patria, á ese tráfuga que olvidara que el trípode del poeta tiene su puesto señalado al lado del altar. Y (lo cual es una verdad profunda é inevitable) en su misma falta está el castigo. Su gloria es mucho menor de lo que ser debiera, por haberlas intentado todas, hasta la de Erostrato. Ha descuajado todos los campos, y no es dado decir que haya cultivado ninguno. Y habiendo tenido la culpable ambicion de sembrar igualmente los gérmenes nutritivos y los gérmenes venenosos, para su eterno baldon conviene decir que los venenos son los que mas fructificaron. Como composicion literaria la *Henriada* es muy inferior á la *Pucelle* (lo cual no quiere decir que obra tan censurable sea superior, aun en su generoso vergonzoso). Sus sátiras, impregnadas á veces de un estígmato infernal, son muy superiores á sus comedias, mas inocentes. Prefiérense sus poesías ligeras, en que su cinismo suele estallar sin rebozo, á sus poesías líricas, en las cuales encuéntranse algunas veces estrofas religiosas y graves (1). Sus cuentos, en fin, tan desconsoladora-

(1) El señor conde de Maistre, en su severo y notable retrato de Voltaire, observa que es nulo en la oda, y atribuye acertadamente esta nulidad á su falta de entusiasmo. En efecto, Voltaire, que se dedicaba á la poesía con antipatía y tan solo para justificar su pretension á la universalidad, Voltaire era extraño á toda exaltacion profunda. No conocía mas emoción verdadera que la cólera, y aun su cólera nunca se convertía en indignacion, en esa santa indignacion que convierte al sér en poeta, segun Juvenal: *Facit indignatio versum*.

mente incrédulos y escépticos, valen mas que sus estudios históricos, donde no es tan notable aquella falta, si bien la completa carencia de dignidad está en contradiccion con el género mismo de dichas obras. En cuanto á sus tragedias, en las que realmente se muestra gran poeta, encontrándose á menudo en ellas el rasgo del característico, la frase del corazon, no puede negarse, á pesar de las admirables escenas que las engalanan, que está muy distante de colocarse á la altura de Racine, y sobre todo del anciano Corneille. Y en este punto es tanto menos sospechosa nuestra opinion, cuanto que un exámen profundo de las labores dramáticas de Voltaire hános convencido de su gran superioridad en el teatro. No dudamos que si Voltaire, en vez de dispersar las colosales fuerzas de su pensamiento en veinte puntos distintos, los hubiera dirigido todos á un mismo fin, la tragedia, habría sobrepujado á Racine y tal vez igualado á Corneille. Mas gastó su genio en agudezas. Por lo tanto, fue prodigiosamente agudo, y el sello del genio vese impreso mas bien en el vasto conjunto de sus obras que en cada una ellas en particular. Preocupado incesantemente de su siglo, echaba harto en olvido la posteridad, austera imágen que ha de dominar todas las meditaciones del poeta. Luchando en capricho y frivolidad con sus frivolos y caprichosos contemporáneos, queria agradarles y burlarse de ellos á la vez. Su musa, que tan bella fuera á haber querido prodigarle su genio todo, con frecuencia pidió prestado su prestigio á las iluminaciones del afeitte y á los visajes de la coquetería, y uno se siente tentado constantemente á darle este consejo de amante celoso:

«Ahórrate este cuidado; no se hizo el arte para tí, ni para nada lo necesitas.»

Voltaire parecía ignorar que hay no poca gracia en la fuerza, y que lo mas sublime en toda obra del espíritu humano es tal vez lo que encierra de mas cándido, pues la imaginacion sabe revelar su celeste origen sin recurrir á extraños artificios. Para mostrarse diosa solo necesita andar. *Et vera incessu patuit dea.*

Si fuese posible resumir la idea múltiple que presenta la existencia literaria de Voltaire, habríamos de clasificarla entre los prodigios que los latinos apellidaban *monstra*. Voltaire, en efecto, es un fenómeno tal vez único, á quien solo era dado nacer en Francia y en el siglo XVIII. Entre su literatura y la del gran siglo hay la siguiente diferencia: Corneille, Molière y Pascal pertenecen mas particularmente á la sociedad, Voltaire á la civilizacion. Descúbrese, al leer sus obras, que es el escritor de una época enervada y desazonada. Distraen, pero carecen de gracia; tienen prestigio y ningun encanto; brillo y nada de majestad. Sabe halagar pero no consolar; fascina pero no persuade. Exceptuando para la tragedia, donde se encuentra en su propio elemento, su talento carece de ternura y de franqueza. Presiéntese que todo esto es el resultado de un organismo y no efecto de la inspiracion; y cuando os afirma un médico ateo que Voltaire tenia sanos todos sus tendones y nervios, temblais, diciendo que se equivoca. Por otro lado, al igual de otro ambicioso mas moderno que soñaba en la supremacía política, en vano trató Voltaire de obtener la supremacía literaria. La monarquía absoluta no se adapta al hombre. Si Voltaire hubiese comprendido la grandeza verdadera, hiciera estribar su gloria en la unidad mas bien que en la universalidad. La fuerza no se revela por una mutacion perpétua, por metamórfosis indefinidas, sino por una majestuosa inmovilidad. La fuerza no es Proteo, es Júpiter.

Aquí empieza la segunda parte de nuestra tarea, que será

mas corta, pues gracias á la revolucion francesa, los resultados políticos de la filosofia de Voltaire son desdichadamente de una notoriedad espantosa. Con todo, seria una injusticia, é injusticia muy grande, atribuir tan solo á los escritos del «patriarca de Ferney» esa revolucion fatal. Es preciso ver en ella el efecto de una descomposicion social empezada desde tiempo atrás. Voltaire y la época en que viviera deben acusarse y excusarse recíprocamente. Demasiado altivo para obedecer á su siglo, era al mismo tiempo harito débil para dominarlo. De esa igualdad de influencia resultaba entre su siglo y él una perpétua reaccion, un cambio mútuo de impiedades y de locuras, un continuo flujo y reflujo de cosas nuevas que arrastraban siempre en sus oscilaciones algun viejo pilar del edificio social. Representémos la faz política del siglo XVIII, los escándalos de la regencia, las torpezas de Luis XV; la violencia en el ministerio, la violencia en los parlamentos, la fuerza anulada, la corrupcion moral descendiendo por grados de la cabeza al corazon, de los grandes al pueblo; los prelados cortesanos, los abates emperifollados; la antigua monarquía, la antigua sociedad balanceándose sobre la base comun, y no pudiendo resistir los ataques de los novadores sino por la mágia del bello nombre *Borbon* (1); representémos á Voltaire arrojado en medio de esa sociedad en disolucion como una serpiente en un pantano, y á nadie sorprenderá ver la accion contagiosa de su pensamiento apresurar el fin de ese órden político que Montaigne y Rabelais habian inútilmente atacado en su juventud y en su virilidad. No fue él que convirtió en mortal la enfermedad, pero sí desarrolló sus gérmenes y exasperó los accesos. Necesitábase toda la ponzoña de Voltaire para

(1) Preciso es que la desmoralizacion universal hubiese echado bien hondas raíces para que el cielo mandara, aunque en vano, á fines de aquel siglo, á Luís XVI, mártir venerable que elevó su virtud hasta la santidad.

poner en ebullicion aquel lodazal; de consiguiente hay que atribuir á ese infortunado gran parte de las cosas monstruosas de la revolucion. En cuanto á la revolucion en sí, debió ser sorprendente. La Providencia quiso colocarla entre el mas temible de los sofistas y el mas formidable de los déspotas. En sus albores, Voltaire aparece en una saturnal fúnebre (1); al declinar, Buonaparte se levanta en medio de una carnicería (2).

-
- (1) Traslacion de los restos de Voltaire al Panteon.
(2) Metrallada de San Roque.

LAMENNAIS.

(A propósito de su libro «Ensayo sobre la indiferencia en materias religiosas.»)

¿Será verdad que hay en el destino de las naciones un momento en que los movimientos del cuerpo social parecen no ser otra cosa que las últimas convulsiones de un moribundo? ¿Será verdad que puede verse desaparecer la luz paulatinamente de la inteligencia de los pueblos, así como vemos que se extingue gradualmente en el cielo el crepúsculo nocturno? Entónces, dicen proféticas voces, el bien y el mal, la vida y la muerte, el sér y la nada se encuentran frente á frente; y los hombres van errando del uno al otro, cual si les fuera dado escoger. La acción de la sociedad no es acción, sino un estremecimiento débil y violento á la vez como una sacudida de la agonía. El desarrollo del espíritu humano se detiene, y comienzan sus revoluciones. El río ya no fecundiza, engulle; la antorcha ha dejado de alumbrar, consume. El pensamiento, la libertad, sus facultades divinas, concedidas por la omnipotencia divina á la asociación humana, ceden el puesto al orgullo, á la rebelión, al instinto individual. A la previsión social sucede esa profunda ceguera animal que no ha conseguido distinguir la proximidad de la muerte. Muy pronto, en efecto, la rebelión de los miembros acarrea el desgarramiento del cuerpo, á que seguirá la disolución del cadáver. La lucha de los intereses pasajeros reemplaza á la concordia de las creencias eternas. Algo del bruto despiértase en el hombre, que

fraterniza con su alma degradada; abdica del cielo y vegeta por bajo de su destino. Entónces deslíndanse dos campos en la nacion. La sociedad ya no es mas que obstinada mescolanza envuelta en noche profunda, donde no brilla otra luz que el centelleo de las espadas que se chocan y la chispa de las armaduras que saltan hechas pedazos. En vano resplandecería el sol sobre las cabezas de esos infelices para que se reconociesen y vieran que todos son hermanos: ocupados en su obra de destruccion, no se apercibirían de ello. El polvo que inunda el campo de batalla les ciega.

Entónces, valiéndonos de la solemne frase de Bossuet, *un pueblo deja de ser un pueblo*. Los acontecimientos que se precipitan con una rapidez siempre creciente, se impregnan día por día de un sombrío carácter de providencia y de fatalismo, y el corto círculo de hombres sencillos que permanecen fieles á las predicciones antiguas, observan aterrorizados si algunas señales visibles no se manifiestan en el cielo. Esperemos que nuestras vetustas monarquías no han llegado todavía á este punto. Hay esperanza de alivio mientras el enfermo no rechaza al médico, y el ávido entusiasmo que despiertan los primeros cantos poéticos religiosos que ha oido este siglo, pruébannos que todavía hay un alma en la sociedad.

A fortificar ese divino soplo, á reanimar esa llama celeste tienden en la actualidad los hombres verdaderamente superiores. Cada uno lleva su chispa al foco comun, y, gracias á su generosa actividad, el edificio social puede reedificarse rápidamente, así como esos mágicos palacios de los cuentos árabes, que una legion de genios terminaba en una sola noche. Por esto nuestros escritores nos ofrecen meditaciones, é inspiraciones nuestros poetas. Levántase por todos lados una generacion seria y afable, impregnada de recuerdos y de esperanzas. Ella reclama su porvenir á los pretendidos filósofos del último siglo, que quisieran que volviese á

empezar su pasado; ella es pura, y por lo tanto indulgente, aun para los viejos y descarados culpables que osan reclamar su admiracion; mas el perdon de los criminales no excluye su horror hácia el crimen. No quiere basar su existencia sobre el abismo, sobre el ateísmo y sobre la anarquía; repudia la herencia de muerte con que la persigue la Revolucion; vuelve sus ojos hácia la religion, porque la juventud jamás renuncia voluntariamente á la vida, y por esto mismo exige del poeta mas de lo que diera á las generaciones antiguas. Al pueblo solo le da leyes, pidiéndole en cambio creencias.

Uno de los escritores que mas poderosamente han contribuido á despertar entre nosotros esa sed de emociones religiosas, uno de los que mejor saben apagarla, es sin contradiccion alguna el abate F. de Lamennais. Habiendo llegado desde sus primeros pasos á la cima de la ilustracion literaria, este sacerdote venerable parece que solo de paso ha encontrado la gloria humana. Sus miras son mas altas. La aparicion de su *Ensayo sobre la indiferencia* formará época en este siglo. Preciso es que tal libro encierre un misterio bien extraño, ya que nadie puede leerlo sin que su corazon se sienta henchido por la esperanza ó sea presa de súbito terror, cual si ocultara alguna alta revelacion de nuestro destino. Sucesivamente majestuoso y apasionado, sencillo y magnífico, grave y vehemente, profundo y sublime, el escritor se encamina al corazon por todas las ternuras, al espíritu por todos los artificios, al alma por todos los entusiasmos. Alumbra como Pascal, incendia como Rousseau, fulmina el rayo como Bossuet. Su pensamiento deja siempre en el ánimo huella de su paso, derribando á cuantos no levanta. Fuerza es que consuele, á no ser que desespere. Marchita cuanto no puede fructificar. No es posible una opinion mixta cuando de tal obra se trata; atácasela como enemiga ó se la defiende como salvadora. ¡Cosa extraordinaria! ese libro era una necesidad de nuestra época, y la

moda ha contribuido en gran parte á su éxito. Sin duda que es la primera vez que la moda haya tomado partido por la eternidad. Al par que se devoraba su libro, hánse dirigido al autor innumerables reproches que cada lector en sí hubiera debido hacer á su conciencia. Todos los vicios que él intentaba desterrar del corazon humano se han puesto á vociferar como los mercaderes expulsados del templo. Temióse que el alma quedara vacia una vez limpia de sus pasiones. Nosotros hemos oido decir que ese libro austero entristecía su vida, que ese sacerdote taciturno arrancaba las flores del sendero del hombre. Acordes. Pero las flores que arranca son las que ocultaban el abismo.

La obra que nos ocupa ha producido tambien otro fenómeno, bien notable en los tiempos que corren: la discusion pública de una cuestion de teología. Y lo extraño del caso, lo que ha de atribuirse al interés extraordinario producido por el *Ensayo*, es que instantáneamente han desaparecido la frivolidad de los hombres de mundo y la preocupacion de los estadistas, ante un debate escolástico y religioso. Por un momento creyóse ver á la Sorbona renaciendo entre las dos Cámaras,

M. de Lamennais, ayudado en su fuerza por la fuerza de arriba, ha acostumbrado á sus lectores á verle llevar, sin perder el aliento, desde el comienzo hasta el fin de su inmensa composicion, la carga de una idea fundamental, vasta y única. Por todas partes revélase en él la posesion de una gran idea, que desarrolla extensamente é ilumina en todos sus detalles; explícala en todos sus misterios y críticala en todos sus resultados. Se remonta á todas las causas así como descende á todas las consecuencias.

Uno de los beneficios que acarrear esa clase de obras, es que hacen mirar con profundo disgusto cuanto de irrisorio y de irónico escribieron los jefes de la secta incrédula. Una vez se ha subido á tales esferas, no puede volverse á descender á sitios tan bajos. Desde el momento en que se ha

respirado el aire y visto la luz, nadie sería osado á penetrar en un lugar tenebroso y desnudo. Apodérase de nosotros inexplicable compasión viendo á ciertos hombres que gastan su efímero aliento forjando á su manera ó borrando á Dios. Tentados estamos de creer que el ateo es un sér aparte, organizado á su modo, y que le asiste razón de reclamar su puesto entre los irracionales; pues no se concibe esa rebelión de la inteligencia contra la inteligencia. Y luego, ¿por ventura no constituye una extraña sociedad la de esos individuos que poseen cada uno en sí un creador creación suya, una fé según su opinión, disponiendo de la eternidad mientras el tiempo se los lleva, y tratando de realizar el *multiplex religio*, palabras monstruosas salidas del cerebro de un pagano? Diríase el caos persiguiendo á la nada. Mientras el alma del cristiano, semejante á la llama vanamente atormentada por los caprichos del aire, se remonta sin cesar hácia el cielo, el espíritu de aquellos infieles es como la nube que cambia de forma y de dirección según el viento que la impele. Y nos mueven á risa viéndolos juzgar las cosas eternas de lo alto de la filosofía humana, así como nos moverían á risa los locos que, para mejor examinar las estrellas, trepan penosamente á la cúspide de una montaña.

Aquellos que traen á las naciones, embriagadas con tantas clases de venenos, el verdadero alimento de vida y de inteligencia, han de tener confianza en la santidad de su empresa. Tarde ó temprano, los pueblos desengañados se estrechan á su alrededor, diciéndoles como Juan á Jesús: *Ad quem ibimus? verba vitæ aeternæ habes.*

YMBERT GALLOIX.

Ymbert Galloix era un pobre jóven ginebrino, hijo ó nieto, si no nos engaña la memoria, de un viejo profesor de caligrafía del país. Un pobre ginebrino, decimos, bien educado y no falto de instruccion, que llegó á París, hace seis años, sin recursos para mas de un mes, pero imbuido en la idea que ha engañado á tantos otros, que París es una ciudad de suerte y de lotería en que todo el que sabe manejarse acaba por obtener un premio; metrópoli bendita donde hay porvenir para todos, no requeriéndose otra cosa que ajustado á su existencia; tierra de promision que abre magníficos horizontes á todas las inteligencias en cualquiera direccion; vasto taller de la civilizacion donde todas las capacidades hallan ocupacion y hacen fortuna; océano do se opera todos los dias la pesca milagrosa; ciudad prodigiosa, en una palabra, ciudad de éxito rápido y de excelente actividad, de la cual, en menos de un año, el hombre de talento que penetrara en ella descalzo sale en coche.

El sugeto que nos ocupa llegó á París en octubre de 1827, y murió de miseria en igual mes de 1828.

No se tome á hipérbole lo que decimos: ese jóven murió de miseria en París. Esto no quiere decir que algunos hombres de las clases inteligentes y humanitarias á quienes se da el vago nombre de *artistas*, ni algunos jóvenes de la clase pensadora y estudiosa, en medio de los cuales fué á parar á su llegada á París, desconocido para todos, no le hubiesen

recibido con un afectuoso apretón de manos, dándole buenos consejos, auxiliándolo y brindándole sus recursos cuando sentía hambre, abriéndole su corazón cuando asomaban las lágrimas á sus ojos. Inútil es manifestar aquí que varios de ellos proveyeron á su última mesada de alquiler y á los gastos de su postrera enfermedad, y que nadie tendrá que reclamar el importe de su ataúd. Mas, ¿no es acaso esto morir en la miseria?

A su llegada á París presentóse sin recomendación de nadie, con alguna confianza, en tres ó cuatro casas. Hé aquí á este propósito lo que nos decía no hace muchos días uno de los que lo han acogido en sus primeras ilusiones y asistido en sus últimos momentos:

—Érase una mañana asaz fría del mes de octubre de 1827: me hallaba almorzando, cuando se abre la puerta del comedor y penetra en él un jóven, de porte un tanto encorvado, ojos brillantes, negra cabellera, mejillas coloradas, vestido con una levita blanca en bastante buen uso y un viejo sombrero. Levantéme y le invité á sentarse. El presentado balbuceó algunas palabras entrecortadas, de las cuales solo distinguí claramente: *Ymbert Galloix, Ginebra, París*. Comprendí que aquel era su nombre, y que la primera de las ciudades citadas habíalo visto nacer y deseaba adquirir plaza de hombre en la última. Empezó á hablarme sobre asuntos poéticos. Llevaba un rollo de papeles bajo el brazo. Acogíle complacientemente. Solo noté una cosa, á saber: que ocultaba sus piés debajo la silla con embarazo y casi avergonzado. De vez en cuando tosía. El día siguiente, á pesar de llover á mares, el jóven volvió á presentarse, permaneciendo tres horas á mi lado. Gastaba muy buen humor y mostrábase harto ilusionado. Hablóme de los poetas ingleses, á los que apenas conozco, exceptuando Shakspeare y Byron. Tosía con mas fuerza que el día anterior, y proseguía en la manía de ocultar sus piés bajo la silla. Al cabo de tres horas noté que sus zapatos estaban rotos y que penetraba por ellos

el agua. No me atreví á cuestionarle sobre el particular. Despidióse de mí sin hablarme mas que de los poetas ingleses.

De idéntico modo presentóse en otras casas, es decir, en la morada de tres ó cuatro individuos dedicados especialmente á los estudios de arte y de poesía. Fue bien recibido en todas partes, alentado siempre, á menudo auxiliado. Con todo, esto no le impidió morir de miseria, —de miseria, ni mas ni menos, — como dijimos mas arriba.

Lo que le caracterizaba en los primeros meses de su estancia en París, fue una ardiente y febril curiosidad. Quería ver París, oírle, respirar su hálito, palparle. Nó el París que habla de política, lee el *Constitutionnel* y está de guardia en la Alcaldía; nó el París que admiran los provincianos desocupados, París monumental, París San Sulpicio, París Panteon ; ni tampoco el París de las bibliotecas y museos. Lo que llamaba ante todo su atención, lo que despertaba en primer término su curiosidad, lo que examinaba é interrogaba sin cesar, es el pensamiento de París, su misión literaria, su misión civilizadora, su progreso siempre creciente. Los estudios que mas preocupaban á dicho jóven eran los relativos al nuevo desarrollo del arte. Por doquiera que oyese el estampido de un yunque literario, allí volaba, prodigando sus ideas y dejándolas machacar á voluntad por la discusión: con frecuencia, á fuerza de martillarlas, las deformaba, Ymbert Galloix es uno de los ejemplos mas notables del peligro que lleva en sí la controversia para los espíritus de un orden secundario. A su muerte, en su cerebro no quedaba una sola idea recta.

Lo que le caracterizó los últimos meses de su residencia en París, que fueron los postreros de su vida, es un profundo desaliento. Nada quería ver, ni oír, ni decir. En poco tiempo, por una transición cuyo misterio dejamos que profundice el lector, el pobre jóven habia pasado de la curiosidad al tedio. Al llegar á este punto de nuestro relato se nos ofrecen varias dudas que vamos á proponer sin tratar de re-

solverlas ¿Qué había contribuido á desilusionarlo? ¿Era la causa interna ó externa? ¿Había dejado de creer en él ó en el universo? París, despues de examinado, ¿habíale parecido muy grande ó muy mezquino? ¿Habíase considerado demasiado débil ó demasiado fuerte para lanzarse alegremente al trabajo en este taller inmenso de la civilizacion? ¿La medida ideal que llevaba en sí mismo habíase encontrado demasiado baja ó demasiado alta al sobreponerla á las realidades de una existencia que habia de fabricarse y una carrera que debía empezar á recorrerse? En una palabra, ¿era temor ó desden la causa de la inaccion voluntaria que apresuró su muerte? Lo ignoramos. Lo cierto es que, despues de haber estudiado bien á París, cruzóse enteramente de brazos y se negó á trabajar. ¿Fue pereza? ¿fue cansancio? ¿fue estupor? Opinamos que las tres cosas á un tiempo. No habia encontrado, ni en París ni en sí mismo, lo que buscaba. La ciudad que creyera ver en París no existía; el hombre que suponía haber visto en él no se presentaba. Desvanecido su doble ensueño, evocó la muerte.

Decimos que evocó la muerte. En efecto: su muerte, tanto física como moralmente, fue una especie de suicidio. Permítasenos mantener velado parte de nuestro pensamiento. El hecho es que se negó á trabajar. Habíasele procurado trabajo ¡miseró trabajo, es verdad, en el que se gastan tantos jóvenes capaces tal vez para grandes empresas), es decir, el ocuparse en la confeccion de diccionarios, de compilaciones, de biografías de personajes contemporáneos, trabajo retribuido á ochenta reales la columna. Durante algun tiempo trató de escribir algunas líneas para esos libros inacabables. Luego le faltó el ánimo y no quiso continuar. La ociosidad se apoderó invenciblemente de él, así como el viajero se ve rendido por el sueño en medio de la nieve. Una enfermedad lenta que le minaba desde la infancia se agravó, apareciendo la fiebre. Al cabo de dos ó tres meses habia dejado de existir. Contaba entonces veinte y dos años.

Propiamente hablando, el país de su elección no era la Francia, sino Inglaterra. Soñaba en Londres, no en París. Esto resalta en las líneas que nos ha dejado. En los últimos momentos de su existencia, cuando el sufrimiento empezaba a desorganizar su razón, cuando sus ideas semi-apagadas solo iluminaban débilmente su agotado cerebro, decía ¡extraña quimera! que la primera condición para ser dichoso consistía en haber *nacido en Inglaterra*. Quería ir a Inglaterra para obtener el título de lord, de gran poeta y hacer fortuna. Estudiaba el inglés con gran ardor, única tarea a que había permanecido fiel. El día de su muerte, sabiendo que eran contados los momentos de que podía disponer, no por eso dejó de repasar su lección de inglés. ¿De qué había de servirle?

Ymbert Galloix ha muerto triste, anonadado, desesperado, sin una visión de gloria en la cabecera de su lecho. Había enterrado algunas columnas de prosa bastante vulgar, decía, en el más oscuro rincón de una de esas torres de Babel literarias que nombran los editores *Diccionario biográfico*. Estaba bien persuadido de que nadie sería osado a desenterrar aquella prosa. En cuanto a los escasos ensayos poéticos que brotaron de su pluma en los últimos días de su vida, en medio de su desanimación hablaba de ellos con tristeza y harta severidad. Su poesía, en efecto, solo se producía en forma de bosquejo. En la oda, su musa era demasiado jadeante y tenía poco aliento para correr firmemente hasta el final de la estrofa. Su pensamiento, desgarrado siempre por laboriosos alumbramientos, solo llenaba con mucho trabajo las sinuosidades del ritmo, dejando amenudo lunares por todos lados. Poseía curiosidades de rima y de forma que en talentos consumados pueden constituir nueva cualidad, preciosa sin duda, mas después de todo secundaria y que no suple ninguna cualidad esencial. No basta que un verso tenga buena forma; es absolutamente preciso, para que se exhale de él cierto perfume, colorido y sabor, que encierre una idea, una imagen o un sentimiento. La abeja construye

artísticamente los seis panales de su alvéolo de cera, y luego lo llena de miel. El alvéolo es el verso; la miel la poesía. Galloix estaba mas en su centro en la elegía: entónces, solia acontecer que palpitara su poesía al par de su corazon. Empero tambien carecia muy amenudo de la facultad de expresarlo todo. En general, su cerebro resistíase á la produccion literaria propiamente dicha. A veces, á fuerza de sufrimientos, el pobre poeta trocábase en hombre, su elegía en confidencia, su canto en exclamacion. ¡Bello espectáculo!

Como no tenia fe en el valor esencial y duradero de su prosa ó de sus versos, como no habia tenido tiempo de realizar ninguno de sus sueños de artista, murió con la conviccion desconsoladora de que ninguna de sus obras le sobreviviría.

Vivió engañado.

Háenos quedado de él una carta.

Carta admirable, á nuestro entender, carta elocuente, profunda, de un cerebro enfermo, febril, dolorosa, loca, única; carta que es la historia de un alma, de una vida, de un moribundo; carta extraña, verdadera carta de poeta, llena de visiones y rebosando verdad.

El amigo á quien la dirigió Ymbert Galloix ha tenido á bien confiárnosla. La insertamos al pié de estas líneas. Dicha carta dará á conocer mejor á Ymbert Galloix que cuanta pudiéramos decir nosotros. La insertamos sin quitarle punto ni coma, con las repeticiones, los neologismos, las faltas gramaticales (no está exenta de ellas), y todas las dificultades de expresion propias del estilo ginebrino. Las dos ó tres supresiones que observará el lector han sido impuestas al que estas líneas escribe por conveniencias rigurosas que todos aplaudirían. Háse tratado de que esta publicacion, llevada á cabo únicamente en interés del arte, fuera lo mas impersonal posible. De consiguiente, los nombres propios escritos con todas sus letras en el original, aquí solo aparecen por medio de iniciales, para no herir susceptibilidades.

Hechas estas salvedades, volvemos á repetir que la esencia de la carta ha sido religiosamente respetada. No se ha cambiado de ella ni una sola palabra, ni desfigurado ningun detalle. Creemos que será leida con el interés que nos ha inspirado á nosotros esa confesion misteriosa de un alma que se asemeja muy poco á las otras almas, y que sin embargo nos retrata á casi todos. Esto es, á nuestro entender, lo que caracteriza tan extraña carta. Es una excepcion, y se asemeja á lo usual.

París, 11 diciembre 1827.

Mi pobre D...

Dias hace que me propongo escribirle, pero el dolor, la enfermedad de que adolezco, las distancias de París que roban á uno la mitad del dia, todo esto hámelo impedido. ¡Oh! ¡cuánto sufro y cuánto he sufrido! Es imposible que piense dar ilacion á mi carta, ni pintar á usted el estado de mi alma, materializando con frases heladas esas dolorosas y perpetuamente sucesivas impresiones, sensaciones, terrores, abismos de melancolía, de desesperacion, etc. Estamos hoy á 11 de diciembre: son las tres. He andado, he leído, hace un tiempo magnífico, y sufro horribilmente. Llegué aquí el 27 de octubre; así pues, un mes hace que languidezco y vegeto sin esperanza. Durante horas, durante dias enteros mi desesperacion tenia visos de locura. Cansado, atormentado física y moralmente, encogida el alma erraba sin descanso por esas calles fangosas y ennegrecidas, desconocido y solitario en medio de una gran multitud de séres que tampoco se conocen.

Cierta noche, apoyéme en una de las paredes de un puente del Sena. Millares de luces prolongábanse al infinito, el rio seguia su curso. Sentíame tan cansado que no podia dar un paso, y clavado en aquel sitio, obligado á sufrir las miradas de los transeuntes que probablemente me tomaban por loco, era tal mi sufrimiento que ni fuerzas tenia para

llorar. A veces se chanceaba usted en Ginebra tocante á mis sensaciones. Pues bien: aquí las devoro en la soledad. Ellas me atormentan, me agitan sin cesar, y todo se mancomuna para destrozarme el alma; ese sentimiento inmenso y continuo de la nada de nuestras vanidades, de nuestras alegrías, de nuestras penas, de nuestros pensamientos; la incertidumbre de mi situación, el temor a la miseria, mi enfermedad nerviosa, mi oscuridad, la inutilidad de los pasos que doy, el aislamiento, la indiferencia, el egoísmo, la soledad del corazón, la necesidad de respirar al aire libre, el perfume de los campos, de los montes, las mismas ideas filosóficas, y por encima de todo esto ¡oh! los recuerdos *lacerantes* (1) del país de nuestros mayores. Hay momentos en que sueño en todo lo que he amado, en que me paseo por San Antonio, en que acuden á mi memoria todos mis dolores de Ginebra, y las alegrías que allí he disfrutado, aunque bien raras por cierto. Momentos en que las facciones de mis amigos, de mis padres, algun lugar consagrado por un recuerdo, un árbol, un peñasco, el rincón de una calle ofrécese ante mi vista; y vienen á despertarme de mi letargo los gritos de un aguador de París. ¡Oh! ¡cuánto sufro en aquellos instantes! A menudo, al penetrar en mi cuarto solitario, fatigado de cuerpo y de espíritu, déjome caer en una silla, y empiezo á soñar, pero con sueño amargo, sombrío, delirante. Todo me recuerda á mis pobres padres á quienes tantas penas he causado; los cuidados de la lavandera, etc., etc., todo esto rae ahoga. ¡Cambiadas las horas de la comida! ¡Oh! ¡Cómo echo menos mi habitacioncilla de Ginebra donde tanto sufrí, y la clase, y mi tío, y el rincón de su casa donde nos calentábamos, y los rostros conocidos, y las calles familiares. Con frecuencia una nadería, la vista del objeto mas trivial, de unas medias, de unas ligas, todo esto revive en mí

(1) La palabra está subrayada en la carta que tenemos á la vista.

el pasado, y me agobia con el dolor presente. ¡Triste destino del hombre que encuentra á faltar lo que no tardaría en maldecir si lo tuviera! Ni siquiera puedo gozar de mi dolor; el espíritu analítico está siempre aquí para mi desencanto. Aburrimiento de un alma marchita á los veinte y un años; áridas dudas, vagos lamentos de una felicidad entrevista mas vagamente aun, como esas glorias del poniente sobre la cima de nuestras montañas; dolores positivos, dolores ideales, persuasion de la infelicidad arraigada en el alma, certeza de que la fortuna, aunque constituye un gran bien, no nos procuraría dicha completa: hé aquí lo que atormenta mi pobre alma. ¡Oh mi único amigo! ¡cuán desdichados son los que nacieron rodeados de desdichas!

Y con todo, por momentos parece que resuena en mis oídos música aérea, que melancólica armonía extraña al torbellino de los hombres vibra de esfera en esfera hasta mí; parece que una posibilidad de dolores tranquilos y majestuosos se ofrece al horizonte de mi pensamiento como los ríos de lejanos países al horizonte de la imaginación. Mas ¡todo se desvanece ante la cruel realidad de la vida positiva, todo!

Cuántas y cuántas veces he dicho con Rousseau: ¡Oh ciudad de lodo y de humo! ¡Cómo ha debido sufrir aquí aquella alma tierna! Aislada, errante, atormentada como yo, pero menos desgraciada de sesenta años en un siglo sério y lleno de grandes acontecimientos, gemiría en París. En él gimo yo, y otros me seguirán. ¡Oh la nada, la nada!

Sin embargo, he tenido dos ó tres momentos de éxtasis. Un día, en el teatro de la Opera, la encantadora música del *Asedio de Corinto* hizome olvidar mis penas. Ya sabe usted cuánto me gusta la elegancia, la suntuosidad, los títulos, en fin, todo lo que nos coloca en un mundo tan bello como es posible aquí abajo, á lo menos exteriormente. Pues bien: esas impresiones que me procuraban en Ginebra tantas fisonomías extrañas y distinguidas, tantas almas bellas, tantos

personajes encoquetados , tantas libreas y trenes, en fin, ese espectáculo encantador de las galas de la civilización en medio de las galas de la naturaleza, espectáculo que convierte á Ginebra en ciudad única en Europa relativamente á su extensión, esas impresiones, solo he vuelto á encontrarlas en París en el teatro de la Opera, y leyendo otra vez la vida de Alfieri escrita por el mismo, que hacia cuatro años no habia hojeado. ¡Cuántas cosas me han pasado así como á los demás mortales en esos cuatro años! Encontrábame, pues, en el teatro de la Opera. Las ilusiones de la música, la magnificencia del local, los tocados y fisonomías que asomaban en los palcos, todo esto me trastornaba, creyéndome príncipe, rico, honrado: los pórticos de un mundo que solo tiene belleza para mí porque ignoro sus misterios, dibujábanse á mi vista rodeados de una auréola de elegancia y de esmero. Habíame olvidado de mi verdadera situación, ó mas bien procuraba convencerme de que iba á acabar. Aunque rodeado por los sencillos espectadores del patio, con alma y vida estaba yo en los palcos. Solo veia por encima de mi cabeza. Encontrábame sumido en un océano de ilusiones, de esperanzas desmesuradas, de armonía, de esplendores, de vanidades, etc. Semejante estado duró media hora. ¡Oh! ¡cuán tristes y amargos fueron los momentos que siguieron á aquél! Otro tanto puede decirse de la vida errante de ese rico, noble y desgraciado Alfieri. Vésele siempre rodeado de nobles embajadores, de ayudas de cámara, y emprendiendo viajes en silla de posta, etc. ¡Oh! ¡qué suerte ser desgraciado con treinta mil francos de renta! No, nó; perdóneme esta frase. No ignora usted cómo sé despojar las desdichas de su envoltorio positivo, contemplándolas en toda su horrorosa desnudez, que es una misma para todas las condiciones cuando el alma encierra algo que late con mas fuerza para nosotros que para la multitud. Las sensaciones me agobian. Abandono la pluma; voy á soñar. Ríase usted en buen hora, pues en esto me reconoce por completo, ¿no es así?

Vuelvo á tomar la pluma hoy 27 de diciembre. Estoy sufriendo incesantemente. He tenido momentos terribles; mas no quiero fatigar á usted con mis lamentos. Son las doce y algunos minutos de la noche. Así pues, ha entrado el día 28. ¿Qué importa? Algunos coches se arrastran todavía por esas calles; pero la gente ya ha salido del Odeon. Reinan la tristeza, el invierno, la soledad y negra noche. Estoy en vela junto al hogar de un piso cuarto de la calle Fossés-Saint-Germain-des-Prés. Mi habitacion, asaz elegante, está aislada, encontrándome frente á frente de mi tristeza y de mi aburrimiento. ¿Creeréis que no siento nada por las mujeres? Ni el mas pequeño deseo físico. Preciso es que el dolor me absorba por completo. Empero, seria fácil que me lanzara á nuevos ensueños. Vamos al caso. Hace mucho tiempo que estoy íntimamente ligado con ***

Asimismo únenme estrechos lazos con C. N. Éste es todavía mas expansivo que ***; le agradaría á usted mas, sobre todo á primera vista. Asímanle á N—con frecuencia las lágrimas en los ojos cuando habla. Posee lo que usted llama *humectante* en toda su persona. Muéstrame paternal afecto. Tal vez podría reprochársele su demasiada indulgencia hácia las medianías, pero esto es efecto de su gran bondad. *** caería en el exceso contrario, no viendo con agrado, presumo, al hombre que juzgara ordinario. Usted me dirá que hay en esto su parte de amor propio; mas si para escribirle me viese obligado á velar mi pensamiento, mas valiera que abandonase la pluma y me callara.

Las veladas de los domingos pásolas en casa de N—. Allí se reúnen varios literatos. En aquella reunion he conocido á la señora T—, he conversado con E—D—, con P—, el baron T—, el señor de C —, sábio ilustre, que se toma mucho interés por mí; con el señor de R—, anticuario é historiador. Finalmente, M. J—, que tambien conocí en aquella

tertulia, es un amigo que creo haber adquirido. Es hombre
colosal por el pensamiento. Si tuviera alguna mas poesía
en el alma, no titubearla en considerarlo como un hombre sorprendente. Usted ha leído sus artículos sobre Walter Scott y otros escritos de él. No es pequeña indemnización para mis penas haber obtenido el aprecio de hombre semejante, tanto mas cuanto que á primera vista se muestra frio, árido, y sobre todo enemigo acérrimo de las medianías, á las cuales desprecia, aunque hayan adquirido celebridad. M. J— se parece á L—; su rostro es hermoso. Debajo de su aridez ocúltase el *humectante*, y en todo él, en su acento, en sus maneras, un tinte montaraz é inglés. Su patria es el Jura, habiendo visitado con frecuencia á Ginebra. Simpatizamos por el pensamiento, por las inducciones, y por la dificultad de expresar lo que sentimos

.....
Ocupémonos nuevamente de N—. Solo me toca decir respecto á él, que sus maneras y aficiones son las de un gentilhomme del campo. Le he prestado sus poesías, que le han agradado mucho. P. L— va á publicar sus *Viajes á Grecia*, en verso. He oido la lectura de un fragmento, el cual es encantador, poético como las concepciones de lord Byron; mas carece del pensamiento fecundo y del genio vasto y doliente que nos hiere la garganta en el bardo inglés y en su rival de Florencia. M. L— se parece á Goethe (en esto reconocerá usted mi manía de las comparaciones). Lee sus versos de una manera especial y encantadora; es sencillo, reposado, reservado, y tiene algo de protestante en su persona. Ha viajado mucho. Tiene en cartera una coleccion de poesías, empero repugna publicarlas todas, pues las encuentra demasiado individuales. Se ha complacido mucho en *mi vida*. Diré á usted de paso que *** y N— tal vez hacen mas caso de mis poesías de lo que se merecen. Tengo algunas nuevas, escritas en Ginebra ó en París. Soy muy amigo

de B—, hijo del poeta, hombre de mucho ingenio. F— da á la escena su P—dentro de un mes. Es un drama romántico. F—ha visitado el Cabo y la Martinica; por otra parte, es un hombre de maneras poco distinguidas. Tiene un poema en cartera. No puede negarse que naturaleza hále dotado de talento juvenil y agradable, mas para que nos gusten sus poesías preciso seria no conocerle. ¡Qué desencanto! Recuerdo que su *Pescador*, antes de que Verre partiera á Rusia, nos hizo derramar lágrimas; y por mi parte concedía al autor algo de ideal, no habiendo visto jamás aquel nombre y leyéndolo al pié de una composicion soñadora y marítima: habíamelo figurado un jóven ondino, etc.; y es una mezcla de comun y de soldado. V—(con quien pasé una hora en casa de ***) es hombre de siete pies de estatura. Cuando dirige la palabra á un hombre honrado, su estómago tiene la forma de arcada y sus rodillas la de un triángulo. Si está sentado, divídese en dos pedazos que forman el ángulo agudo. Añada usted que no dice media docena de palabras sin intercalar un *así*; que es hombre de buen tono, del antiguo régimen, y flaco como un lagarto. Da miedo el contemplarlo. No ignora usted que es autor del delicioso juguete intitulado *Sainte-P—*. Conoce á L—. A—, el historiador duelista, que tiene trazas de un carnicero civilizado. Algo de áspero, y sin embargo imponente, caracterízalo. Ya no me queda sitio para hablar á usted de A—de los Y—, padre é hijo, de D—y M—, redactores del *G—*, y de otros varios literatos conocidos míos. Dos palabras sobre S—: es un hombre que me parece una mezcla de charlatan, de iluminado, de Durand, de Swedenborg, y asimismo de verdadero poeta. Posee un notable talento descriptivo. Solo he tenido una entrevista con él, y esto me basta. Verdad es que la conversacion ha durado tres horas. Empero hay una dosis demasiado fuerte de crema batida en aquel cerebro para que no me divierta en hacerla espumear todavía mas. Voy á ser presentado á Benjamín Constant por C—, buen mu-

chacho (redactor de *la. Rev—Prot—*). Creía hallar en C— un grave pastor, y me he encontrado con un atolondrado, pero á lo menos este es un aturdido espiritual y de mérito, aunque falto de genio. Mil cosas interesantes me acuden á la memoria, mas fuerza es que cierre esta carta.

Sus *Melodías* han visto la luz pública. Linda edicion. Hélas leído y releído con gran placer. Merecieron un artículo por parte de la *R.* Estoy escribiendo uno para el *F.*, y las he recomendado al *G.* Se hablará de ellas en la *N.* Pero para su completo éxito necesitaríanse encomiadores de que usted carece. Temo que se venda un corto número de ejemplares. Es tal el descrédito de la poesía en los tiempos que alcanzamos, que para formarse idea de ello es preciso vivir en París. Aquí nadie lee versos, todavía menos, mucho menos que en Ginebra. Y aun se compran menos los libros de poesías. L., D. y *** son las únicas excepciones de la regla. Por otra parte, en París todo el mundo escribe en verso. Se leen tantas poesías inéditas, que un autor extraño, sin mas proteccion que su talento, difícil es que se abra paso. Su alejamiento de París es perjudicial para el éxito del libro que acaba usted de imprimir, pero favorable á su dicha. La gran Babilonia disgustaría á usted enseguida, llenándole de lodo, de cansancio y de tristeza. Ignoro el estado que guarda su alma en Florencia, pero de fijo que se encontraría mas restringida en París; sin hablar de lo dificultosa que es aquí la vida. Hasta ahora nada gano, y sin embargo no me faltan amigos verdaderos que se afanan en procurarme alguna ocupacion. Me han dicho que estaba usted en intimidad con L—. Describámelo usted desde el nudo de su corbata hasta la punta de sus pantuflos. ¿Por ventura es como yo le he soñado, un lord Byron francés, la apatía, la vanidad, la afectacion, la desdicha, un pensamiento devorador, genio á raudales, buen tono, elegancia, en fin , una atmósfera poética extraña que nada tiene de comun con la turbia atmósfera de nuestros literatos de París? ¿Acaso no es L—el ideal

de mi alma, donde me complazco en encontrar hasta esos defectillos de vanidad, de pueril afectacion que antes detestaba usted, y que acabó por descubrir en usted mismo, así como se descubrirán siempre en la mayor parte de los poetas dotados de espíritu analítico y de la buena fé del hombre superior? Es la una y media; interrumpo mi carta. Pienso decir á usted todavía dos palabras al respaldo de las cuartillas de las dos elegías que van inclusas en la presente.

.....
.....

Amigo mio, prosigo mi carta mucho tiempo despues de empezada y continuada. Son las ocho de la noche, y estamos á 31 de marzo. El dolor me enloquece; mi desesperacion sobrepuja á mis fuerzas. Hoy he sufrido lo que no es decible. En fin, un acceso de fiebre se ha apoderado de mi esta noche: exceso de las penas morales. Óigame usted. ¡Si á lo menos pudiera persuadirme de que algun dia seré dichoso! Empero el porvenir oscurece el presente. Usted me conoce, y está al tanto de las singularidades de mi carácter. Acabo de hacer un descubrimiento, y es: que realmente no soy desgraciado por tal ó cual cosa, sino que dentro de mi sér albégase, un dolor permanente que toma distintas formas. No ignora usted cuántas cosas hasta el presente hánme hecho desgraciado, ó mas bien de cuántos modos el hígado, la bilis, ó en fin, el principio que me atormenta se ha reproducido. Unas veces, ya lo sabe, afligíame por no haber nacido en Inglaterra; otras de no ser apto para las ciencias; con mas frecuencia de no ser rico, de tener que luchar con la miseria y las preocupaciones, de ser desconocido. Tampoco ignora que hallándome en Ginebra parecíame que si alguna vez lograba pisar el suelo de París habia alcanzado la felicidad. Pues bien, amigo mio: tengo relaciones con casi todos los mas distinguidos literatos; algunos de ellos, tales como ***, C. N—, etc., son amigos ilustres con los que

estoy casi tan familiarizado como con usted. De consiguiente, está satisfecha mi vanidad; amenudo en los salones tengo momentos de satisfacción mundana; finalmente, á veces me he embriagado con los pequeños triunfos, triunfos fugaces, que proporciona una velada; y á pesar de todo, el fondo, la casi totalidad de mi vida es, no diré una desdicha, sino árido cáncer. Líquido plomo corre por mis venas; si pudiera contemplarse mi alma, infundiría compasión; temo volverme loco. Desde que me encuentro aquí, mi dolor ha tomado cinco ó seis formas distintas: primeramente torturábame el recuerdo de la patria, y mi incertidumbre respecto al porvenir; enseguida el sentimiento de mi aislamiento, de mi *nada*; luego un vacío ocupado por ese horroroso tumulto de sensaciones de que tanto le he hablado; por último, desde hace dos meses todas mis facultades de dolor hánse reunido en un punto. Apenas si me atrevo á confesárselo á usted, tan grande es la locura; empero le ruego que solo vea en ello una forma del dolor, una de las apariencias de la úlcera que me corroe: no me juzgue usted segun las reglas comunes; fijese en el mal y nó en su objeto. Ese punto central de mis males es no haber nacido inglés. No se ria usted, se lo ruego: ¡sufro tanto! Las personas verdaderamente enamoradas son monómanos como yo, sin mas que una idea, la cual absorbe todas sus sensaciones. En cuanto á mí, cuya alma ha estado expuesta por tanto tiempo á tan variado tumulto, tambien soy monómano ahora.

He leído recientemente *Valeria*, de madama de Krudener; no puedo expresar á usted las sensaciones que me ha causado. Ese libro sorprendente habíame aburrido en otro tiempo; ahora me ha partido el corazón. Y es que Gustavo, lo mismo que yo, aparece víctima de una pasión devoradora, ó mas bien de una energía de sensaciones que le devoran, y que se ha inclinado hácia un alimento natural, el amor, mientras que esa misma energía, luchando en mi alma con el vacío, solo produce fantasmas. Leí aquella novela á la luz de los

primeros rayos del sol primaveral, en las vastas y tristes alamedas del Luxemburgo. A cada paso deteníame agobiado. Voy á explicar á usted el origen de mi pasión por la Inglaterra. En primer término usted no ignora que me complazco en revivir con los muertos, en conocer su vida pasada, en habitar con ellos, en seguirlos en las circunstancias de su existencia, en crearme, en fin, simpatías que la ilusión del tiempo engalane y que la presencia de los individuos no pueda destruir. Por lo tanto, en Inglaterra podría disponer á lo menos de cincuenta poetas de una vida aventurada, y en cuyas obras rebosan la imaginación, las ideas, etc.; en Francia no cuento con tres. Además de esto, tendría una patria que hubiese amado basta la preocupación, tanta es la poesía que encierran las vetustas costumbres inglesas y tanta la imaginación que descuella en todo lo que á aquel país atañe. En primer término, en vez de una literatura, cuéntanse cuatro: la americana, la inglesa, la escocesa y la irlandesa; y á pesar de emplear un mismo idioma, cada una de ellas tiene distinto carácter. ¡Cuántas riquezas literarias! La vida del maniático Cowper, tan gran poeta, ha sido escrita en tres volúmenes en octavo; la de Johnson en cuatro. Según Walter Scott, la biografía de este último encuéntrase en toda casa de campo, etc. Y además, al solo nombre de Johnson, un inglés tiene ante sus ojos una individualidad, un personaje que posee el privilegio de vivir todavía, obrando así física como moralmente. Hay treinta poetas vivos, todos originales, todos individuales, que no siguen las huellas el uno del otro, y muy fecundos. ¡Cuántas riquezas! Finalmente, ¡vaya unas aventuras las del infortunado Savage, y las de Shelley! ¡qué coloso ese lord Byron! ¡cuántos tesoros para un alma hastiada del mundo y que no tiene mas amigos que los libros de su estudio! ¡Cómo cuidan los ingleses á sus autores! Reimprímenlos bajo todas las formas. ¡Qué gusto en sus ediciones! ¡cuánta imaginación en sus viñetas! Observad la nación misma: son tan raros en Ingla-

terra los hombres de porte vulgar como en Francia los de aire distinguido. Todo es *excéntrico* en aquel pueblo; me gustan hasta su originalidad, sus trajes extraños. Solamente allí reina el entusiasmo bajo mil formas, y al lado de las ideas positivas mas severas se encuentran las consejas mas pintorescas. Aquel país reúne todo, lo positivo y lo ideal, la Francia y la Alemania. Es el único asaz fuerte para comprenderlo todo, asaz grande para no rechazar nada.

¡Qué individualidad! Se reconoce al inglés entre mil personas, el francés se parece á todo el mundo.

La abundancia de sectas religiosas en Inglaterra es una prueba de buena fé y de que existen almas que viven de esperanzas, no estando esterilizadas por el materialismo. Las extravagancias individuales de los jóvenes ingleses son una prueba de la agitacion de sus almas. ¡Oh! si viese usted lo que pasa en Francia, ¡cuánto seria su disgusto! A todos los hombres apesadumbra no encontrarse en su centro. Esto mismo causaba á usted no poca pena en Ginebra. Pues bien; me encuentro cruelmente fuera de mi centro, yo que no siento la menor simpatía por la Francia, y que tanto afecto profeso á la Inglaterra; encuéntreme cruelmente alejado de mi centro en medio de una nacion frivola, parlanchína, impía, árida, vana y fria, cuando reflexiono que hay otra religiosa ó terriblemente escéptica, empero á lo menos nó indiferente; nacion donde se adquieren amigos fieles, almas exaltadas, y donde la frivolidad misma, extravagante y singular, carece de ese tono chancero y altamente insípido que tiene en Francia. En el restaurant donde como, reúnen franceses é ingleses. ¡Qué diferencia! Casi todos los franceses muéstranse *gascones*, vocingleros y ordinarios; los ingleses, nobles y decentes. En fin, amigo mio, siento que un amante puede entretener á un amigo contándole sus amoríos, porque pasion es esta que encuentra eco en todas las almas, y la cosa no se presta al ridículo; pero tal es el acrecentamiento de mis dolores, que no me atrevo á confiarlos á nadie, pues

son demasiado individuales, y deben parecer harto ridículos á quien no los ha naturalmente experimentado. Y sin embargo (puedo afirmárselo á usted y espero será bastante despreocupado para creerme), tamaña locura me causa dolores *horribles*. Todo la despierta: la vista de un inglés, de un libro inglés en venta en la librería de Baudry, las mismas burlas de que son objeto, todo esto me abrasa; son otras tantas puñaladas que avivan mi dolor, lo mismo, sin duda, que cuanto recuerda una mujer ya difunta á un amante apasionado. En una palabra, mi manía hasta me hace mirar con hastío la gloria. Quisiera ser célebre en Inglaterra, y por lo tanto, escribir en inglés. Por otra parte, mis penas me atormentan demasiado para que pueda escribir otra cosa, y por desdicha nada tiene de poético lo que me apesadumbra. No ignoro que, si yo (suposición absurda, como todas las suposiciones) fuera inglés, sufriría lo mismo gracias á mi temperamento enfermizo; empero á mí se me figura otra cosa. Semejante persuasión solo es efecto del raciocinio, porque si solo escuchara la sensación, pareceme que, nacido inglés, podría soportar todos mis males. Representóme lo que soy como organismo y como espíritu, pero nacido lord inglés y rico. ¡Todos mis gustos, todas mis vanidades quedarían satisfechas! Cuando comparo esa existencia con la mía, pienso volverme loco.

Con todo, amenudo me ha acudido una idea; pero ¿qué pueden las ideas contra las pasiones? La idea es esta: si precisamente no fuera lo que soy, no existiría; sería otro sér y no yo; mi *yo* homogéneo, idéntico é individual quedaría destruido; ¡mis pensamientos serian distintos! Nadie quisiera trocar su individualidad por la de otro, y nadie se contenta con lo que es. ¡Qué contradicción! Contentémonos con lo que somos. Es tanto lo que sufro que me parece que trocaría mi suerte por la de cualquiera, grado de dolor á que hasta ahora no habia llegado. Si fuera preciso aceptar la suerte de otro, esto equivaldría á morir. La muerte no es

otra cosa que la destrucción del yo. Mas ¿qué estoy haciendo? ¿qué irresistible manía me arrastra? ¡Ay, amigo mío! Cuanto más sondeo nuestra naturaleza más me persuado de que, piezas necesarias de un conjunto que no vislumbramos, desempeñamos un papel que algún día nos será revelado. Si se me preguntaba: ¿Creeis en la existencia de Dios, en la inmortalidad del alma? contestaría: ¡Preguntas absurdas! Dios existe porque es necesario; y creo que nos hallamos aquí abajo en una posición falsa, transitoria, intermedia. ¿Hemos existido en otra parte? ¿reviviremos acaso? ¿Como, con nuestra habla limitada y el tormento de nuestras ideas, abordaremos el gran desconocido? ¡Oh! á Dios le veo en todas partes. Ese ardiente deseo de conocerle y de adivinar nuestra naturaleza, esos presentimientos del infinito y esa muralla de bronce, esa muralla de lo imposible, de lo prohibido, contra la cual se estrellan, no solo nuestros sistemas, sino hasta nuestros ímpetus de ideas, todo esto pruébame que hay un *sér*. Nó, la tierra, con solo fango no hubiese producido seres tan complejos y extraños. Luego, ir más lejos me parece imposible. Espero y callo. Sé únicamente que aquí abajo brego con el dolor como un atormentado. ¿Tanto sufrimiento hallará su recompensa en esta vida ó en otra parte? Lo ignoro.

Mis males han sido tan acerbos hoy, que lo que comunemente me espanta no me causaba temor alguno. A fuerza de sufrir, la gloria, la felicidad, el porvenir, todo parecíame imposible, indiferente. ¡Oh! ¡si usted supiera las sugerencias infernales que se mezclan con todo esto! ¡Las horrorosas ideas que acuden á mi mente, los tormentos de la duda! ¡Desdichado! no ignoro que lo soy.—Y en esto estriba todo mi mal.—Lo que más me atormenta, es ver á ciertos hombres, cuyo carácter hácelos felices. Entónces digo para mí: Si todo el mundo sufria, pareceríame de rigor una compensación general, un paraíso al cabo de esta misera vida. Empero hay hombres, por más que parezca increíble, hay

hombres dichosos (por su carácter). Estos amenudo preocupanse muy poco del porvenir, viviendo en la imprevision y satisfechos; el mundo es pequeño para ellos. ¿Por ventura la infelicidad no seria otra cosa que enfermedad cruel, y los desdichados pestíferos atacados de incurable llaga, que sufren á causa de su organismo así como el suyo hace gozar á los afortunados? A pesar de todo, espero y confieso que me parece ver á Dios tan inmiscuido en todas las cosas de aquí abajo, que en resumidas cuentas me echo en sus brazos. Inclínemos la frente, amigo mio. ¿Qué vale levantarse contra lo imposible? Con frecuencia hago un estudio anatómico de mis dolores, contemplándolos fríamente. La idea que en mí predomina es que nada puedo contra ellos.

Desde hace dos meses he vuelto á emprender con tanta energía el estudio del inglés, que leo fácilmente la poesía. En este momento estoy leyendo *Rasselas*. Hé aquí un libro prodigioso. Mi intencion es dirigirme á Inglaterra y á vuelta de algunos años escribir en inglés. J. L —, con quien me une estrecha amistad, me presta las obras de los poetas *lakistas* modernos de Inglaterra: su lectura me tiene encantado. El Gerando que usted me dió hélo cambiado por un Byron en un tomo. De este autor he leído un pequeño poema—*Ensueño*— que me ha producido efecto mágico. Una señora inglesa, que me da lecciones de su idioma, háme dicho que á los dos años de vivir en Inglaterra escribiría correctamente el inglés, puesto que, dice ella, ahora lo escribo como pocos franceses. Efectivamente, acabo de traducir algo de L—casi sin faltas. Verdad es que el estudio del inglés me roba la mitad del dia.

Mis manías son siempre crueles. ¡Qué fastidio! En fin, doquiera que fijo la vista no veo mas que dolor. Mis medios de vivir constituyen aun un tormento para mí. Actualmente estoy trabajando en una biografía, pero me hace falta dinero. Confieso que á este respecto me encuentro muy apurado.

Y. G.»

Cuando se reflexiona que el que escribía esto murió al poco tiempo, acuden á nuestra mente toda clase de reflexiones sobre cada línea de tan larga epístola. ¡Qué novela, qué historia, qué biografía esta carta! Ciertamente que no seremos nosotros quienes repitamos las trivialidades de rigor, ni tampoco exigiremos que todos los sufrimientos pintados por el artista los experimente constantemente todo artista; no seremos nosotros quienes censuremos que lord Byron llore en una elegía y ria jugando al billar; ni tampoco limitaremos la creación literaria y censuraremos al poeta por crearse artificialmente tal ó cual dolor para analizarlo en sus convulsiones, así como el médico se inyecta ésta ó aquella fiebre para espiarla en sus paroxismos. Reconocemos más que nadie cuánto hay de real, de verdadero, de bello y de profundo en ciertos estudios psicológicos hechos sobre sufrimientos excepcionales y estados singulares del corazón por eminentes poetas contemporáneos que no por eso pasaron á mejor vida. Empero no podemos dejar de observar que lo más punzante en la carta que acabamos de transcribir, es que el que la escribió debió á ella su muerte. No es hombre que diga: sufro, sino que verdaderamente hay un hombre que sufre; ni hombre que dice: me estoy muriendo. Antes bien hubo un hombre que de veras se murió. No es la anatomía estudiada sobre un pedazo de cera, ni sobre la carne muerta, sino la anatomía estudiada nervio tras nervio, fibra á fibra, vena tras vena, sobre la carne que vive, sobre la carne que se desangra, sobre la carne que da alaridos. Veis la llaga, oís los gritos. Esta carta no es cuestión literaria, ni filosófica, ni poética, ni obra de artista profundo, ni fantasía del genio, ni visión de Hoffmann, ni pesadilla de Juan Pablo, nó: es algo de real, es un hombre escribiendo en un chiribitil. Allí lo teneis enfrente de su mesa atestada de libros ingleses, con la pluma en la mano, el tintero al lado, el papel ante sí, escribiendo línea tras línea, sufriendo y diciendo que sufre,

llorando y manifestando que llora, consultando la fecha en el calendario, la hora en el péndulo, abandonando su carta, volviéndola á continuar, dejándola otra vez, encendiendo su cabo de vela para proseguirla. Luego va á comer en un restaurant á veinte sueldos, vuelve á su habitacion, tiene frio, y pónese á escribir, á veces sin saber lo que escribe, pues su cerebro vése tan traqueado por el dolor, que deja caer sus ideas confusamente sobre el papel y que se desparamen y corran en desórden, como el árbol que ve arrancadas sus hojas por el viento impetuoso.

Y si fuese dado notar el estilo agonizante de un hombre, podría hacerse mas de una observacion tocante al estilo de la carta que se ha leído. En general, las cartas que diariamente se dan á luz, cartas de grandes hombres y de personajes célebres, carecen de candidez, de indiferencia y de sencillez. Al leerlas conócese al momento que fueron escritas para que un día vieran la luz pública. M. Pablo Luis Courier hacia hasta diez y siete borradores de una esquila de quince renglones. ¡Cosa extraña, en verdad, y de la que jamás hemos podido darnos cuenta! Pero la carta de Ymbert Galloix es, á nuestro entender, una epístola verdadera, bien escrita como debe serlo toda carta fluctuante, sin trabazon, suelta, sin pretensiones á la publicidad, y muy segura de permanecer envuelta en el olvido. Es la idea que se abre paso como puede, que se presenta en su candidez sin floreos de ninguna clase, y que se fija casualmente en la frase sin temor de descomponer el pliegue. A veces la idea del autor acaba en un *etcétera*, y os deja suspenso y meditabundo. Es un hombre que sufre y comunica su sufrimiento á otro hombre. Hé aquí todo. Fijaos bien en esto: á *otro hombre*, nó á veinte, ni á diez, ni á dos, pues si el auditorio del tal poeta en vez de un amigo lo compusieran dos personas, solo dos, su carta no sería carta, sino elegía, capítulo. ¡Adios naturalidad, abandono, negligencia, realidad, verosimilitud! Presentárase la pretension á ocupar el puesto

de todo esto. Cubriríase con su harapo. Para escribir una carta como la transcrita, tan poco limada, tan punzante, tan bella, sin ser perseguido por la desgracia como Ymbert Galloix, por el solo esfuerzo de la creación literaria, necesitaríase ser un genio. Ymbert Galloix que sufre es digno de Byron.

Todas las cualidades penetrantes, metafísicas, íntimas, ese estilo las posee; así como ¡cosa notable! todas las cualidades mordaces, incisivas, pintorescas. La carta contiene varios retratos. Algunos han sido delineados muy á la carrera, conociéndose que los modelos apenas han pasado ante la vista del pintor; mas los verdaderos ¡cuán exacto parecido tienen! En general, todos son pintados de mano maestra y se destacan sobre el fondo de un modo bien poco común. Notable metamorfosis, y que prueba, por la milésima vez, que solo dos cosas hacen poeta á un hombre: el genio y la pasión. Aquel hombre que en sus biografías empleaba una prosa bastante descolorida y en sus elegías una poesía asaz lánguida, hélo aquí de repente admirable escritor en una carta. Desde el momento en que no se cura de ser prosista ni poeta, conviértese en gran poeta y en gran prosista.

Volvemos á repetirlo, esa carta no morirá. Es una amalgama de las ideas mas extraordinarias que haya tal vez producido nunca en humano cerebro la doble acción combinada del dolor físico y del dolor moral. Para aquellos que conocieron á Galloix, es una autopsia espantosa, la autopsia de un alma. Hé aquí pues lo que había en el fondo de dicha alma: la carta que se ha leído. Carta fatal, convulsiva, interminable, donde el dolor ha rezumado gota á gota durante semanas enteras, durante meses; donde un hombre que se desangra ve correr su sangre, donde un hombre que se lamenta escucha sus lamentos, donde cada palabra está empapada en una lágrima.

Al narrar la historia de un hombre como Ymbert Galloix,

no debe escribirse la biografía de los hechos sino la de las ideas. Efectivamente, ese hombre no ha obrado, ni amado, ni vivido; solo ha pensado: ha pensado, y á fuerza de pensar soñó, y soñando quedó desvanecido por el dolor. Ymbert Galloix es uno de los guarismos que servirán algun día para la solución de ese lúgubre y extraño problema: —¿Cuánto tiempo emplea en roer un cerebro el pensamiento que no puede abrirse paso y permanece encarcelado en el cráneo? — Lo repetimos: la vida de un hombre como el que nos ocupa carece de acontecimientos; solo tiene ideas. Analizada la existencia toda de semejante hombre. Con todo, hay un hecho, hecho grandioso, que domina tan lúgubre historia: *¡Un pensador que muere de miseria!* Hé aquí lo que París, ciudad de la inteligencia, ha hecho de una inteligencia. Esto es cosa digna de meditarse. En general, la sociedad trata á veces á los poetas de una manera bien singular. El papel que desempeña en la vida en ocasiones es pasivo, otras activo, pero siempre triste. En tiempos pacíficos, deja que fenezcan como Malfilâtre; en épocas de revolución, los lleva á la muerte como á Andrés Chenier.

Para nosotros, Ymbert Galloix no es solo Ymbert Galloix: es un símbolo. A nuestros ojos representa una notable porción de la generosa juventud actual. En el interior, un genio mal comprendido que la devora; exteriormente, una sociedad mal asentada que la ahoga. No hay salida posible para el genio cogido en el cerebro: no hay salida para el hombre cogido bajo la sociedad.

En general, ni los hombres que piensan ni los que gobiernan se ocupan bastante en nuestros días de esa juventud que rebosa en toda suerte de instintos y que se precipita con tan inteligente ardor y tan resignada paciencia en todas las direcciones del arte. Esa multitud de espíritus jóvenes que fermentan entre sombras necesita nuevos horizontes, aire, luz, trabajo, ancho campo. ¡Qué de cosas grandes podrian hacerse, si se quisiera, con esa legión de intelligen-

cias! ¡cuántos canales para profundizar, cuántos caminos para abrir en la ciencia! ¡cuántas provincias conquistables, cuántos mundos nuevos en el dominio del arte! Pero nó: todas las carreras están cerradas ú obstruido su paso. Déjase que todas esas actividades, tan diversas y que de tanta utilidad pudieran ser, se amontonen, se despedacen, se ahoguen en callejones sin salida. Lo que podría ser un ejército solo constituye una batahola. La sociedad no es á propósito para los recién llegados. Sin embargo, todo hombre de genio tiene derecho á crearse un porvenir. Bien triste cosa es el ver á todas esas jóvenes inteligencias apenadas, fija la mirada en la luminosa ribera donde se ostentan tantas cosas resplandecientes, gloria, poderío, renombre, fortuna, empujándose en la márgen oscura, como las sombras de Virgilio,

Palus in amabilis unda
Alligat, et novies Styx ititerfusa coeracet.

La Estigia, para el pobre jóven artista desconocido, es el editor que dice, al devolverle su manuscrito: Dése usted á conocer. Es el director de teatros que dice: Dése usted á conocer. Y el museo que repite: Dése usted á conocer. ¡Ah! pero ¡dejad que empiecen! ¡ayudadlos! Los que hoy dia son célebres, ¿acaso no han salido de la oscuridad? ¿Y cómo se adquiere una reputacion por grande que sea el genio, sin museo para el cuadro, sin teatro donde representar la produccion dramática, sin editor para el libro? Para que pueda volar el pájaro, no le bastan sus alas; necesita aire.

Por lo que á nosotros toca, creemos que, en el arte sobre todo, donde un fin desinteresado ha de apasionar á todos los genios, es deber de los que están arriba allanar el camino á los que intenten subir. Os encontrais en la cúspide, tanto mejor: dad la mano á los que trepan. Digámoslo en honra de las letras; en general, siempre ha sido así. No podemos creer en la existencia real de esas á modo de arañas litera-

rias que tienden su tela, dicese, á la puerta de los teatros, por ejemplo, y que se lanzan desapiadadamente sobre todo pobre jóven oscuro que pasa por allí con un manuscrito debajo del brazo. Que así se arranquen las alas á la mosca, el renombre, la obra y hasta el dinero al desdichado poeta desconocido é impotente, en honor de todos los que escriben para el público queremos ignorarlo, á ser verdad, y no creemos que lo sea. Para el que escribe estas lineas, todo poeta que empieza es considerado como cosa sagrada. Por mezquino que sea el puesto que personalmente ocupe en la literatura, siempre se apartará para que haga sus pruebas un jóven. ¿Sabeis acaso si ese pobre estudiante á quien codeais no llegará algun dia á ser un Schiller? A nuestro modo de ver, todo colegial que hace círculos ó tira lineas en la pared, tal vez sea un Pascal; todo niño que bosqueja un perfil en la arena, podrá llegar á ser un Giotto.

Y luego, opinamos que las generaciones presentes tienen un alto destino que cumplir. Este siglo ha hecho cosas grandes por medio de la espada, y hará asimismo cosas grandes con la pluma. Falta que produzca un grande hombre literario de la talla de su grande hombre político. Preparemos, pues, el camino. Abramos las lilas.

Toda era grande tiene dos fases; todo siglo es un binomio, $a + b$, el hombre de accion, mas el hombre de idea, que se multiplican el uno por el otro y expresan el valor de su tiempo. El hombre de accion, mas el hombre de idea; el hombre de la civilizacion, mas el hombre del arte; Lutero, mas Shakspeare; Richelieu, mas Corneille; Cromwell, mas Mil—ton; Napoleon, mas lo *desconocido*. ¡Dejad, pues, que se abra paso lo Desconocido! Hasta ahora solo teneis un perfil de este siglo, Napoleon; dejad dibujarse el otro. Despues del emperador, el poeta. La fisonomía de esta época no será prefijada hasta tanto que la Revolucion francesa, que ha adquirido la robustez del hombre en la sociedad bajo la forma de Bonaparte, no alcance idéntica robustez en el arte. Y esto

acontecerá. Nuestro siglo todo se encuadrará y
pendrarse en perspectiva entre esas dos grandes vías
paralelas, la del soldado y la del escritor, una todo
accion, la otra todo idea, que se explicarán y
comentarán incesantemente la una por la otra.
Marengo, las Pirámides, Austerlitz, la Moskowa, Mon-
tereau, Waterloo, ¡qué epopeyas! Napoleon tiene sus
poemas; el poeta tendrá sus batallas. ¡Que venga,
pues, el poeta! y repitamos esta exclamacion sin
descanso. Que salga de las filas de esa juventud,
donde todavía yace, sumida la frente en la oscuridad,
que salga ese predestinado que debe, en combinacion
algun día con Napoleon, segun la misteriosa álgebra de
la Providencia, dar al porvenir completada la fórmula
general del siglo diez y nueve.

LORD BYRON.

(Con motivo de su muerte)

Estamos en el mes de junio de 1821. Lord Byron acaba de morir.

Pregúntasenos lo que pensamos sobre lord Byron, y tocante á lord Byron difunto. ¿Qué vale nuestra opinion? ¿Para qué manifestarla, á no ser que se suponga que es imposible á quien quiera que sea no decir algunas palabras dignas de ser recogidas en presencia de tan gran poeta y de suceso tan grande? Si hemos de dar crédito á las ingeniosas fábulas de Oriente, toda lágrima que cae al mar conviértese en perla.

En medio de la existencia peculiar que debemos á nuestra aficion á las letras, en la pacífica region en que nos ha colocado el amor de la independencía y de la poesía, la muerte de lord Byron debió herirnos, en cierto modo, como una calamidad doméstica. Ha sido para nosotros una de esas desdichas que nos tocan de cerca. El hombre que ha dedicado sus dias al culto de las letras, siente el círculo de su vida física estrecharse á su alrededor, al propio tiempo que se ensancha la esfera de su existencia intelectual. Un reducido número de seres queridos ocupan las ternuras de su corazon, mientras que todos los poetas, muertos y contemporáneos, extranjeros y compatriotas, apodéranse de los afectos de su alma. La naturaleza hábale dado una familia, la poesía créale otra nueva. Sus simpatías, que tan pocos seres despiertan á su derredor, corren en pos, á través el torbellino de las relaciones sociales, al otro lado de los campos y del

espacio, de algunos hombres que comprende y de que se siente digno de ser comprendido. Mientras que en la rotacion monótona de los hábitos y de los negocios, la muchedumbre de los indiferentes lo magulla y lo ofende sin despertar su atencion, establécense entre él y los contados hombres que su inclinacion ha elegido, íntimas relaciones y comunicaciones, por decirlo así, eléctricas. Dulce comunidad de ideas liga, con lazo invisible é indisoluble , á esos séres privilegiados, aislados en su planeta como él lo está en el suyo; de suerte que, cuando casualmente llega á encontrarse con uno de ellos, bástales una mirada para revelarse entre sí; una palabra, para penetrar mútuamente el fondo de sus almas y reconocer su equilibrio; y, pasados algunos instantes, esos dos extranjeros trátanse como dos hermanos amamantados en unos mismos pechos, como dos amigos probados por el mismo infortunio.

Que nos sea permitido decirlo, y si fuese preciso alabarnos de ello: una simpatía como la que acabamos de indicar nos arrastraba hácia lord Byron. No era ciertamente el atractivo que el genio inspira al genio, pero sí un sentimiento sincero de admiracion, de entusiasmo y de reconocimiento; pues debemos estar reconocidos á aquellos hombres cuyas obras y actos hacen latir noblemente el corazon. Cuando nos fue anunciada la muerte de aquel poeta, pareciónos que nos arrancaban parte de nuestro porvenir. Con toda la amargura de que es susceptible nuestro corazon renunciamos á la esperanza de entablar con Byron una de esas poéticas amistades que tanto nos complacemos en mantener con casi todos los principales ingenios de nuestra época, y le dirigimos ese precioso verso con que un poeta de su escuela saludaba la sombra generosa de Andrés Chenier:

Adios pues, jóven amigo, á quien no he conocido.

Ya que se nos ha escapado una frase sobre la escuela particular de lord Byron, no estará tal vez fuera de propósito

examinar aquí qué lugar ocupa en el conjunto de la literatura actual, á la que se ataca cual si pudiera ser vencida, y se la calumnia como si fuese posible condenarla. Espíritus falsos, hábiles para sacar de su centro todas las cuestiones, tratan de acreditar entre nosotros un error bien singular. Han imaginado que la sociedad actual veíase retratada en Francia por dos literaturas enteramente contrarias, es decir, que el mismo árbol daba á la vez sin esfuerzo dos frutos de especie distinta, que la misma causa producía simultáneamente dos efectos incompatibles. Mas esos enemigos de toda innovacion ni siquiera han notado que creaban con esto una lógica del todo nueva, y diariamente tratan á la literatura que nombran clásica como si viviera todavía, y la que llaman romántica cual si estuviese próxima á desaparecer. Esos doctos retóricos, que incesantemente se proponen cambiar lo existente con lo que no existe, recuérdannos involuntariamente el Rolando loco del Ariosto que suplica con toda gravedad á un transeunte que acepte un jumento muerto á cambio de un caballo vivo. Verdad es que Rolando conviene en que está muerto su jumento, cuidándose de añadir que este es su único defecto. Empero los Rolandos del pretendido género clásico aun no han llegado á tal altura tocante á juicio y buena fé. Será preciso, pues, arrebatárles lo que no quieren conceder, y declararles que en la actualidad solo existe una literatura así como solo existe una sociedad; que las literaturas anteriores, si bien nos han dejado monumentos inmortales, tuvieron que desaparecer y desaparecieron con las generaciones cuyos hábitos sociales y emociones políticas pintaron. El genio de nuestra época puede ser tan bello como el de las épocas mas ilustres, pero nó idéntico; ya no depende de los escritores contemporáneos resucitar una literatura (1) fuera de moda, así como no está en manos del jar-

(1) Conviene no perder de vista, al leer esto, que por las palabras literatura de un siglo ha de entenderse, no solo el conjunto de obras producidas durante dicho siglo, sino tambien el órden general de ideas y de sentimientos que (las mas de las veces sin noticia de los mismos autores) presidiera á su composicion.

dinero hacer reverdecer las hojas otoñales en las ramas de primavera.

No hay que formarse ilusiones: es vana tarea, sobre todo, que un corto número de espíritus mezquinos traten de encauzar las ideas generales hácia el pernicioso sistema literario del pasado siglo. Ese terreno, naturalmente árido, hace tiempo que nada produce. Por otra parte, no es posible revivir los madrigales de Dorat despues de las guillotinas de Robespierre, ni tampoco es dado resucitar á Voltaire en el siglo de Bonaparte. La literatura real de nuestros días, aquella que se proscribe á los autores al modo de Arístides; aquella que, repudiada por todas las plumas, es adoptada por todas las liras; aquella que, á pesar de una persecucion vasta y calculada, ve abrirse todos los talentos en su esfera tempestuosa, como esas flores que solo medran en sitios azotados por el aquilon; aquella, en fin, que, reprobada por los que sentencian sin meditar, es defendida por cuantos piensan con el alma, juzgan con el espíritu y sienten con el corazon, esta literatura no tiene el porte blando y descarado de la musa que cantó al cardenal Dubois, halagó á la Pompadour y ultrajó á nuestra Juana de Arco. Esta literatura no interroga ni el crisol del ateo, ni el escarpelo del materialismo; esta literatura no pide prestado al escepticismo la balanza de plomo cuyo equilibrio destruye el interés y solo el interés; esta literatura no produce en las orgías cantos incitando al degüello; esta literatura no conoce la adulacion ni la injuria; esta literatura no presta seducciones á la mentira, no roba su encanto á las ilusiones. Extraña á cuanto no constituye su verdadero fin, bebe la poesía en las fuentes de la verdad. Su imaginacion fecundízase por medio de las creencias. Ella sigue los progresos del tiempo, pero con

grave y reposado paso. Su carácter es sério, melodiosa y sonora su voz. Ella es, en una palabra, lo que debe ser el pensamiento comun de una gran nacion al término de grandes calamidades: triste, altiva y religiosa. Cuando es preciso, no titubea en mezclarse con las públicas discordias para juzgarlas ó aquietarlas. Porque ya no estamos en tiempo de las canciones bucólicas, y no será la musa del siglo diez y nueve la que pueda decir:

Non me agitant populi fasces, aut purpura regum.

Sin embargo, esta literatura, así como todas las cosas humanas, presenta en su misma unidad su lado sombrío y su lado consolador. En su seno háñese formado dos escuelas, que representan la doble situacion en que han dejado nuestro ánimo las desdichas políticas: la resignacion y el abatimiento. Ambas reconocen lo que negara una filosofia burlona, la eternidad de Dios, el alma inmortal, las verdades primordiales y las verdades reveladas; empero ésta para adorar, aquélla para maldecir. Una lo ve todo desde las regiones celestes, la otra desde los profundos infiernos. La primera coloca en la cuna del hombre un ángel que todavía ve cernerse sobre su lecho de muerte; la otra rodea sus pasos de espíritus infernales, de fantasmas y de apariciones siniestras. La primera dícele que confie, porque nunca está solo; la segunda atemorízalo y lo aísla incesantemente. Las dos poseen en idéntico grado el arte de bosquejar escenas graciosas y de dibujar terribles siluetas; mas la primera, atenta á no desgarrar nunca el corazon, imprime á los mas sombríos cuadros cierto reflejo divino; la segunda, cuidando siempre de entristecer, exparce sobre las imágenes mas risueñas un á modo de resplandor infernal. La una, en fin, aseméjase á Emanuel, dulce y fuerte, recorriendo su reino en un carro tirado por el rayo y por la luz; la otra es ese soberbio Sata-

nás (1) que tantas estrellas arrastró en su caída al ser precipitado del cielo á la tierra. Esas dos escuelas gemelas, fundadas bajo una misma base, y nacidas por así decir en la misma cuna, parécennos especialmente representadas en la literatura europea por dos genios ilustres: Chateaubriand y Byron.

Al vernos libres de nuestras prodigiosas revoluciones, dos órdenes políticos luchaban en un mismo terreno. Una sociedad vetusta acababa de hundirse, y empezaba á levantarse otra sociedad nueva. Aquí ruinas, mas allá bosquejos. Lord Byron, en sus fúnebres lamentos, ha expresado las postreras convulsiones de la sociedad agonizante. M. de Chateaubriand, con sus inspiraciones sublimes, satisfizo las primeras necesidades de la sociedad reanimada. La voz del uno es como el canto del cisne á la hora de su muerte; la del otro parece al canto del ave fénix renaciendo de sus cenizas.

Por la tristeza de su genio, por el orgullo de su carácter, por las tempestades de su vida, lord Byron es el tipo del género de poesía cuyo cantor fue. Todas sus obras llevan el sello profundo de su individualidad. Aparecese siempre cual figura sombría y altiva que el lector ve pasar en cada poema como á través de negro crespon. Sujeto algunas veces, lo mismo que todos los pensadores profundos, á lo vago y oscuro, tiene frases que sondan completamente el alma, suspiros que relatan toda una existencia. Parece que su corazón se entreabre á cada idea que brota como un volcán vomitando el rayo. El dolor, la alegría, las pasiones, no constituyen un misterio para él, y si solo deja ver los objetos reales á través de un velo, ofrece desnudas de sus atavíos las regiones ideales. Puede reprochársele que descuida completamente el orden de sus poemas, defecto grave, pues un poema que

(1) Es este un sencillo parangón que no basta á justificar el título de *escuela satánica* con que ha bautizado un hombre de talento á la escuela de lord Byron.

carece de orden es un edificio sin armadura ó un cuadro sin perspectiva. Asimismo lleva demasiado lejos el lírico desde las transiciones, y en ocasiones se desearía que ese pintor tan fiel de las emociones interiores arrojase sobre las descripciones físicas resplandores menos fantásticos y tintas no tan vaporosas. Con harta frecuencia su genio aseméjase á un paseante sin direccion fija que sueña mientras va andando, y que, absorto en una intuición profunda, solo conserva una idea confusa de los sitios que ha recorrido. Sea como fuere, aun en sus obras menos bellas, aquella imaginación caprichosa elevase á alturas donde no es dado llegar sin estar provisto de alas. Aunque fije el águila sus ojos en la tierra, no se borra por eso su mirada sublime cuyo alcance la lleva á abarcar el sol (1). Háse pretendido que el autor de *Don Juan*

(1) En el momento en que toda Europa tributa un ruidoso homenaje al genio de lord Byron, proclamado grande hombre desde el día en que murió, los que nos lean verán con curiosidad algunas frases del notable artículo con que la *Revista de Edimburgo*, acreditado periódico, saludó al ilustre poeta en los albores de su carrera. Por otra parte, el mismo tono emplean ciertos periódicos mañana y tarde tocante á los primeros talentos de nuestra época.

«Las poesías de nuestro jóven lord están clasificadas entre las que no son toleradas ni por los dioses ni por los hombres. Sus inspiraciones son tan llanas, que pudieran compararse al agua de un estanque. Como si quisiera encontrar una excusa á su imprevision, el noble autor no cesa de repetir que todavía no ha llegado á su mayor edad... Tal vez quiera decirnos: «¡Ved cómo escribe un menor!» Pero ¡ah! Todos recordamos los versos que hacia Cowley á la edad de diez años, y los de Pope cuando solo contaba doce. Léjos de sorprendernos que un colegial haya escrito unos cuantos malos versos al abandonar el colegio, creemos el hecho muy vulgar, y que de diez colegiales nueve pueden hacer tanto ó mas que lord Byron.

»Únicamente esta consideración (el rango del autor) nos mueve á ceder un lugar en nuestras columnas para las elucubraciones de lord Byron, además del deseo de aconsejarle que abandone la poesía empleando mejor su talento.

»Así pues, dirémosle que la rima y el número de piés, aunque éste fuese

siempre regular, no constituyen toda la poesía; quisiéramos se persuadiera de que son indispensables un poco de ingenio y de imaginación, y que para ser leído hoy día un poema, requiérese que encierre alguna idea nueva ó expresada de modo que lo parezca.

»Lord Byron debiera asimismo guardarse de intentar lo que otros grandes poetas han probado antes que él, pues nunca son agradables las comparaciones, como ha tenido ocasion de enseñárselo su maestro caligráfico.

»En cuanto á sus imitaciones de la poesía osiánica, estamos tan poco versados en ella, que nos arriesgaríamos á criticar el estilo Macpherson puro si intentásemos dar nuestra opinion sobre las rapsodias de este nuevo imitador... Cuanto podemos decir aquí es que tienen un tinte *macphersoniano*; y seguros estamos de que son tan estúpidas y fastidiosas como las de nuestro compatriota.

»Gran parte del volúmen está consagrado á inmortalizar las ocupaciones del autor durante su educacion. Nos pesa tener que dar una mala idea de la salmodia del colegio citando estas estancias áticas:... (Aquí la cita.)

«Mas, sea cual fuere el juicio que nos merezcan las poesías del noble

menor, parécenos que debemos tomarlas como las encontramos y con

tentarnos con ellas: serán las últimas que de él recibamos...

Obtenga ó nó buen éxito en su empresa, no es probable que condescienda de nuevo á figurar como autor. Tomemos, pues, lo que se nos ofrece y mostrémonos reconocidos. ¿Con qué derecho andariamos con melindres, miseros de nosotros? Mucho nos honra un hombre de la clase del noble lord distinguiéndonos con los productos de su imaginacion. Mostrémonos reconocidos, lo repetimos, y añadamos con el buen Sancho: «¡Que Dios bendiga al que nos dá! A caballo presentado no hay que mirarle el diente.»

Lord Byron vengóse de ese despreciable fárrago de lugares comunes, tema perpétuo que la envidiosa medianía reproduce incesantemente contra el genio. Los autores de la *Revista de Edimburgo* viéronse obligados á reconocer su talento hostigados por los golpes de su acerba sátira. El ejemplo no es de despreciar; sin embargo, confesamos que mas nos hubiera agradado ver á lord Byron pagar el insulto con el desden. Si no era este el consejo que le dictaba su interés, hubiese sido á lo menos propio de su dignidad.

pertenecía, por uno de los rasgos de su ingenio, á la escuela del autor de *Cándida*. ¡Error! hay grandísima diferencia entre la risa de Byron y la risa de Voltaire. Voltaire no había sufrido como el bardo inglés.

Esta seria ocasion de entrar en algunos detalles sobre la tormentosa vida del noble poeta: mas, en la incertidumbre en que nos encontramos tocante á las causas reales de las desdichas domésticas que agriaron su carácter, preferimos callarnos, temerosos de que nuestra pluma se extravie sin quererlo. Solo conocemos á lord Byron por sus poemas, y nos halaga suponer su existencia en consonancia con su alma y su genio. Como todos los hombres superiores, no cabe duda que ha sido el blanco de la calumnia. A ésta, pues, atribuimos los rumores injuriosos que por tanto tiempo fueron unidos al nombre ilustre del poeta. Por otra parte, aquélla que recibiera la ofensa hála sin duda olvidado al pié de la tumba del poeta. Confiamos en que le habrá perdonado, pues figuramos en el número de los que piensan que el ódio y la venganza quedan desarmados ante la losa de un sepulcro.

Y nosotros, perdonémosle tambien sus fallas, sus errores, y hasta aquellas obras en que pareció descender de la doble altura de su carácter y de su talento; perdonémosle, ¡murió tan noblemente! ¡fue tan meritoria su caída! En aquellos momentos asemejábase á un bélico representante de la musa moderna en la patria de las musas antiguas. Generoso auxiliar de la gloria, de la religion y de la libertad, habia puesto su espada y su lira al servicio de los descendientes de los primeros guerreros y de los primeros poetas; y ya el peso de sus laureles hacia inclinar la balanza en favor de los desdichados helenos. Nosotros le debemos, en particular, profundo reconocimiento. Lord Byron probó á la Europa que los poetas de la nueva escuela, aunque adoren mas á los dioses de la Grecia pagana, admiran siempre á sus héroes, y que si desertaron del Olimpo, siquier no dieron el último adios á las Termópilas.

La muerte de Byron ha sido recibida en todo el continente con señaladas muestras de dolor universal. El cañon de los griegos saludó por largo tiempo sus restos mortales, y el luto nacional consagró la pérdida de ese extranjero entre las

públicas calamidades. Las orgullosas puertas de Westminster hánse abierto como por sí mismas, para que la tumba del poeta honrara el sepulcro de los reyes. ¿Nos atreveremos á decirlo? En medio de tan gloriosas muestras de la aflicción general, nos fijamos en el solemne testimonio de entusiasmo que tributaba París, capital de la Europa, á la heróica sombra de Byron, y hemos visto el símbolo de la locura insultando su lira y unas míseras tablas ultrajando su ataud (1).

(1) Pocos días despues de recibida la noticia de la muerte de lord Byron, representábase, en un teatro del boulevard cuyo nombre no recuerdo en estos momentos, cierta bufonada de mal tono y peor gusto, donde la personalidad del noble poeta aparece en escena bajo el ridículo nombre de *lord Tres Estrellan*.

WALTER SCOTT

(A propósito de Quentin Durward.)

Indudablemente que hay algo de singular y maravilloso en el talento de este hombre, que dispone del lector así como el viento dispone de las hojas de los árboles; que le pasea á su gusto por todos los sitios y por todas las épocas; presentándole, sin esfuerzo, el pliegue mas recóndito del corazón y el mas misterioso fenómeno de la naturaleza, lo mismo que la página mas oscura de la historia; cuya imaginación domina y acaricia todas las imaginaciones, reviste con la misma sorprendente verdad el harapo del mendigo y la púrpura del rey, toma todos los continentes, adopta todas las vestimentas, habla todos los idiomas; deja á la fisonomía de los siglos lo que la sabiduría de Dios ha dado de inmutable y de eterno á sus facciones, y lo que las locuras de los hombres han impreso en ellas de variable y de pasajero; no fuerza, como acostumbran ciertos novelistas ignorantes, á los personajes de pasados tiempos á iluminarse con nuestro afeite, y á frotarse con nuestro barniz, sino que obliga con su mágico poder á los lectores contemporáneos á empaparse, siquiera por algunas horas, en el espíritu, tan desdeñado actualmente, de los viejos tiempos, lo mismo que un discreto y hábil consejero que invita al hijo ingrato á volver al paterno hogar. Sin embargo, el hábil mágico quiere ante todo ser exacto. No niega á su pluma la verdad, ni aun aquella que nace de la

pintura del error, esa hija de los hombres que sería dado suponer inmortal si su humor caprichoso y voluble no nos consolaba tocante á su eternidad. Pocos historiadores hay tan fieles como el novelista que nos ocupa. Presiéntese que ha querido que sus retratos fueran cuadros y los cuadros retratos. Nos pinta á nuestros antepasados con sus pasiones, sus vicios y sus crímenes, empero de suerte que la inestabilidad de las supersticiones y la impiedad del fanatismo hagan resaltar mejor la perennidad de la religion y la santidad de las creencias. Por otra parte, agrádanos ver á nuestros ascendientes con sus preocupaciones, amenudo tan nobles y saludables, lo mismo que con sus magníficos plumeros y sus buenas corazas.

Walter Scott ha sabido beber en las fuentes de la naturaleza y de la verdad un género desconocido, que es nuevo porque se torna tan antiguo como se quiere. Walter Scott emparenta á la minuciosa exactitud de las crónicas la majestuosa grandiosidad de la historia y el interés apremiante de la novela; genio poderoso y notable que adivina el pasado; pincel verdadero que traza un retrato fiel teniendo por modelo confusa sombra y nos fuerza á reconocer aun aquello que no hemos visto; espíritu flexible y sólido que se apodera del sello peculiar de cada siglo y de cada país, cual blanda cera, y conserva esa impresion para la posteridad como un bronce indeleble.

Pocos escritores han llenado tan bien como Walter Scott los deberes del novelista relativamente á su arte y á su siglo; pues error casi culpable sería en el literato creerse por encima del interés general y de las necesidades nacionales, y eximir su espíritu de toda accion tocante á los contemporáneos, aislando su vida egoísta de la grande vida del cuerpo social. ¿Quién se sacrificará, pues, si no es el poeta? ¿Qué voz se levantará en medio de la tempestad, á no ser la de la lira que puede apaciguarla? ¿Y quién desafiará los ódios de la anarquía y los desdenes del despotismo, sino aquel á quien la

sabiduría antigua atribuía el poder de reconciliar á los pueblos y á los reyes, al par que la moderna sabiduría hále dado el de dividirlos?

Así pues, Walter Scott no emplea su talento en empalagosas galanterías, en mezquinas intrigas ni en turbias aventuras. Avisado por el instinto de su gloria, comprendió que se requería algo mas para una generacion que acaba de escribir con su sangre y con sus lágrimas la mas extraordinaria página de todas las historias humanas. Los tiempos que inmediatamente precedieron y siguieron á nuestra revolucion convulsiva, reducíanse á esos periodos de prostracion que el calenturiento experimenta antes y despues del acceso. Entónces los libros mas atroces, los mas estúpidamente impíos, los mas monstruosamente obscenos, eran devorados con avidez por una sociedad enfermiza, cuyos depravados gustos y abotagadas facultades hubieran rechazado todo alimento apetitoso y saludable. Esto explica los triunfos escandalosos adjudicados en aquel tiempo por los plebeyos de los salones y los patricios de los puestecillos á escritores ineptos ó licenciosos que nos desdeñaríamos de citar, los cuales están reducidos ahora á mendigar los aplausos de los lacayos y las sonrisas de las prostitutas. Actualmente las masas no distribuyen la popularidad, sino que procede ésta de la única fuente que puede imprimirle un carácter de inmortalidad así como de universalidad, del sufragio de ese reducido número de espíritus delicados, de almas exaltadas y de pensamientos sérios que moralmente representan á los pueblos civilizados. Esto es lo que ha obtenido Scott pidiendo prestadas á los anales de las naciones composiciones adecuadas á todos los pueblos, desenterrando de los fastos de los siglos libros escritos para todos los siglos. Ningun novelista ha ocultado mas enseñanza bajo irresistible encanto, mas verdad bajo el ropaje de la ficcion. Hay visible alianza entre la forma que le es propia y todas las formas literarias del pasado y del porvenir, y seria dado considerar las novelas épicas de Scott co-

mo una transición de la literatura actual á las novelas grandilocuentes, á las grandes epopeyas en verso ó en prosa que nuestra era poética nos promete y nos dará.

¿Cuál debe ser la mente del novelista? Expresar en una fábula interesante útil verdad. Y una vez escogida esa idea fundamental é inventada esa acción explicativa, ¿por ventura no ha de buscar el autor, para desarrollarla, alguna explicación que haga verosímil su novela asemejándola á la vida real, y la imitación parecida al modelo? ¿Y no es la vida un drama extraño donde andan mezclados lo bueno y lo malo, lo hermoso y lo feo, lo alto y lo bajo, ley cuyo poder solo espira fuera de la creación? ¿Habrà, pues, que limitarse á componer, como ciertos pintores flamencos, cuadros enteramente tenebrosos, ó, al igual de los chinos, escenas del todo luminosas, cuando la naturaleza muestra por doquiera la lucha de la sombra y de la luz? Los novelistas anteriores á Walter Scott habían adoptado en general dos métodos de composición contrarios. Unos daban á su obra la forma de una narración dividida arbitrariamente en capítulos, sin que se adivinara demasiado el porqué, ó únicamente para dar descanso al espíritu del lector, como lo confiesa con harta candidez el título de *Descanso* que se lee á la cabeza de cada capítulo en una obra antigua española (1); otros desenvolvían su fábula en una serie de cartas que se suponían escritas por los diversos actores de la novela. En la narración desaparecían los personajes, y lo único que se mostraba constantemente era la personalidad del autor: en las cartas éste se eclipsa y solo pone en evidencia sus personajes. El novelista narrador no puede introducir el diálogo natural, la acción verdadera; ha de sustituirlo con cierto movimiento monótono de estilo semejante á una rueda de molino donde los acontecimientos más distintos toman la misma forma, y bajo la que desaparecen las creaciones más

(1) El escudero Márcos de Obregon.

elevadas, las invenciones mas profundas, así como las asperezas de un campo se allanan bajo el rodillo. En la novela epistolar, dicha monotonía deriva de otra causa. Cada personaje llega á su vez con su epístola, al modo de esos actores forasteros que, no siéndoles dado presentarse sino uno despues del otro, y no teniendo permiso de hablar encima de las tablas, presentanse sucesivamente, ostentando en su cabeza un gran rótulo en el que el público puede leer el papel que desempeñan en la comedia. La novela epistolar puede compararse asimismo á esas laboriosas conversaciones de sordomudos que se escriben recíprocamente lo que tienen que decirse, de suerte que su cólera ó su alegría está obligada á empuñar constantemente la pluma ó á guardar el tintero en el bolsillo. Así pues, pregunto yo: ¿á qué queda reducido el propósito de un tierno reproche que hay que echar al correo? ¿y la fogosa explosion de las pasiones no se ve un poco reprimida entre el preámbulo obligado y la fórmula cortés de los cumplidos, el bagaje de la urbanidad acelerando el progreso del interés y apresurando la marcha de la acción? Finalmente, ¿no ha de suponerse algun vicio radical é insuperable en un género de composición que en ocasiones ha bastado á enfriar la elocuencia misma de Rousseau?

Supongamos, pues, que á la novela narrativa, en la que diríase se ha pensado en todo excepto en el interés, adoptando la absurda costumbre de hacer preceder cada capítulo de un sumario, amenudo muy detallado, que es como el relato del relato; supongamos que á la novela epistolar, cuya misma forma impide toda vehemencia y rapidez, un espíritu creador sustituye la novela dramática, en la cual la acción imaginaria se desenvuelve en cuadros verdaderos y variados, así como se desenvuelven los sucesos reales de la vida; que no conozca mas división que la de las distintas escenas que han de desarrollarse; que, en fin, sea un drama dilatado, donde las descripciones hagan las veces de decoraciones y de trajes, donde los personajes se retraten á sí

mismos, representando, por medio de sus diversos y múltiples choques, todas las formas de la idea única de la obra. En ese nuevo género encontrareis reunidas las ventajas de dos géneros ya viejos, sin sus inconvenientes. Pudiendo disponer de los resortes pintorescos, y hasta cierto punto mágicos del drama, os será dado dejar entre bastidores esos mil detalles ociosos y transitorios que el simple narrador, obligado de seguir á sus actores paso á paso, como al niño que lleva andadores, debe exponer extensamente si quiere ser claro; y podreis aprovecharos de esos rasgos profundos y súbitos, mas fecundos en meditaciones que páginas enteras, que produce el movimiento de una escena, si bien excluye la rapidez de una narracion.

Despues de la novela pintoresca pero prosáica de Walter Scott, falta crear otra novela, mas bella y completa, segun nuestra opinion, á saber: la novela á la vez drama y epopeya, pintoresca pero poética, real pero ideal, verdadera pero grande, que engastará á Walter Scott en Homero.

Como todo creador, Walter Scott ha sido perseguido hasta estos momentos por inextinguibles criticos. Preciso es que todo el que desbroce un pantano se resigne á oír á su alrededor el desapacible canto de las ranas.

Por lo que á nosotros toca, llenamos un deber de conciencia colocando á Walter Scott á grande altura entre los novelistas, y en particular concedemos muy distinguido puesto entre las novelas á la titulada: *Quentin Durward*. Es un libro precioso. Con dificultad se encontraría una novela mejor hilvanada, y de efectos morales mas enlazados con los efectos dramáticos.

El autor ha querido demostrar, á nuestro entender, que la lealtad, aunque se albergue en pecho oscuro, jóven y pobre, alcanza mas fácilmente su objeto que la perfidia, mas que se vea auxiliada de todos los recursos del poder, de la riqueza y de la experiencia. El primero de estos papeles hálo confiado á su escocés Quentin Durward, huérfano lan-

zado en medio de los mayores escollos y de los lazos mejor preparados, sin mas brújula que un amor propio desmesurado; empero, muchas veces el amor conviértese en virtud al asemejarse á la locura. El segundo papel desempeñalo Luis XI, rey mas diestro que el mas diestro cortesano, viejo zorro con garras de leon, poderoso y perspicaz, á quien se sirve entre sombras lo mismo que á la luz del dia, escudado incesantemente con su guardia como con formidable escudo y que tiene por espada sus verdugos. Estos dos personajes, tan distintos entre sí, resistense el uno al otro, expresando la idea fundamental con una verdad altamente notable. Prestando estrecha obediencia al rey el leal Quentin, sirve, sin saberlo, sus propios intereses, mientras que los proyectos de Luis XI, de que habia de ser á un tiempo instrumento y víctima Quentin, vuélvense simultáneamente en contra del astuto anciano y en favor del jóven sencillo.

Un exámen superficial pudiera dar á entender á primera vista que el primitivo intento del poeta estriba en el contraste histórico, pintado con tanto talento, del rey de Francia Luis de Valois y del duque de Borgoña Cárlos el Temerario. En efecto, este precioso episodio es tal vez un defecto en la composicion de la obra, ya que rivaliza en interés con el mismo asunto; mas dicha falta, dado caso de que exista, nada quita á lo que de imponente y cómico ofrece en conjunto esa oposicion de los dos príncipes, uno de los cuales, déspota blando y ambicioso, desprecia al otro, tirano duro y aguerrido, que ¿atreverse le miraría con desden. Ambos se aborrecen; empero Luis desafía el ódio de Cárlos porque es rudo y salvaje, y Cárlos teme la malquerencia de Luis por lo que tiene de acariciadora. El duque de Borgoña, en medio de su campo y de sus Estados, se inquieta junto al rey de Francia, indefenso, como el sabueso al olfatear el gato. La crueldad del duque nace de sus pasiones, la del rey procede de su carácter. El borgoñon es leal porque es violento: nunca ha tratado de ocultar sus malas acciones;

carece de remordimientos, pues háse olvidado de sus crímenes lo mismo que de sus arrebatos. Luis es supersticioso, tal vez porque es hipócrita; no basta la religion para aquel á quien atormenta la conciencia y que no quiere arrepentirse: empero, por mas que dé crédito á impotentes expiaciones, la memoria del mal que ha causado vive sin cesar en él junto á la idea del mal que va á hacer, pues siempre acude á nuestra mente lo que se ha meditado largo tiempo, y el crimen, cuando ha sido un deseo ó una esperanza, conviértese asimismo en recuerdo. Los dos príncipes son devotos; pero Cárlos jura por su espada antes de jurar por Dios, mientras que Luis trata de ganarse el afecto de los santos por medio de dádivas metálicas ó cargas de córte, mezcla la diplomacia con las oraciones, y hasta intriga con el cielo. En caso de guerra, Luis todavía examina sus peligros cuando Cárlos descansa ya de las fatigas de la victoria. La política del Temerario está en su brazo, solo en su brazo, empero la mirada del rey alcanza mas léjos que el brazo del duque. En fin, Walter Scott prueba, poniendo en juego á los dos rivales, cuánta mas fuerza tiene la prudencia que la audacia, y cómo aquel que nada parece temer tiene miedo al que diríase que todo lo teme.

¡Con qué arte nos pinta el ilustre escritor al rey de Francia presentándose, con refinada sutileza, en casa de su lindo primo el borgoñon, y pidiéndole hospitalidad en el momento en que el orgulloso vasallo se dispone á declararle la guerra! ¿Y háse visto nada mas dramático que la noticia de una rebelion fomentada en los Estados del duque por los agentes del rey, cayendo como el rayo entre los dos príncipes en el preciso momento en que departen al parecer amistosamente sentados ante una misma mesa? Así el engaño vése descubierto por el engaño, y el prudente Luis ha venido á entregarse inconscientemente é indefenso á la venganza de un enemigo justamente irritado. Algo dice la historia de todo esto; mas en el presente caso quiero creer á la novela y nó

á la historia, pues prefiero la verdad moral á la verdad histórica. Una escena tal vez mas notable, es aquella en que los dos príncipes, que no han bastado á reconciliar los mas prudentes consejos, reanudan su amistad por un acto de crueldad que el uno imagina y el otro pone en ejecucion. Por primera vez riense juntos cordial y alegremente, y aquella risa, excitada por un suplicio, borra momentáneamente su inquina. Idea tan terrible hace estremecer de admiracion.

Hemos oido criticar, como horrorosa y repugnante, la pintura de la orgía. En nuestro concepto es uno de los mas bellos capitulos del libro que nos ocupa. Intentando Walter Scott pintar al famoso bandolero apellidado el Jabalí de los Ardennes, habría echado á perder su cuadro si no excitara el horror. Es preciso emprender con franqueza una accion dramática, y buscar en todo el fondo de las cosas. Ahí están la emocion y el interés. Los espíritus tímidos son los únicos que capitulan con una concepcion fuerte y retroceden á la vista del camino que se trazaron.

Conforme al mismo principio, nos proponemos justificar otros dos pasajes, los cuales parécennos igualmente dignos de meditacion y de aplauso. El primero es la ejecucion de ese Hayraddin, extraño personaje del que tal vez hubiese podido sacar mas partido el autor. El segundo es el capítulo en que el rey Luis XI, detenido por órden del duque de Borgoña, hace preparar en su propia cárcel, por Tristan el Ermitaño, el castigo del astrólogo que le engañara. Idea singularmente bella el presentarnos ese rey cruel, que halla en su calabozo suficiente espacio para su venganza, reclamando á los verdugos como sus últimos servidores, y que prueba el resto de autoridad que le queda ordenando una sentencia de muerte.

Pudiéramos multiplicar esas observaciones haciendo resaltar de paso los defectos que encontramos en el episodio dramático de sir Walter Scott, sobre todo en su desenlace; mas para justificarse, sin duda el novelista invocaría razones

mucho mejores que las que tendríamos nosotros para censurarle. No nos sentimos con fuerzas para esgrimir nuestras débiles armas contra tan formidable campeón. Así pues, vamos á limitarnos á hacerle observar que la frase que pone en boca del bufon del duque de Borgoña al llegar Luis XI á Peronne, pertenece al bufon de Francisco I, que la pronunció al pasar Cárlos V á Francia, en 1535. La inmortalidad de ese pobre Triboulet es debida á dicha frase; no le quitemos, pues, su gloria. Tambien creemos que el expediente ingenioso que emplea el astrólogo Galeotti para librarse de las iras de Luis XI, ya habia sido imaginado algunos miles de años antes por un filósofo á quien intentaba dar muerte Dionisio de Siracusa. No damos á estas observaciones mas importancia de la que en sí tienen, pues un novelista no es un cronista. Una cosa nos ha sorprendido, sin embargo, á saber: que el rey dirija la palabra, en el consejo de Borgoña, á los caballeros del Espiritu Santo, cuya orden fundara un siglo mas tarde Enrique III. Además, creemos que la orden de San Miguel, con que el noble autor engalana á su intrépido lord Crawford, no fue instituida por Luis XI sino despues de su cautiverio. Que sir Walter Scott nos permita esos pequeños efugios cronológicos. Al alcanzar un efimero triunfo de pedante sobre tan ilustre *anticuario*, no está en nosotros librarnos del pasajero gozo que ponía fuera de sí á su Quentin Durward al ver que había desarzonado al duque de Orleans y hecho frente á Dunois, y tentados estamos de pedirle perdon por nuestra victoria, como Cárlos V se la pidió al Papa: *Sanctissime pater, indulge victori*.

FIN.

Súmese como [voluntario](#) o [donante](#) , para promover el crecimiento y la difusión de la [Biblioteca Virtual Universal](#).

Si se advierte algún tipo de error, o desea realizar alguna sugerencia le solicitamos visite el siguiente [enlace](#).



editorial del cardo